

CCIC

TONOMA DE NUEV  
ERAL DE BIBLIOTEC

DUMAS  
MEMOIRAN  
DE  
CARIBALDI

I

DG552  
.8  
D8  
Vo. 1

9269



1020025099



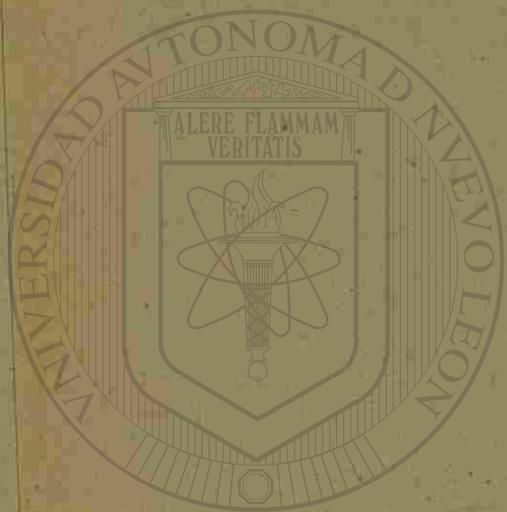
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



MEMORIAS

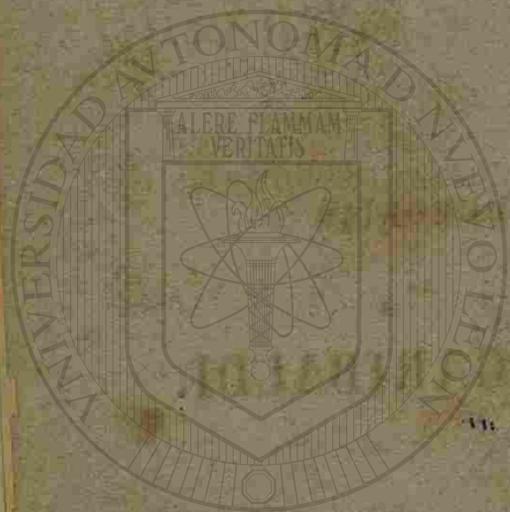
DE

JOSÉ GARIBALDI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. 92 (G 232)  
Núm. Autor G 232 m  
Núm. Adg. 30009  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha 24  
Clasificación \_\_\_\_\_  
Catalogo \_\_\_\_\_



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEMORIAS

DE

JOSÉ GARIBALDI

PUBLICADAS

POR ALEJANDRO DUMAS.

TOMO PRIMERO.



locura besaba r  
pues importante **PARÍS,**  
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

1860



30009

098784

843  
D

D9552  
8  
D8  
V1



**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**"ALFONSO REYES"**  
**FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

Besancon. — Imprenta de Roblot.



MEMORIAS

# DE JOSÉ GARIBALDI.

UNA PALABRA AL LECTOR.

Todas las cosas presentes tienen su raíz en lo pasado; es imposible dar principio á una narracion cualquiera, ya sea esta relativa á la historia de un hombre ó de un acontecimiento, sin tener que echar una mirada sobre lo pasado.

En las diferentes fases de la vida que vamos á escribir, nos veremos obligados muchas veces á hablar del Piemonte, tierra natal de Garibaldi.

Los políticos, cuando son hombres del progreso, tienen sus horas de abatimiento en que, como Anteo, tienen necesidad, para volver á tomar fuerzas, de tocar esta tierra de la patria, que en su fingida locura besaba Buto, como la madre comun. Es pues importante que hagamos un estudio rápido de lo que sucedió en Italia desde 1820 hasta 1834, época en que principia esta historia.

Las guerras de la República y las invasiones del

Imperio habian desterrado á dos príncipes de Cerdeña, que, habiendo salido aun jóvenes al destierro, volvieron á su patria ya ancianos; eran dos hermanos en cuyas personas se terminaba la posteridad masculina de los duques de Saboya: el uno fué Víctor Manuel I, y el otro Carlos Félix.

Los dos reinaron.

La rama menor estaba representada por el príncipe de Carignan, que en 1823 sirvió como granadero en el ejército francés que penetró en España para restablecer á Fernando VII en su trono, y allí se distinguió particularmente en el Trocadero.

En 1840, en una audiencia que me dió, me mostró su sable de granadero y sus charreteras de lana encarnada, que conservaba como reliquias de su juventud.

El rey Víctor Manuel I, al subir al trono que probablemente no le fué dado sino bajo de esta condicion, empeñó su palabra á los soberanos aliados de no hacer jamás ninguna concesion á su pueblo, por mas apuradas que fueran las circunstancias.

Pero lo que era fácil de prometer en 1815, era difícil de cumplir en 1821.

Desde 1820 el carbonarismo se habia esparcido en Italia. En una obra que es mas bien un libro

que una novela, en *José Balsamo*, hemos escrito la historia del iluminismo y de la francmasonería. Estos dos grandes enemigos de los reyes, cuya divisa eran estas tres iniciales: L. P. D., esto es, *Lilla Pedibus Destrue*, tuvieron una gran parte en la revolucion francesa. Swedenborg, cuyos adeptos asesinaban á Gustavo III, era mago. Casi todos los jacobinos y gran número de monjes menores eran masones; Felipe *Egalité* era gran oriente.

Napoleon tomó la masonería bajo su proteccion; pero protegiéndola la modificó, la hizo variar de objeto, la plegó segun su conveniencia y la convirtió en instrumento de despotismo.

No es esta la primera vez que se han fabricado cadenas con espadas. José Napoleon fué gran maestro de la órden; el arquicanciller Cambaceres era gran maestro adjunto; Joaquin Murat, segundo gran maestro adjunto. La emperatriz Josefina, hallándose en 1803 en Estrasburgo, presidió la fiesta de la adopcion de la logia de los francos caballeros de París. En este mismo tiempo, Eugenio de Beauharnais era venerable de la logia de San Eugenio de París. Pasado despues á Italia con la dignidad de virey, el Grande Oriente de Milan le nombró maestro y soberano comendador del supremo consejo del trigésimo segundo grado, es decir, le con-

cedió los honores mas grandes que se le podian hacer segun los estatutos de la órden.

Bernardote era mason; su hijo, el príncipe Oscar, fué gran maestre de la logia sueca; en las diferentes logias de París fueron iniciados sucesivamente: Alejandro duque de Wurtemberg; el príncipe Bernardo de Saxe Weimar, y hasta el embajador persa Askeri-Khan; el presidente del senado, conde de Lacedède; presidía el Gran Oriente de Francia, del cual eran oficiales de honor los generales Kellermann, Massena y Soult. Los príncipes, los ministros, los mariscales, los oficiales, los magistrados, en una palabra, todos los hombres notables por su gloria ó considerables por su posicion ambicionaban el ser recibidos de masones. Hasta las mujeres quisieron tener sus logias, en las cuales entraron: las señoras de Vaudemont, de Carignan, de Girardin, de Narbonne y otras muchas señoras de casas principales; sin embargo una sola fué recibida, pero esta no como hermana, sino como hermano. Dicha señora era la célebre Xaintrailles, á quien el primer cónsul habia dado un despacho de jefe de escuadron (1).

Pero no era solamente en Francia donde la

(1) Giuseppe La Farina, Storia d' Italia.

masonería se extendia y progresaba por entonces.

El rey de Suecia instituyó en 1811 la órden civil de la masonería. El rey de Prusia Federico Guillermo III aprobó, á fines del mes de junio del año 1800, por medio de un edicto, la constitucion de la grande logia de Berlin.

El príncipe de Galles no cesó de gobernar la órden en Inglaterra hasta que fué nombrado regente del reino en 1813.

En fin, en el mes de febrero del año 1814 el rey de Holanda, Federico Guillermo, se declaró protector de la órden, y permitió que el príncipe real, su hijo, aceptase el titulo de venerable honorario de la logia de William-Federico de Amsterdam.

A la vuelta de los Borbones en Francia, el mariscal Bournonville rogó al rey Luis XVIII que pusiera la órden bajo la proteccion de un miembro de su familia; pero Luis XVIII era hombre de buena memoria, y no habia olvidado la parte que la masonería habia tomado en la catástrofe de 1793; y en su virtud respondió que él no permitiría jamás que un miembro de su familia formara parte de una sociedad secreta, cualquiera que esta fuese.

En Italia la masonería cayó bajo la dominacion francesa; pero en su lugar principiò á levantarse el carbonarismo, que al parecer tomaba en mano la

tarea en el mismo estado en que la masonería la había abandonado, para llevar adelante sus secretos planes.

Otras dos sectas se plantearon entonces al lado de aquella :

La primera, con el objeto que se desprende y pueden conocer fácilmente nuestros lectores, tomó por nombre el de *Congregacion católica, apostólica, romana*.

La otra adoptó el nombre simpático de *Consistorial*.

Los miembros de la Congregacion llevaban, para reconocerse entre sí, un cordon de seda amarilla ó de color de paja con cinco nudos. Para poder atraer y catequizar á las personas verdaderamente piadosas y aumentar por este medio numerosos prosélitos, los afiliados á las órdenes inferiores no hablaban exteriormente mas que de actos de piedad y de beneficencia; pero respecto á los secretos de la secta, que solo eran conocidos de los miembros de dichas sectas pertenecientes á los altos grados, nunca hablaban de ellos mas que entre dos ó mas de los iniciados en los expresados grados; si un tercero se presentaba en aquel momento, inmediatamente cesaban la conversacion. La palabra de pase ó de guerra entre los socios era *Eleuteria*, esto es, li-

*bertad*. La palabra secreta era *Oda*, esto es, *independencia*.

Esta secta, nacida en Francia entre los neocatólicos ó falsos católicos, y de los cuales muchos de ellos fueron nuestros mejores y mas constantes republicanos, habia pasado los Alpes, entronizándose en el Piamonte y extendiéndose de allí en Lombardia; donde una vez establecida, si es verdad que al principio tuvo pocos adeptos, no tardó en propagarse, puesto que los agentes secretos del Austria ya alcanzaron en Génova las patentes que se daban á los iniciados así como los estatutos y signos de reconocimiento de dicha sociedad.

La Consistorial se dirigia principalmente contra los Austríacos; hallábanse á la cabeza de ella los príncipes de Italia que no pertenecian á la casa de Habsburgo; presidiala el cardenal Gonzalvi; el duque de Módena fué el solo príncipe que no fué excluido de la Consistorial. De aquí emanaron las terribles persecuciones de este príncipe contra los patriotas tan luego como fué conocida esta liga: tenia que alcanzar el perdon del Austria por su desercion, y para conseguirlo le fué preciso sacrificar á Menotti, su compañero de conspiracion.

Los consistoriales tenian por objeto arrancar el Austria á Francisco II y de partírsela. Además, en

cambio de Roma y de la Romania que él guardaba, adquiría la Toscana. La isla de Elba y las Marchas pasaban al rey de Nápoles; Parma, Plasencia y una parte de la Lombardia, con el título de rey, al duque de Módena; Masa Carrara, Luca al rey de Cerdeña; en fin, el emperador de Rusia Alejandro, que por aversión al Austria favorecía estos secretos designios, tenía ya designado sea Ancona, Civitavequia ó Génova para fundar un establecimiento moscovita en el Mediterráneo.

Ya lo veis, sin consultar los pueblos ni los límites naturales del territorio, esta última liga trataba de apoderarse de los pueblos como los Árabes se apoderan de un rebaño conquistado después de una razzia; este derecho que pertenecía á los reyes antiguamente, es lo que se trata ahora de impedir para darlo á las naciones.

Pero estos últimos proyectos no se realizaron; solamente el que se prometían los carbonarios y aun trabajan con todo esfuerzo para realizarlo, es el que está en vísperas de cumplirse.

El carbonarismo crecía vigorosamente en la Romania. Reunióse al efecto á la secta de los guelfos que se hallaba establecida en Ancona, de donde se extendía apoyada en el bonapartismo.

Luciano había sido ya promovido al grado de

grande luz. En las reuniones secretas se demostraba la necesidad de arrancar el poder de las manos de los sacerdotes, se invocaba el nombre de Bruto, y se preparaban los espíritus á la república.

En la noche del 24 de junio de 1819 estalló el movimiento, que tuvo el resultado funesto que tienen comunmente las primeras tentativas de este género. No se hace jamás sublevación alguna sin sacrificar víctimas. Cinco carbonarios fueron fusilados, los mas condenados á galeras perpetuas, y algunos menos culpables fueron encerrados por el tiempo de diez años en una fortaleza.

Entonces la secta, obrando con mas prudencia, cambió de nombre y se llamó *Sociedad latina*.

Al mismo tiempo dicha sociedad conspiraba en Lombardia, y extendía sus ramificaciones en las demás provincias de Italia.

En medio de un baile dado en Rovigo por el conde Porgia, el gobierno austriaco hizo prender muchas personas, y á la mañana siguiente declaró culpables de traición á todos cuantos se afiliasen al carbonarismo. Empero, el movimiento fué aun mucho mas violento en Nápoles. Coletta afirma en su historia, que los afiliados del reino subían al número prodigioso de seiscientos cuarenta y dos mil; y según un documento de la chancillería au-

lica de Viena, este número había quedado muy inferior á la verdad. El número de carbonarios, dice dicho documento, asciende á mas de ochocientos mil en el reino de las Dos Sicilias, y no hay ni policía ni vigilancia que pueda contener tamaño desborde, sería casi imposible destruirlo, por no decir casi insensato (1).

A la vez que este movimiento tenía lugar en Nápoles, otro carbonario sucumbe ante la ley del país, dejando un canto de muerte que se ha convertido despues en un canto de victoria. Riego, tal es el jefe de que hablamos, levantó el 1.º de enero de 1820 el estandarte de la rebelion. Vencido Fernando VII, anunciando que la voluntad del pueblo se había manifestado por este acto, declaró á la nacion que estaba decidido á jurar la constitucion proclamada por las Cortes extraordinarias de 1812.

Las cárceles, abiertas en seguida, dieron á la España un ministerio.

Fernando I de Nápoles, como infante de España, sin embargo de jurar obediencia á la constitucion española, permaneció en su reino, rigiéndolo como soberano absoluto. Entonces hubo, permítasenos la expresion, un temblor de tierra en la Capitanata y

(1) Storia d'Italia, La Farina.

en Salerno. El gobierno napolitano, débil, incierto, suspicaz, decretó algunas reformas insuficientes que no impidieron al general Pepe de hacer por su parte su revolucion. Nápoles, del mismo modo que en 1798, tuvo su gobierno provisional y su cámara de representantes.

Algun tiempo despues, estalló á su vez la revolucion piemontesa. El 10 de marzo por la mañana, el capitán conde de Palma hizo tomar las armas al regimiento de Génova para alzar el grito, como así lo verificó: «El rey y la Constitucion española!» A la mañana siguiente se estableció un gobierno provisional en nombre del reino de Italia, cuyo primer acto fué la declaracion de guerra al Austria.

Como se ve, la revolucion, saliendo de Ancona, invadió á Nápoles, y hecho esto, penetró en Turin. Tres volcanes se abrieron pues en Italia, sin contar el de España y Lombardía; todo se agitaba en un triángulo de fuego.

Segun ya dijimos, el rey Víctor Manuel I empeñó su palabra á la Santa Alianza de no hacer concesion alguna al pueblo.

A la mañana siguiente, para guardar fielmente su promesa, el rey Víctor Manuel abdicó en favor de su hermano, Víctor Félix, residente en Módena por entonces, y nombró regente durante su ausen-

cia al príncipe de Carignan, que fué mas tarde Carlos Alberto.

Esta abdicacion fué una gran desgracia para los patriotas, porque Víctor Manuel tenia un corazon verdaderamente italiano, mientras que Carlos Félix estaba entregado enteramente al Austria.

« ¡O noche del 13 de marzo de 1821, noche fatal á mi patria, que nos has desanimado á todos, que has abajado tantas espadas levantadas para la defensa de la patria, y que has roto tantas caras esperanzas! Con el rey Víctor Manuel, la nacionalidad del Piamonte triunfaba; la patria estaba en el rey; ella se personificaba en su corazon real, y hemos hecho esta revolucion gritando: « Valor! el nos » perdonará acaso un día de haberlo hecho rey de » seis millones de Italianos.»

Pero no sucedia así con Carlos Félix; se volvia á caer bajo el yugo del Austria, y todo debía volver á empezar.

Sin embargo, la esperanza no se perdió enteramente; el 14 de marzo, el príncipe de Carignan, como regente, salió al balcon, y en medio de las inmensas aclamaciones del pueblo, proclamó la constitucion de España.

Como ese hecho debía tener en el porvenir un inmenso estremecimiento; como el rey Carlos Al-

berto debía un día desdecir al príncipe de Carignan, citamos, no solamente el hecho de la constitucion proclamada de viva voz, sino tambien el texto mismo del cartel que fué puesto sobre los muros de Turin.

Hé qui la traduccion literal:

« En el momento difícil en que nos hallamos, nos es imposible encerrarnos en los estrechos límites de nuestro papel de regente; nuestro respeto y nuestra sumision á Su Majestad Carlos Félix, hubiera debido aconsejarnos que nos abstuviéramos de hacer ningun cambio en las leyes fundamentales del reino, ó contemporizar, á lo menos, hasta que conociésemos las intenciones de nuestro Soberano; pero como por una parte así lo exige lo imperioso de las circunstancias, y por otra tenemos que dar al nuevo rey un pueblo leal y feliz y no oprimido por las facciones de la guerra civil, hemos decidido, despues de un maduro exámen y con el dictámen del consejo, y persuadidos además que Su Majestad, llevado de las mismas consideraciones, sancionará esta medida con su aprobacion soberana, hemos decidido que la constitucion de España sea recomendada como ley del Estado, previas las modificaciones que el rey y la representacion nacional tengan á bien hacer en ella.» Al cabo de cinco años de su restablecimiento en Italia, hé aquí lo

que la carbonería obtuvo : una constitucion en España , otra en Nápoles y otra en el Piamonte.

Pero esta , aunque nació la última , fué la primera que murió.

En lugar de volver á Génova ó á Milan , en vez de aprobar y de consolidar las libertades dadas por el príncipe de Carignan , el rey Carlos Félix daba el 3 de abril el siguiente edicto :

« El deber de todo vasallo fiel es el de someterse de buena voluntad al orden de cosas establecido por Dios y por el ejercicio de su soberana autoridad. En su virtud y como Nos dependemos de Dios solo , tenemos obligacion de elegir los medios que juzguemos mas convenientes para labrar la prosperidad del Estado. Así no miraremos como vasallo fiel al que critique y se oponga á las medidas que creamos necesario tomar en bien del Estado. Por lo tanto establecemos como regla de la conducta que cada uno deberá observar , que no reconocemos por fieles vasallos mas que aquellos que se sometan inmediatamente á la ley , y reconozcan nuestra soberanía á nuestra vuelta á nuestros Estados. »

Al mismo tiempo que el rey Carlos Félix daba este edicto , modelo de ceguedad y de capricho ; nombró una comision militar , encargada de sustanciar los delitos de traicion , de rebelion y de insu-

bordinacion que habian sido cometidos. Por fortuna , los principales criminales , es decir , esos cuyos nombres son hoy los mas gloriosos del Piamonte , habian escapado.

La comision nombrada por Carlos Félix no perdió tiempo. Se ha visto á los reyes faltos de verdugos , pero jamás de jueces : el tribunal en cinco meses juzgó ciento setenta personas ; condenó setenta y tres á la pena de muerte y confiscacion de bienes , y los demás á la cárcel y á las galeras.

De los condenados á muerte , sesenta eran contumaces , y fueron ahorcados en efigie.

Nombremos algunos de estos hombres , para que se vea bien cuáles eran los que combatian ese poder estúpidamente absoluto , que desde Tarquinio no ha sabido nunca sino derribar las cabezas mas ilustres é inteligentes.

Hélos aquí : el teniente Pavia , el teniente Ansaldo , el médico Ratazzi , el ingeniero Appiani , el abogado Dossena , el abogado Luzzi , el capitán Baronis , el conde Bianco , el coronel Regis , el mayor Santa Rosa , el capitán Lesio , el coronel Casaglio , el mayor Collegno , el capitán Radice , el coronel Morozzo , el príncipe della Cisterna , el capitán Ferraso , el capitán Pachiarotti , el abogado Marochetti , el subteniente Anzana , el abogado Ravina.

En todo, seis oficiales superiores, treinta oficiales secundarios, cinco médicos, diez abogados, un príncipe; todos ilustres por los dones de la inteligencia, todos notables por las cualidades del corazón.

Dos habían sido arrestados y ejecutados; estos eran el teniente de carabineros Juan Bautista Lanari y el capitán Jaime Gavelli. La ejecución tuvo lugar, para el uno el 2 de julio, y para el otro el 25 de agosto.

Uno de los principales culpables era sin contradicción Carlos Alberto. Él había proclamado la constitución, no como han dicho sus partidarios, *salvo la aprobación de Carlos Félix*, sino en estos términos, que están lejos de admitir la menor reserva:

« *Nella fiducia che Sua Maestà il re mosso dalle stesse considerazioni, SARA PER RIVESTIRE questa deliberazione della sua sovrana approvazione: la costituzione di Spagna SARA PROMULGATA E OSSERVATA COME LEGGE DELLO STATO.* »

También, al recibo de la carta que le notificaba el rehuso del rey Carlos Félix, el príncipe de Carignan corrió á Módena, pero el rey no quiso recibirle; por el contrario, el duque le hizo intimar la orden de salir de sus Estados. El príncipe de Carignan se retiró á Florencia, cerca del gran duque de

Toscana; no se trataba por Carlos Alberto de una simple expatriación ó de una desgracia momentánea, se trataba de la pérdida del trono del Piamonte. Se esparció la voz que Carlos Félix dejaría la corona al duque de Módena, y que este, que perdió el trono en la conspiración de los príncipes italianos contra el Austria, alcanzaría el objeto de sus incesantes deseos.

El príncipe de Carignan confió su posición al conde de la Maisonfort, nuestro ministro en Florencia. El conde de la Maisonfort escribió en seguida á Luis XVIII.

Hé aquí un fragmento de la carta de nuestro ministro:

« Para despojar al príncipe de Carignan de su herencia, se trata de llamar al trono á la duquesa de Módena, hija mayor del rey Víctor. Esta facilidad de separar la casa de Saboya de un trono que ella ha fundado, esta ingratitud, sello del siglo en que vivimos, no puede ser aprobada ni sostenida por el jefe de una casa diez y ocho veces aliada con ella, y esta política no puede ser la del gobierno francés, que tiene á lo menos el derecho de exigir la entera independencia del soberano que tiene la llave de la Italia. »

Luis XVIII fué del dictámen de su ministro; es-

cribió al príncipe de Carignan que le ofrecía un refugio en la corte de Francia. Esto era decirle : Vos no teneis que temer, yo tomo vuestros intereses entre mis manos, no permitiré que nadie mas que vos sea el rey del Piamonte.

En efecto, el rey que habia acordado la carta á su pueblo, no podia hacer un crimen á un príncipe de haber prometido al suyo una constitucion que no habia sido reconocida.

Pero era necesario que el príncipe de Carignan hiciese publicar retractacion á los ojos de la Santa Alianza.

De las tres constituciones hijas del carbonarismo, la del Piamonte habia sido ahogada á su nacimiento por las propias manos del rey Carlos Félix; la de Nápoles habia sido humillada por la invasion austríaca; la tercera, la sola que sobrevivía, la de España, iba á ser destruida por la intervencion francesa.

El príncipe de Carignan, que habia proclamado la constitucion de España en Turin, fué á combatir en Madrid la constitucion de España.

El brebaje era amargo de engullir; pero si París valia bien una misa, el Piamonte valia tambien una medicina.

El príncipe de Carignan, cuya cara tapaban los

largos pelos de la gorra de granadero, hizo la campaña de España, y fué uno de los vencedores del Trocadero; de suerte que cuando murió Carlos Félix el 27 de abril de 1834, el príncipe de Carignan subió al trono bajo el nombre de Carlos Alberto.

El Austria, que hubiera preferido allí su archiduque de Módena, echó altos gritos, presentando á los reyes Carlos Alberto como un carbonario, y á los carbonarios Carlos Alberto como un traidor.

Mas mentía doblemente.

Carlos Alberto no era carbonario; la proclama por la cual daba la constitucion, demuestra que la otorgaba como oprimido y forzado.

Carlos Alberto no era traidor, no habiendo tomado ningun compromiso personal; era simplemente un príncipe cuya ambicion era la de reinar.

La vergüenza de ir á abolir al otro cabo de la Europa la constitucion que habia proclamado en Turin, se borraba por el valor del granadero; el soldado habia absuelto al príncipe.

Del Pozzo le escribia desde su destierro en Londres : « Los términos medios y las medidas incompletas no sirven para nada, y en política no son de ninguna eficacia; EL PIAMONTE QUIERE UN REY CONSTITUCIONAL. »

Otro patriota anónimo le escribia :

« *Poneos á la cabeza de la Nación, escribid sobre vuestro estandarte: UNION, LIBERTAD, INDEPENDENCIA. Declaraos el vengador y el intérprete del derecho popular. Intitulaos el regenerador de la Italia; libradla de los bárbaros, bautizad el porvenir, dad un nombre á vuestro siglo, fundad una era que date de vos. Sed el Napoleon de la libertad italiana.* Arrojad al Austria, con vuestro guante, el nombre de la Italia: ese nombre viejo hará prodigios; llamad á todo lo que hay de grande y de generoso en la Península. Una juventud ardiente, animada, solicitada por las dos pasiones que hacen los héroes, el odio y la gloria, vive hace mucho tiempo con un solo pensamiento y no suspira mas que por el momento de ponerlo en accion; llamadla á las armas, poned las ciudades y los fuertes bajo la guardia de los ciudadanos; y libre así de todo otro cuidado que el de vencer, dadle el impulso que necesita. Llamad á vos á todos los que el nombre ha proclamado grandes de inteligencia, fuertes de ánimo, puros de avaricia, exentos de bajas ambiciones. Inspirad, en fin, la confianza á la muchedumbre, borrando todas las dudas respecto de vuestras intenciones, invocando la cooperacion de todos los hombres libres. Señor, os digo la verdad: los hombres libres esperan vuestra res-

puesta por vuestras acciones; pero cualesquiera que sean estas, tened por seguro que la posteridad proclamará en vos el primero de los hombres ó el último de los tiranos italianos. Elegid!»

Lo que hace verdaderamente de los reyes los elegidos del Señor, es que sean aquellos á quienes escriben semejantes cartas; si el rey Carlos Alberto hubiese tomado los consejos de su corresponsal anónimo, hubiera ciertamente comenzado por Goito, — pero es probable que no hubiera acabado por Novara.

Carlos Alberto echó la carta al fuego, y en lugar de marchar en el ancho camino que le fué abierto, tomó el estrecho sendero de una tortuosa política.

Desde este momento, se pronunció el divorcio entre el rey del Piamonte y la joven Italia.

*La joven Italia!* Hacia esta época, y por la primera vez, fueron pronunciadas estas tres palabras.

¿De qué se componia entonces? De José Mazzini, el infatigable promotor de la unidad italiana, sobre cuya cabeza la Italia puso desde luego la corona de los laureles de la victoria, y pone hoy la corona de espinas de la ingratitud. José Mazzini, apenas conocido en aquella época por algunas publicaciones patrióticas, atormentado por la policia de Milan, se refugió en Marsella, en donde puso las primerae piedras de la obra inmensa emprendida por él, en-

viando con mil dificultades al Piamonte los números de su *Jóven Italia*.

Los nobles y los clérigos piamonteses, que se habían amparado del espíritu de Carlos Alberto, temblaron al oír el comaten del pensamiento. En los dos años que tomaron raíz en la corte, hubieran podido medir su poder; y sin embargo ellos conocían al rey Carlos Alberto, su inmensa sed de afabilidad, y aunque fraternizaba ostensiblemente con el Austria, tenían miedo que un día no se despertase en él, no diremos algún fermento de liberalismo, sino algún relámpago de ambición.

Se sabía que Carlos Alberto en una noche febril, como es costumbre en todos los reyes, soñaba el trono de Italia. Pero á ese trono no podía subir sino dando la mano á la revolución; el trono de Italia no pendía de la nominación de los reyes, sino de los pueblos.

Era pues necesario poner una barrera entre él y los patriotas.

Un día, un asesino con bonete de juez se levantó y dijo:

— Ya es tiempo de hacerle gustar la sangre.

El mismo día, el rey Carlos Alberto fué prevenido que un gran complot se tramaba contra él en el

ejército; ese complot, se le dijo, tenía por objeto destronarle.

Los hechos fueron desnaturalizados, los peligros exagerados; atacaron todas las fibras del hombre y del príncipe para darle esos resentimientos mortales, de los cuales tenían necesidad los hombres que se llaman los salvadores de las monarquías.

Se delató, se mintió, se calumnió, y la sed de la sangre fué hábilmente despertada en la garganta real (1).

Una comisión criminal extraordinaria fué creada en Turín, para dirigir por una impulsión única todos los suplicios del Piamonte.

La primera violación del código penal fué esta decisión de la comisión, que todos los acusados, militares ó no, estarían sujetos á un consejo de guerra.

Entonces pues fué hecha la respuesta que se leerá en seguida.

Un oficial que figuraba como juez en el consejo de información, interrogó á un jurisconsulto sobre algunos principios del derecho criminal. El jurisconsulto le respondió que la primera base de toda ley, que la primera regla de todo código era esta:

«Un consejo de información militar debe decla-

(1) Brofferio, Historia del Piamonte.

rarse incompetente para juzgar á los ciudadanos».

— Eso no nos es posible, contestó el oficial; *el general ha ordenado que nos declaremos competentes.*

Y, por esta vez, la orden del general fué la base de la ley, la regla del código.

El primero que manchó con su sangre la púrpura del nuevo rey, fué el cabo Tamburelli; este desgraciado fué fusilado por detrás, por haber cometido el crimen de leer á sus soldados la *Jóven Italia*.

El segundo fué el teniente Tolla, culpable de haber tenido entre sus manos libros sediciosos, y, conociendo el complot, de no haberlo delatado.

Como Tamburelli, fué fusilado por detrás.

Ingeniosa invencion de la magistratura piamontesa, para asemejar el suplicio del fusilamiento al de la horca.

No era bastante el matar, era necesario deshonestar. El 15 de junio, se fusilaban, siempre *por detrás*, al sarjento Miglio, José Biglia y Antonio Gavolli.

Todos esos hombres murieron con un valor admirable. A Jacobo Ruffini, hallándose preso en las cárceles de la torre de Génova, procuraron quitarle las fuerzas por todos los medios imaginables;

falta de alimento, falta de sueño. Él sintió que se debilitaba, no solamente física, sino tambien moralmente. Resolvió no esperar que se le colocase entre la muerte y la vergüenza. Temiendo no tener fuerza para elegir la muerte el dia en que le llegase, arrancó una reja de hierro de la puerta de su cárcel, la afiló y se cortó la garganta con ella.

En los espasmos de su agonía, tuvo el tiempo de escribir con la punta de su dedo, y con su sangre, sobre la muralla:

«Yo lego, por testamento, mi venganza á la Italia.»

Cuando por la mañana entraron en su cuarto, le hallaron muerto.

En Génova, fueron fusilados :

Luciano Piacenza y Luis Turiffo.

En Alejandría :

Domingo Ferrari, José Menardi, José Bigano, Amado Costa, Juan Marini.

Despues vino el turno de Andrés Vocchieri.

Como á Jacobo Ruffini, consagremos á Andrés Vocchieri algunas líneas.

Un sentenciado de Alejandría, que sobrevivió á las largas torturas de Fenestrelle, ha dejado en sus

memorias la relacion de la agonía de Andrés Vocchieri.

« En primer lugar, dice hablando de sí mismo, me quitaron mis libros, que se componian de una Biblia, de una coleccion de oraciones cristianas, y de una *Historia de los capuchinos ilustres del Piemonte*; despues, me pusieron grillos de hierro en los piés, y me trasladaron á otro calabozo mas húmedo, mas negro, mas sórdido que el primero, con ventanas á dobles barras y puertas á dobles candados; este calabozo estaba al lado del en que se hallaba el pobre Vocchieri; algunas quebrajas mal reparadas permitian que yo zambullese la vista de mi cárcel á la suya, y una débil luz, filtrando en su calabozo, me permitia el verlo. Estaba acostado sobre un miserable banco con los grillos en los piés; hallábase dos guardas á su lado con los sables desenvainados, un centinela con su fusil, guardaba la puerta. En ese sombrío calabozo reinaba un terrible silencio: los soldados parecian mas consternados que el mismo preso; de cuando en cuando, venian dos capuchinos á exhortarle. Yo lo tuve así delante de los ojos, no pudiendo impedirme de mirarle, por mucho que fuera el dolor que yo experimentaba de verle así toda una semana entera. En fin, un dia, se lo llevaron: lo conducian á la muerte. »

Pero lo que no cuenta el preso, pues que él no podia saberlo, es que Vocchieri fué conducido á la muerte por el camino mas largo; es verdad que este camino pasaba delante de su casa, la cual estaba habitada por su hermana, su mujer y sus dos hijos. Se esperaba que á la vista de lo que él amaba mas en el mundo, el valor del condenado se debilitaria y que haria revelaciones importantes.

Empero él, sonriéndose tristemente:

— Han olvidado, dijo, que habia otra cosa en el mundo que amo mas que á hermana, mujer é hijos; y esta es la Italia: *Viva la Italia!*

Despues, volviéndose hácia los guardas-chusmas que iban á fusilarle en lugar de soldados, dijo esta sola palabra: « *Marchemos!* »

Un cuarto de hora despues, cayó horadado de seis balas.

Ahora bien, Carlos Alberto era de la familia de los reyes de la Santa Alianza, como el Papa, como el rey de Nápoles, como Francisco IV y como Fernando VII: tenia las manos rojas de la sangre de su pueblo.

Habia entonces en Niza un jóven que veia derramarse toda esa sangre, haciéndose á él mismo el juramento de dedicar su vida al culto de esa libertad por la cual caian tantos mártires.

Ese jóven, entonces de la edad de veinte y seis años, era José Garibaldi.

Dejémosle hablar y contar él mismo los maravillosos sucesos de su aventurada existencia.

Alej. DUMAS.



## I.

## MIS PADRES.

Yo nací en Niza el 22 de julio 1807, no solamente en la misma casa, mas en la habitacion misma que nació Massena. El ilustre mariscal era, como se sabe, hijo de un panadero. Los bajos de la casa son hoy aun una panadería.

Empero antes de hablar de mí, permitaseme decir una palabra de mis excelentes padres, cuyo carácter honorífico y profunda ternura tuvieron tanta influencia sobre mi educacion y sobre mis disposiciones físicas.

Mi padre, Domingo Garibaldi, nació en Chiavari; era hijo de marinero y marinero él mismo; al abrirse sus ojos vieron el mar, sobre el cual debía pasar casi toda su vida. Por cierto, estaba lejos de tener los conocimientos que son el apanaje de algunos hombres de su oficio, y sobre todo de los hombres de nuestra época. Habia hecho su educacion marítima, no en una escuela especial, sino sobre los buques de mi abuelo. Mas tarde, mandó un buque suyo, y siempre salió con honor de sus ne-

Ese jóven, entonces de la edad de veinte y seis años, era José Garibaldi.

Dejémosle hablar y contar él mismo los maravillosos sucesos de su aventurada existencia.

Alej. DUMAS.



## I.

## MIS PADRES.

Yo nací en Niza el 22 de julio 1807, no solamente en la misma casa, mas en la habitacion misma que nació Massena. El ilustre mariscal era, como se sabe, hijo de un panadero. Los bajos de la casa son hoy aun una panadería.

Empero antes de hablar de mí, permitaseme decir una palabra de mis excelentes padres, cuyo carácter honorífico y profunda ternura tuvieron tanta influencia sobre mi educacion y sobre mis disposiciones físicas.

Mi padre, Domingo Garibaldi, nació en Chiavari; era hijo de marinero y marinero él mismo; al abrirse sus ojos vieron el mar, sobre el cual debía pasar casi toda su vida. Por cierto, estaba lejos de tener los conocimientos que son el apanaje de algunos hombres de su oficio, y sobre todo de los hombres de nuestra época. Habia hecho su educacion marítima, no en una escuela especial, sino sobre los buques de mi abuelo. Mas tarde, mandó un buque suyo, y siempre salió con honor de sus ne-

gocios. Su fortuna experimentó un sinnúmero de accidentes, los unos felices, los otros desgraciados, y á menudo he oído decir que hubiera podido dejarnos mas ricos que lo ha hecho. Pero en cuanto á eso poco importa. Él era libre de gastar como mejor se le antojase un dinero tan laboriosamente ganado, y no le soy menos reconocido por lo poco que me ha dejado. Además, hay una cosa que no hace ninguna duda en mi espíritu, y es que, de todo el dinero que mi padre echó al viento, el que salió de sus manos con el mas gran placer, fué el que empleó para mi educacion, aunque esta educacion fué una pesada carga para el estado de su fortuna.

Que no vayan á creer, sin embargo, que mi educacion fué en nada aristocrática. No, mi padre no me hizo aprender ni la gimnástica, ni las armas, ni la equitacion. Yo aprendí la gimnástica trepando en los obenques, dejándome resbalar á lo largo de las jarcias; la esgrima, defendiendo mi cabeza, y procurando defender lo mejor que podia la cabeza de los otros; y la equitacion, tomando ejemplo de los mejores jinetes del mundo, es decir de los *gau-chos*.

El solo ejercicio de mi juventud — y para este tampoco tuve maestro — fué la natacion. Cuándo y cómo aprendí á nadar, lo ignoro; me parece que he

sabido siempre y que nací anfibio. Así, todos los que me conocen saben que no me gusta hacerme ningun elogio; diré simplemente, sin que yo crea que hay vanidad en esto, que soy uno de los mas hábiles nadadores que existen. No es necesario pues encarecer esta habilidad, siendo conocida la confianza que tengo en mí, pues jamás he vacilado en echarme al agua para salvar la vida de uno de mis semejantes.

Sin embargo, si mi padre no me hizo aprender todos esos ejercicios, fué mas bien falta de los tiempos que la suya. En esa triste época, los clérigos eran los dueños absolutos del Piamonte, y sus constantes esfuerzos, su trabajo asiduo tendian mas á hacer de los jóvenes frailes y sacerdotes que ciudadanos aptos para servir los intereses materiales del pais. Además, el amor profundo que nos tenia mi padre, le hacia temer hasta la sombra de toda especie de libros.

En cuanto á mi madre, Rosa Ragiundo, lo digo con orgullo, era el modelo de las mujeres. Es cierto que todo hijo debe decir de su madre lo que yo digo de la mia; pero nadie lo dirá con mas conviccion que yo.

Una de las penas de mi vida, y no es la menor, ha sido y será no haber podido hacerla feliz y de

haberla entristecido y acibarado los últimos días de su existencia. Solo Dios sabe las angustias que la han ocasionado mi peligrosa carrera, porque solo Dios sabe el inmenso cariño que me tenía. Debo confesarlo, si hay algún buen sentimiento en mi alma, lo he heredado. Su angélico carácter no podía menos de reflejarse en mí. Así, solo á su conmisericordia por las desgracias y á su compasión por las penas ajenas debo yo el grande amor, la profunda caridad que siento por la patria; caridad que me ha valido el afecto y simpatía de mis desgraciados conciudadanos. Yo no soy supersticioso, y sin embargo debo decir que, en las circunstancias más terribles de mi vida, cuando el Océano rugía bajo la carena y contra los flancos de mi buque, que levantaba como un corcho, cuando las balas rasas silbaban á mis oídos como el viento de la tempestad, y cuando las balas llovían á mi alrededor como el granizo, la veía yo arrodillada, sumergida en su oración, encorvada á los pies del Altísimo; y al punto reconocía que lo que me daba ese valor de que las gentes se han asombrado muchas veces, era la convicción de que no podía sucederme ninguna desgracia, cuando una santa mujer, cuando un ángel rogaba á Dios por mí.

## II.

## MIS PRIMEROS AÑOS.

Yo pasé los primeros años de mi juventud como todos los niños, en medio de las risas y de los lloros; más amigo del placer que del trabajo, de la diversión que del estudio, y tanto que no aprovechaba como hubiera debido hacerlo si hubiese sido más cuerdo y reflexionado en los sacrificios que mis padres hacían por mí. Mi buen corazón era un don de Dios y de mi madre, y los arrojos de ese buen corazón, los he satisfecho siempre con deleite. Sentía una piedad profunda por todo lo que era pequeño, débil y doliente. Esta compasión se extendía hasta los animales, ó más bien comenzaba por ellos. Me acuerdo que un día hallé un grillo y lo llevé á mi cuarto; allí jugando con él, tocándolo con esa inhabilidad ó más bien con esa brutalidad propia de la niñez, le arranqué una pata; mi sentimiento fué tal, que estuve algunas horas encerrado y llorando amargamente.

Otra vez, yendo á la caza con uno de mis primos al Var, me paré sobre la orilla de un foso profundo

en donde las lavanderas tenían costumbre de lavar la ropa, y una pobre mujer que lavaba la suya cayó en él. Pequeño como yo era, — apenas tenía ocho años, — me eché al agua y la salvé. Cuento esto para probar lo natural que es en mí ese sentimiento que me induce á socorrer á mis semejantes, y por lo mismo el poco mérito que tengo en seguir esta inclinacion. Entre los maestros que tuve en ese período de mi vida, conservo un reconocimiento particular al padre Giovanni y á M. Arena.

Con el primero adelanté poco, estando mucho mas dispuesto á jugar y divertirme, como ya he dicho, que á trabajar. Sobre todo me ha quedado el remordimiento de no haber estudiado la lengua inglesa, como podia haberlo hecho, remordimiento que sentí con viveza en muchas circunstancias, especialmente cuando me hallaba con los Ingleses. Además, como el padre Giovanni era de casa, y casi de la familia, mis lecciones sufrían por la demasiada familiaridad que yo habia tomado con él. Al segundo, excelente maestro, le debo lo poco que sé; pero le debo sobre todo un reconocimiento eterno, por haberme iniciado en mi lengua materna y por la constante lectura de la historia romana á que me dedicaba con predileccion.

La falta de no instruir á los niños en la lengua y

cosas de la patria, se comete frecuentemente en Italia y particularmente en Niza, cuya vecindad á la Francia influye sobre la educacion. Debo pues á esa primera lectura de nuestra historia y á la persistencia de mi hermano mayor Ángel en recomendarme el estudio, así como la belleza de nuestro hermoso idioma, lo poco que he llegado á adquirir de ciencia histórica y la facilidad que tengo en hablarla y emitir con ella mis pensamientos.

Concluiré este primer período de mi vida con la relacion de un hecho que, aunque de poca importancia, dará una idea de mi disposicion á pasar mi vida en aventuras.

Cansado de la escuela é impaciente de mi existencia sedentaria, propuse un dia á algunos de mis compañeros de escaparnos á Génova. Tan pronto como fué dicho, la cosa se hizo. Desatamos una barca de pescar y bogamos hácia el Oriente. Estábamos ya á la altura de Monaco, cuando un corsario, enviado por mi excelente padre, nos capturó y reintegró, avergonzados, en nuestras respectivas casas. Un capellan que nos habia visto nos delató: de ahí viene probablemente mi poca simpatía por los clérigos.

Mis compañeros de aventuras eran, segun me acuerdo, César Parodi, Rafael de Andreis y Celestino Bermond.

## III.

## MIS PRIMEROS VIAJES.

«¡O primavera, juventud del año! ó jóven primavera de la vida!» ha dicho Metastaso; pero yo añadiré: ¡Cómo todo se hermosea al sol de la juventud y de la primavera!

A la luz pues de ese mágico sol tú me apareciste, ó bella *Costanza*, tú, primer buque sobre el cual yo he surcado el mar. Tus robustos flancos, tu arboladura elevada y ligera, tu espacioso puente — cubierta, todo, hasta el busto de la mujer que se dilatava en tu delantera, quedará grabado siempre en mi memoria con el indeleble buril de mi jóven imaginación! ¡Cómo tus marineros, bella y querida *Costanza*, se inclinaban graciosamente sobre sus remos, verdaderos tipos de nuestros intrépidos Ligurianos! ¡Con qué alegría me arriesgaba yo sobre el balcón para escuchar sus cánticos populares y sus coros armoniosos! Ellos cantaban cánticos de amor; nadie les enseñaba otros entonces: aunque eran insignificantes, me enlarnecían y embriagaban. ¡Oh! si esos cánticos hubiesen sido por la patria, me hu-

bieran exaltado y vuelto loco! Pero ¿quién pues hubiera podido decirles entonces que habia una Italia? ¿quién les hubiera enseñado que teníamos una patria que vengar y salvar? No, no! fuimos educados y crecimos como los Judios en esa creencia que la vida no tenia mas que un objeto: el hacer fortuna.

Durante el tiempo que yo miraba, alegre, el buque en que iba á embarcarme, mi madre preparaba llorosa lo necesario para mi viaje.

Pero mi vocacion era la de correr los mares; mi padre se opuso tanto como pudo, porque deseaba que yo siguiera una carrera pacífica y sin peligros, que me hubiera hecho capellan, abogado ó médico, pero mi persistencia lo venció; su amor cedió á mi juvenil obstinacion, y me embarqué en el bergantin *Costanza*, cuyo capitán, Ángel Pesante, era el marino mas audaz que he conocido nunca. Si nuestra marina se hubiera acrecentado, como era de esperar, el capitán Pesante hubiera tenido derecho á mandar uno de nuestros primeros buques de guerra, y nadie hubiera sido mas intrépido capitán que él. Pesante no ha mandado jamás una armada, pero, si se le dejara seguir su proyecto, crearia pronto una, desde la lancha cañonera hasta los buques de tres puentes; si el imperio de las circunstancias fuese

30009

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tal que se le confiara esta mision, él tendria provecho y la gloria de enaltecer la patria. Yo respondo de esta verdad.

Hice mi primer viaje á Odesa; pero estos viajes son tan comunes y tan fáciles hoy, que es inútil referirlos.

Mi segundo fué á Roma, pero esta vez con mi padre; habia experimentado tales inquietudes durante mi primera ausencia, que decidió el viajar conmigo, ya que yo tenia empeño en viajar.

Montamos su propia tartana : *la Santa Reparata*.

Roma! ¡qué alegría de ir á Roma! he dicho que por los consejos de mi hermano y por los cuidados de mi digno profesor, mis estudios habian vuelto de ese lado; Roma! ¿qué eres tú para mí, ferviente adepto de la antigüedad, sino la capital del mundo? Reina destronada! pero tus ruinas inmensas, gigantescas y sublimes, de las cuales sale, como espectro luminoso, la memoria de todo lo que fué grande en lo pasado.

No solamente eres la capital del mundo, sino tambien la cuna de esta religion santa que ha roto las cadenas de los esclavos, que ha ennoblecido la humanidad hasta entonces hollada; de esta religion cuyos verdaderos apóstoles han sido los institutores de las naciones, los emancipadores de los pueblos.

La Roma que yo veia en mi juventud no era solamente la Roma del porvenir, llevando en su seno la idea regeneradora de un pueblo perseguido por la envidia de las naciones, porque nació grande, porque marchó á la cabeza de los pueblos guiados por ella á la civilizacion.

Roma! ¡Oh! cuando yo pensaba en tu desgraciada decadencia y en tu martirio, te creia santa y querida mas que todas las cosas. Yo te amaba con toda mi alma, no solamente en los soberbios combates de tu grandeza, durante tantos siglos, sino hasta en los sucesos mas pequeños que yo recogia en mi corazon, como un precioso depósito.

Lejos de disminuir mi amor por Roma, creció con el alejamiento y la expatriacion. A menudo, muy á menudo, del otro lado de los mares, á tres mil leguas de distancia, pedia al Todopoderoso que me otorgara la gracia de volverla á ver. En fin, Roma era para mí la Italia, porque no veo la Italia sino en la reunion de sus miembros esparcidos, y Roma es para mí el solo y único símbolo de la unidad italiana.

## IV.

## MI INICIACION.

Durante algun tiempo hice el cabotaje con mi padre; despues iba á Cagliari, en el bergantin *Enea*, con su capitan José Gervino.

Durante ese viaje, fui testigo de una espantosa desgracia, que dejará en mi vida un eterno recuerdo. Volviendo de Cagliari, á la altura del cabo de Nolé, marchábamos en compañía de algunos buques, entre los cuales se hallaba una hermosa embarcacion catalana. Despues de dos ó tres dias de buen tiempo, sentimos algunas bufadas de ese viento que nuestros marineros han llamado *el libio*, porque antes de llegar al Mediterráneo, pasa por el desierto Libio. Bajo su aliento, el mar no tardó á enfurecerse, y el viento se puso á soplar con tal furia, que nos empujó sobre Vado. La embarcacion catalana principiò portándose admirablemente, y no vaciló en decir que cada uno de nosotros, viendo el tiempo que iba á hacer por el que hacia ya, hubiésemos preferido estar á bordo de la referida embarcacion, antes que en el de la nues-

tra propia. Pero la pobre embarcacion estaba llamada á ofrecernos pronto un doloroso espectáculo; una oleada terrible la volcó, y al instante no vimos mas que la pendiente de su cubierta, y sobre ella algunos desgraciados que nos alargaban las manos, pero que pronto fueron arrebatados por otra oleada mas terrible aun que la primera. — La catástrofe tenia lugar hácia nuestro jardin de la derecha; y nos era materialmente imposible socorrer á los desgraciados naufragados. Las demás embarcaciones que nos seguian se hallaron en la misma imposibilidad. Nueve individuos de la misma familia perecieron á nuestra vista. Algunas lágrimas cayeron aun de los ojos mas insensibles, pero pronto fueron secadas por el sentimiento de nuestro mismo peligro. Pero como si los espíritus malos hubiesen sido apaciguados por este sacrificio humano, las otras embarcaciones llegaron sin accidente á Vado.

De Vado partí para Génova, y de Génova volví á Niza.

Entonces principié una serie de viajes al Levante, durante los cuales fuimos arrestados y despojados tres veces por los mismos piratas. Esto sucedió dos veces en un mismo viaje, y los segundos piratas se enfurecieron viendo que no hallaron nada que robarnos. En esos ataques fué donde yo comencé á

familiarizarme con el peligro y á comprender que sin ser Nelson, á Dios gracias, podia preguntar como él: «¿Qué es miedo?»

En uno de esos viajes que hice en el bergantin *el Cortés*, capitan Barlasemería, quedé enfermo en Constantinopla. El buque se vió obligado á darse á la vela, y la enfermedad prolongándose mas que yo habia creído, me hallé muy escaso de dinero. Cualquiera que haya sido la situacion en donde me he hallado y cualesquiera pérdidas que haya experimentado, siempre me he preocupado muy poco de mi desgracia, porque siempre he tenido la buena fortuna de hallar alguna alma caritativa que se ha interesado por mi suerte.

Entre esas almas caritativas, hay una que no olvidaré jamás: es la buena señora Luisa Sauvaigo, de Niza, buena criatura que me ha convencido que las dos mujeres mas perfectas del mundo eran ella y mi madre. Ella hacia la felicidad de un marido, y con admirable inteligencia, la educacion de toda su preciosa familia.

¿A qué propósito he hablado aquí de esa señora? No lo sé. ¡Ah! sí por cierto, lo sé; la razon es que, escribiendo para satisfacer la necesidad de mi corazon, mi corazon me ha dictado lo que acabo de decir.

La declaracion de la guerra entre la Puerta y la Rusia contribuyó á prolongar mis dias en la capital del Imperio turco. En este período y en el momento que yo no sabia cómo viviria el dia siguiente, entré en calidad de preceptor en la casa de la viuda Tennonni. Este empleo lo obtuve por la recomendacion de M. Diego, médico, á quien doy aquí las mas expresivas gracias por el favor que me hizo. Estuve allí algunos meses, despues de los cuales volví á navegar, embarcándome en el bergantin *Nuestra Señora de Gracia*, capitan Casanova. No me haré molesto sobre mis otros viajes; solo diré que, siempre inquieto por un profundo instinto de patriotismo, en ninguna circunstancia de mi vida he cesado de pedir ya sea hombres, ya sea sucesos, ya sea tambien libros que iniciasen en los misterios de la resurreccion de la Italia; pero, hasta la edad de veinte y cuatro años, este afan fué inútil, y me fatigué en vano.

En fin, en un viaje á Tangarog, hallé á bordo un patriota italiano, que fué el primero que me dió alguna nocion de la manera que marchaban las cosas en Italia.

Él sabia algo de lo que se tramaba en nuestro desgraciado país.

Lo digo altamente, Cristóbal Colon no fué mas fe-

liz que yo cuando, perdido en medio del Atlántico, amenazado por sus compañeros, que le habían perdido tres días, oyó al fin del tercero gritar: «Tierra!» de lo que yo lo fui oyendo pronunciar la palabra *patria*, y viendo en el horizonte alumbrar el primer faro por la revolución francesa de 1830.

Habia pues hombres que se ocupaban de la rendición de la Italia.

En otro viaje que hice á bordo de *la Clorinde*, este buque transportaba una sección de san-simonianos á Constantinopla conducidos por Emilio Barrault.

Yo habia oido hablar muy poco de la secta de San-Simon; solamente sabia que esos hombres eran los apóstoles perseguidos de una religion nueva. Me acerqué á su jefe y me declaré á él como patriota italiano.

Entonces, durante esas noches trasparentes del Oriente, que, como dice Chateaubriand, no son las tinieblas sino la ausencia del día; bajo ese cielo todo constelado de estrellas; sobre esa mar cuya áspera brisa parece llena de aspiraciones generosas, discutimos no solamente las estrechas cuestiones de nacionalidad en las cuales se habia hasta entonces encerrado mi patriotismo, — cuestiones restringidas á la Italia y á discusiones de provincia á provincia,

— sino tambien la gran cuestión de la humanidad.

Desde luego, el apóstol me probó que el hombre que defiende su patria ó que ataca la patria ajena, no es mas que un soldado piadoso en la primera hipótesis, — é injusto en la segunda; — pero el hombre que, haciéndose cosmopolita, adopta la segunda por patria, y va á ofrecer su espada y su sangre á todos los pueblos que luchan contra la tiranía, es mas que un soldado; es un héroe.

Entonces resplandecieron en mi espíritu luces nuevas, á cuya claridad vi en un buque, no el vehículo encargado de cambiar los productos de un país contra los de otro, sino el mensajero alado llevando la palabra del Señor y la espada del Arcángel. Habia partido ávido de emociones, curioso de cosas nuevas, y preguntándome á mí mismo si esa vocación irresistible que yo habia creído sencillamente reducida á la de un capitán navegando á lo largo, no tenia para mí horizontes ignorados.

Esos horizontes los entreveía yo, de un lado al otro de la vaga y lejana niebla del porvenir.

## V.

## LOS SUCESOS DE SAN JULIAN.

El buque en que volví esta vez del Oriente, tenía por destino el puerto de Marsella.

A mi llegada á Marsella supe el aborto de la revolución del Piamonte y los fusilamientos de Chamberi, de Alejandría y de Génova.

En Marsella me hice amigo de un tal Cové. — Cové me llevó á casa de Mazzini.

Estaba entonces lejos de pensar en la estrecha comunidad de principios que me unirían un dia con este último.

Nadie conocía aun al persistente, al obstinado pensador á quien la nueva Italia debe su laboriosa regeneración, y á quien nada desanima en la obra santa que ha emprendido, ni aun la ingratitud misma.

No me toca á mí el formular una opinion sobre Mazzini; pero que se me permita decir que despues de haber puesto una corona de laurel sobre su cabeza merecedora, se le puso una de espinas que él no merecía.

A la caída de Andrés Vocchieri, Mazzini arrojó un verdadero grito de guerra. Hé aquí pues lo que escribió en la *Jóven Italia*:

« Italianos! el dia ha llegado; si queremos ser dignos de nuestro nombre, debemos mezclar nuestra sangre con la de los mártires piamonteses. »

No se escribían impunemente estas cosas en Francia en 1833. Algun tiempo despues que presentado á Mazzini, le dije que podia contar conmigo, este eterno proscrito tuvo que huir de Francia y retirarse á Génova.

En efecto, en aquel momento el partido republicano parecia estar completamente aniquilado en Francia. Esto sucedía el 5 de junio, algunos meses despues del proceso de los combatientes del claustro de San Merri.

Mazzini, este hombre de convicción profunda para quien no hay obstáculos, eligió ese momento para arriesgar una nueva tentativa.

Los patriotas, respondiéndole que estaban prontos, le pidieron un jefe.

Ramorino, que se habia distinguido en sus luchas de Polonia, fué la persona elegida; pero Mazzini no aprobó esta elección; su espíritu, á la vez activo y profundo, le hacia desconfiar y temer el prestigio

de los grandes nombres; pero la mayoría queria á Ramorino, y Mazzini cedió.

Llamado á Génova, Ramorino aceptó el mando de la expedicion. En su primera conferencia con Mazzini, convinieron que marcharian sobre el Piamonte dos columnas republicanas, la una por la Saboya y la otra por Génova.

Ramorino recibió cuarenta mil francos para subvenir á los gastos de la expedicion, y marchó con un secretario de Mazzini que tenia la mision de vigilar al general (1). Todo esto sucedió en setiembre del año 1833, y la expedicion no debia tener lugar hasta el octubre siguiente.

Pero Ramorino llevó las cosas tan despacio que no estuvo pronto hasta enero de 1834.

Mazzini, á pesar de todas las tergiversaciones del general polaco, permaneció firme.

En fin, el 31 de enero, Ramorino obligado por Mazzini, se reunió en Génova con él, con otros dos generales mas y un ayudante de campo.

La conferencia fué triste, acalorada y de sombrío augurio. — Mazzini propuso que se ocupara militar-

(1) Estos sucesos que tenian lugar en un punto donde no se hallaba Garibaldi, y que no se ponen aquí sino como explicacion histórica, los hemos tomado de la obra de Ángel Brofferio sobre el Piamonte.

mente el pueblo de San Julian, donde se hallaban reunidos los patriotas saboyanos y los republicanos franceses afiliados para el movimiento.

Allí pues se debia enarbolar el estandarte de la insurreccion.

Ramorino consintió en la proposicion de Mazzini.

Las dos columnas debian ponerse en marcha el mismo dia: la una saldria de Carange y la otra de Nyons; esta atravesaria el lago para reunirse á la primera en el camino de San Julian.

Ramorino se pondria á la cabeza de la primera columna, y el polaco Grabsky al de la segunda.

El gobierno genovés, temiendo enemistarse por un lado con la Francia y por otro con el Piamonte, veia de mal ojo este movimiento. — Quiso oponerse á la marcha de la columna de Carange, mandada por Ramorino; pero el pueblo se sublevó, obligando al gobierno á dejar que la columna se pusiera en marcha.

No sucedió así con la fuerza que partia de Nyons.

Dos barcas se dieron á la vela, llevando la una hombres y la otra armas.

Un vapor del gobierno, mandado en persecucion de las barcas, secuestró las armas y arrestó á los hombres.

Ramorino no viendo llegar la columna que debia

reunirse á él, en vez de seguir su marcha sobre San Julian, se puso á costear el lago.

Mucho tiempo marcharon sin saber á dónde iban; nadie conocía los designios del general; el frio era intenso, y los caminos estaban intransitables.

A excepcion de algunos Polacos, la columna se componía de voluntarios italianos impacientes por batirse.

La bandera italiana atravesaba algunos pobres pueblos, pero ninguna voz amiga la saludaba ni hallaban en el camino mas que curiosos ó indiferentes.

Cansado de sus largos trabajos, Mazzini, que habia dejado la pluma para coger el fusil, seguía la columna; atacado por una ardiente calentura, medio muerto, se arrastraba por el áspero camino con el dolor escrito en su frente.

Ya algunas veces habia preguntado á Ramorino cuáles eran sus intenciones, y qué camino seguía.

Pero las respuestas del general no lograban satisfacerle nunca.

Al llegar á Carra hicieron alto para pasar la noche; Mazzini y Ramorino se alojaron en el mismo cuarto.

Ramorino estaba cerca del fuego, encubierto con su capa; Mazzini fijaba sobre él su mirada sombría y sospechosa.

De repente con su voz sonora, y entonces mas elocuente por la fiebre, le dijo:

Siguiendo este camino es imposible encontrar al enemigo. Debemos dirigirnos á donde tenemos que hacer nuestro ensayo. Si la victoria no corona nuestro esfuerzo, al menos probemos á la Italia que sabemos morir. El tiempo ni la ocasion no nos faltarán jamás, respondió el general, para arrostrar peligros inútiles; yo miraré como un crimen el exponer inútilmente la flor de la juventud italiana.

No hay religion sin mártires, replicó Mazzini; fundemos la nuestra aunque sea con nuestra sangre.

Apenas concluyó Mazzini de decir estas palabras, cuando se oyeron varios disparos de fusil.

Ramorino dió salto y Mazzini cogió una carabina, dando gracias á Dios por haberle procurado en fin la dicha de ver al enemigo.

Pero ese era el último esfuerzo de su energía; la calentura le devoraba, sus compañeros, corriendo durante la noche, le parecían fantasmas; sus sienes zumbian como un enjambre; la tierra le repelia y por último cayó desmayado.

Cuando volvió en sí, estaba en Suiza, á donde con mucho trabajo lo llevaron sus compañeros; los tiros de Carra fué una falsa alerta.

Ramorino declaró entonces que todo estaba per-

dido, y en su consecuencia no queriendo pasar mas adelante, ordenó la retirada.

Al mismo tiempo, una columna de cien hombres en que habia cierto número de republicanos franceses, salió de Grenoble atravesando la frontera de la Suiza.

Pero el prefecto advirtió las autoridades sardas, y por la noche los republicanos fueron atacados de improviso cerca de las grotas de las Escaleras y dispersados despues de una hora de combate.

En este combate, hicieron los soldados sardos dos prisioneros: Angel Volontierri y José Borel. Conducidos á Chamberi, y condenados á muerte, fueron fusilados sobre el mismo terreno donde aun humeaba la sangre de Efficco Tolla.

Tal fué el modo como concluyó esa desgraciada expedicion, que fué llamada en Francia el escarmiento de San Julian.

## VI.

## EL DIOS DE LAS BUENAS GENTES.

Yo habia recibido la mision que se me habia señalado en el movimiento que debia de tener lugar luego, y la acepté sin discutirla.

Entré al servicio del Estado, como marinero de primera clase en la fragata *la Euridicia*.

Mi mision era de hacer prosélitos á la revolucion, y la llené de la mejor manera que me fué posible.

En el caso que el movimiento tuviese buen éxito, yo y mis compañeros debiamos apoderarnos de la fragata y ponerla á la disposicion de los republicanos.

Empero yo no habia querido prestarme á ejecutar ese papel. — Habia oido decir que debia operarse un movimiento en Génova; y que en este movimiento, era necesario tomar el cuartel de la gendarmería, situado en la plaza Sarzana. Dejé á mis compañeros el cuidado de apoderarse del buque, y á la hora que debia hacerse el movimiento en Génova, salté en una lancha y desembarqué en la aduana.

De allí pasé en dos brincos á la plaza de Sarzana, donde, como queda dicho, debíamos apoderarnos del cuartel de la gendarmería.

Allí esperé una hora, pero en vano. — Muy pronto oí decir que el negocio se habia frustrado, y que los republicanos habian escapado antes de reunirse. Luego añadieron que habian hecho algunas prisiones.

Como yo no senté plaza en la marina sarda mas que para servir al movimiento republicano que se preparaba, juzgué inútil el volver á bordo de la *Euricidia*, y ya no pensé sino en escaparme.

En el momento que yo hacia estas reflexiones, las tropas, prevenidas sin duda del proyecto de los republicanos de apoderarse del cuartel de la gendarmería, comenzaban á sitiar la plaza y á reforzar los soldados que estaban en el cuartel.

Comprendiendo entonces que no debia perder el tiempo, me refugié en casa de una frutera, á quien confié la situacion en que me hallaba.

La excelente mujer no vaciló un instante: me escondió detrás de su tienda me procuró un traje de paisano, y por la noche, á eso de las ocho, salí de Génova por la puerta de la Linterna. Desde este dia principió mi vida de expatriacion, de lucha y de persecucion que, segun toda probabilidad, no ha concluido todavía.

Estábamos en el dia 5 de febrero 1834.

Inmediatamente y sin seguir camino trillado, me dirigí á la montaña. Muchos eran los jardines que tenia que atravesar y muchos los muros que saltar. Por fortuna estaba familiarizado con esta suerte de ejercicios y despues de una hora de gimnástica, me hallaba ya fuera del último jardin.

Dirigiéndome hácia Cacciopée, entré en las montañas de Sestri, y al cabo de diez dias ó mas bien de diez noches llegué á Niza y entré en casa de mi tia, plaza de la Victoria, para noticiar á mi madre mi llegada á fin de no asustarla demasiado con mi arriesgada presencia.

Allí descansé un dia, y en la noche siguiente me puse en marcha, acompañado de mis dos amigos, José Janu y Ángel Gustavini.

Llegados al Var, lo hallamos invadable por causa de las lluvias; pero eso no era un obstáculo para un nadador como yo. Pasé pues el rio mitad á pié y mitad á nado. En fin, despedí desde la orilla á mis dos amigos, que quedaron al otro lado del rio.

Yo estaba á salvo, ó poco mas ó menos, como se verá luego.

En esta confianza, me dirigí derechito á un cuerpo de guardia de aduaneros. Les dije quién era, y el motivo por el cual salí de Génova.

Los aduaneros me respondieron que yo era su prisionero hasta nueva orden, y que esta orden iban á pedirla á Paris inmediatamente.

Pensando que hallaria pronto una ocasion favorable para escaparme, no hice ninguna resistencia. Me condujeron á Grasse y de Grasse á Draguiñan.

En Draguiñan me pusieron en un cuarto del primer piso, cuya ventana abierta daba al jardín.

Me acerqué á la ventana como para mirar el paisaje, mas viendo que de la ventana á tierra no habia mas que unos quince piés, me eché abajo, y mientras los aduaneros, menos ligeros que yo, bajaron la escalera, ganaba yo la falda de la montaña.

Yo no conocia el camino; pero como era marinerero, si la tierra me faltaba, me quedaba el cielo, ese gran libro en el que estaba acostumbrado á leer mi derrotero; con ayuda pues de las estrellas tomé la direccion de Marsella.

Al dia siguiente por la noche, llegué á un pueblo cuyo nombre nunca he sabido.

Entré en una posada donde un hombre fresco y robusto y una mujer jóven se calentaban cerca de una mesa esperando la cena.

Pedí de comer, pues desde el dia siguiente no habia tomado alimento alguno.

La cena era apetitosa y el vino del país agradable,

y al lado de un buen fuego, sentí uno de esos momentos de bienestar que se experimenta al salir de un peligro cuando se cree que ya no hay nada que temer.

Mi posadero me felicitó por mi buen apetito y mi alegre semblante.

Le dije que mi apetito no tenia nada de extraordinario, pues que hacia diez y ocho horas que no habia comido nada. Respecto de mi semblante alegre, la explicacion no era menos sencilla, visto que en mi país acababa de escaparme probablemente de la muerte y en Francia de la cárcel.

Habiéndome explicado así, no podia hacerle un secreto de lo demás. — Parecia tan franco mi posadero y la mujer tan buena, que les revelé por fin toda mi posicion.

Entonces con gran asombro mio, ví como cambiaba de color.

— Pues bien, le dije, ¿ qué tiene usted ?

— Tengo, que en vista de lo que acaba usted de decirme, me respondió, me creo con derecho de arrestarle.

Yo me puse á reir, no queriendo hacerle ver que tomaba la cosa por lo serio. Además estamos uno contra uno, me decia á mí mismo, y no hay por que temer. — Enhorabuena! le dije, ya tendrá us-

ted tiempo de arrestarme á los postres; ahora déjeme acabar mi cena aun cuando tenga que pagar doble, pues aun no he satisfecho el hambre.

Yo continuaba comiendo sin la menor inquietud.

Pero pronto me apercibí que si mi posadero tenia necesidad de ayuda para llevar á cabo su proyecto, esta ayuda la tendria sobrada.

Su posada era el punto de reunion de la juventud del pueblo; todas las noches venian á beber, fumar, buscar noticias y hablar de política.

La sociedad de costumbre se reunia poco á poco, y pronto hubo una docena de jóvenes; — estos jóvenes jugaban á los naipes.

El posadero no hablaba mas de arresto; pero sin embargo no me perdía de vista.

Es verdad que no llevando conmigo el mas pequeño paquete, mi maleta no podia responder del gasto que hice.

Mas como tenia algunos doblones en el bolsillo del chaleco, los hice sonar para inspirarle seguridad sobre este punto, pero al parecer su triqueteo tranquilizaba poco al posadero.

Elegí el momento en que uno de los bebedores acabó de cantar con muchos aplausos una cancion que tuvo el mayor suceso, — y con el vaso en la mano:

— A mi vez, dije yo.

En seguida me puse á entonar *el Dios de las buenas gentes*.

Si no hubiera yo tenido otra vocacion, hubiese podido hacerme cantor; tengo una voz de tenor que, habiendo sido cultivada, hubiera adquirido cierta extension y maestría.

La energía de los versos de Beranger, la franqueza con que fueron cantados, la fraternidad del refran y la popularidad del poeta sorprendieron al auditorio.

Me hicieron repetir dos ó tres coplas, me abrazaron al concluir la última, y gritaron: « Viva Beranger! viva la Francia! viva la Italia! »

Despues de semejante suceso, ya no se habló de arresto; mi posadero no abrió la boca, de manera que yo no supe jamás si habia hablado con seriedad, ó si quiso darme una broma.

Pasamos la noche cantando, jugando; al amanecer del dia siguiente, todos alegres se ofrecieron para acompañarme; acepté este honor con muchísimo gusto, y á las seis millas de distancia nos separamos.

Ciertamente, Beranger ha muerto sin saber el favor que me hizo en esa ocasion.

## VII.

CÓMO ENTRÉ EN EL SERVICIO DE LA REPÚBLICA  
DE RIO GRANDE.

Al cabo de veinte días de mi salida de Génova, llegué á Marsella sin accidente.

Me equivoqué, — me sucedió un accidente; súpelo leyendo el *Pueblo soberano*, donde ví que había sido condenado á muerte.

Era la primera vez que tuve el honor de ver mi nombre impreso en un periódico.

Como desde entonces era peligroso conservarlo, lo cambié por el de Pane.

Estuve algunos meses sin ocupación en Marsella, usando de la hospitalidad que me daba uno de mis amigos, llamado José Paris.

En fin, conseguí emplearme en calidad de segundo á bordo de *la Union*, bajo la direccion del capitán Gaza.

El domingo siguiente, hallándome á eso de las cinco de la tarde en la ventana de la proa con el capitán, seguí con la vista á un colegial, que saltando

de una barca á otra para divertirse, se le resbaló un pié y cayó en el mar dando un grito.

Yo me hallaba vestido de uniforme; pero á la vista del accidente, á los gritos del muchacho que desaparecía, sin quitarme siquiera las botas, me eché al mar. Dos veces me zambullí en vano; á la tercera, tuve la suerte de coger mi colegial por el brazo y lo levanté á la superficie del agua.

En esta disposicion, ya no tuve trabajo en empujarlo hasta tierra; — un inmenso gentío se había reunido al ver la desgracia, y me acogió con aplausos y bravos.

Era un jóven de catorce años, llamado José Rambaud. Las lágrimas de alegría y las bendiciones de su madre me pagaron largamente el baño que tomé.

Como le salvé la vida bajo el nombre de José Pane, es muy probable que si vive, no haya sabido nunca el verdadero nombre de su segundo padre.

Hice mi tercer viaje á Odesa, á bordo de *la Union*; á mi regreso, me embarqué en una fragata del bey de Túnez: la dejé en el puerto del canal, y volví en un buque turco. A mi llegada hallé Marsella, poco mas ó menos en el mismo estado en que la vió M. de Belzunce en la época de la fiebre amarilla.

El cólera se hallaba entonces en su apogeo.

Todo el mundo, excepto los médicos y las hermanas de caridad, había huido de Marsella y refugiándose en las quintas y casas de campo; — la ciudad representaba el aspecto de un vasto cementerio.

Los médicos pedían *benévolos*, tal era el nombre que daban en el hospital á los enfermeros de buena voluntad.

Yo me ofrecí con un triestino, que volvía de Túnez conmigo. Nos constituimos en el hospital alternando en las veladas.

Este servicio duró quince días.

Al cabo de estos quince días, como el cólera disminuía de intensidad y yo hallé una colocación, me embarqué en calidad de segundo á bordo del bergantín *el Nautonnier*, de Nantes, cuyo capitán, Beaugard, partía para Rio Janeiro.

Muchos de mis amigos me han dicho que ante todo era yo un poeta.

Si para ser poeta es necesario hacer la *Iliada*, la *divina Comedia*, las *Meditaciones* de Lamartine ó las *Orientales* de Víctor Hugo, entonces no soy poeta; pero si ser poeta es pasar muchas noches en el mar meditando dentro de las aguas azuladas y profundas los misterios de las vegetaciones submarinas; si ser poeta es estar en éxtasis en las bahías de

Rio Janeiro, de Nápoles ó de Constantinopla; si ser, en fin, poeta es soñar en la ternura filial ó en las escenas de mi amor juvenil, en medio de las balas y bombas, sin pensar que vuestro sueño puede acabar por un balazo en la cabeza ó en un brazo, en tal caso sí, soy poeta.

Me acuerdo que cierto día de la última guerra, rendido de cansancio sin dormir durante tres noches consecutivas, sin apearme casi del caballo y yendo dos días costeadando á Urbano y sus doce mil hombres, con mis cuarenta bersagleris, cuarenta caballos y mil hombres bien ó mal armados, al entrar por un estrecho sendero del otro lado del monte Orfano, en compañía del coronel Turr y cinco ó seis hombres, me paré de repente olvidando cansancio y peligros para escuchar el canto de un ruiseñor. La noche, iluminada por la luna, era espléndida y apacible; el pájaro echaba al viento su rosario de notas armoniosas, y al contemplarlo, me parecía que escuchaba á ese pequeño amigo de mis jóvenes años, cuando sentía llover sobre mí un rocío dulce y regenerador. Los que me rodeaban creyeron que yo vacilaba sobre el camino que debíamos seguir, ó que oía á lo lejos el ruido del cañon ó los pasos de la caballería al trote sobre la carretera. No, les dije, escucho cantar el ruiseñor, que no he oído desde

hace diez años. El éxtasis duró hasta que los que me rodeaban me dijeron dos ó tres veces:

— « ¡General, hé aquí al enemigo! » Pero si el enemigo mismo no hubiera dicho « ¡vedme aquí! » rompiendo el fuego contra nosotros, nunca hubiera hecho volar al nocturno encantador.

Así, cuando despues de haber andado por los peñascos que ocultaban el puerto á todos los ojos que los Indios en su lenguaje expresivo llaman *Nel-hero hy*, es decir, agua escondida; cuando despues de haber atravesado el canal que conduce á su bahía tranquila como un lago, vi levantarse la ciudad dominada por el *Pao de Anucar*, inmenso peñasco cónico que sirve de mira mas bien que de fanal al navegante; cuando vi levantarse á mi alrededor esa naturaleza de que África y Asia no han podido darme mas que una débil idea, quedé verdaderamente maravillado del espectáculo que se desarrollaba delante de mí. Entrado en el puerto de Rio Janeiro, mi buena suerte hizo que no tardase en hallar la cosa mas rara que hay en este mundo, un amigo.

Este amigo no tuvo necesidad de buscarle, ni tuvimos que estudiarnos para conocernos; nos abrazamos, nos cambiamos una mirada, y despues de una sonrisa y de un apretón de manos quedamos, Rosseti y yo, hermanos para toda la vida.

Mas tarde tendré ocasion de decir lo que era esta alma escogida, y sin embargo, yo su amigo, su hermano inseparable, despues de tanto tiempo, moriré acaso sin tener la dicha de poner una cruz en el sitio ignorado de la tierra americana donde descansan los huesos de tan generoso y valiente compañero.

Por fin, despues de haber pasado Rossetti y yo algunos meses en la ociosidad, — digo ociosidad el hacer un comercio para el cual ni el uno ni el otro habiamos nacido, — quiso la casualidad que nos pusiéramos en relaciones con Zambecarri, secretario de Benito Gonzales, presidente de la república de Rio Grande, en guerra entonces con el Brasil. Hallábanse ambos prisioneros de guerra en Santa Cruz, fuerte levantado á la derecha del puerto, y de donde llaman con bocinas á los buques. Zambecarri que, dicho sea de paso, era el hijo del famoso aeronauta que se perdió en un viaje á Siria, y que jamás se ha oido hablar mas de él, me hizo trabar conocimientos con el presidente, quien me dió cartas de marca para hacer correrías contra el Brasil. Posteriormente, Benito Gonzales y Zambecarri se escaparon á nado y llegaron con felicidad á Rio Grande.

## VIII.

## EL CORSARIO.

Armamos de guerra *el Mazzini*, pequeño buque de unas treinta toneladas, con el cual hacíamos el cabotaje, y nos lanzamos al mar con diez y seis compañeros de aventuras. Estábamos pues libres; navegábamos con bandera republicana, y éramos por fin corsarios!

¡Con diez y seis hombres de tripulación y una barea, declaramos la guerra á un imperio!!!

Saliendo del puerto tomamos el rumbo hácia las islas Maricas, situadas á cinco ó seis millas de la embocadura de la rada, apoyando sobre nuestra izquierda; nuestras armas y municiones estaban escondidas debajo de nuestras carnes acecinadas con el manioque, única comida que usan los negros. Me avancé hácia la mas grande de esas islas, que posee una ensenada donde eché el áncora; salté á tierra y trepé hasta el punto mas elevado.

Allí, extendí los dos brazos con un sentimiento de bienestar y fiereza, y dí un grito semejante al águila cerniéndose en lo mas alto de los aires.

El Océano era mio, y allí tomé posesion de mi imperio.

La ocasion de ejercer mi poder no se hizo esperar.

Mientras que yo estaba como un ave de mar, encaramado en lo alto de mi observatorio, apercibí una goleta navegando con pabellon brasileño.

Di la señal de prepararlo todo para darnos á la vela y bajé corriendo á la playa.

Navegamos derecho á la goleta, la cual no sospechaba que corria semejante peligro á dos ó tres millas de Rio Janeiro.

Al acercarnos nos hicimos conocer intimándola la rendicion, y sin hacer ninguna resistencia, se entregó al punto.

Inmediatamente subimos á bordo y tomamos posesion de ella.

Entonces ví acercarse á mí un diablo de pasajero portugués que llevaba en la mano un cofrecito lleno de diamantes que me ofreció por el rescate de su vida.

Cerré el cofrecito y se lo devolví, diciéndole que su vida no corria ningun peligro, y que por lo tanto podia guardar sus diamantes para mejor ocasion.

Mas no habia un momento que perder; estábamos casi á tiro de las baterias del puerto. Así, trasladamos las armas y los viveres del *Mazzini* á bordo

de la goleta y echamos á pique *el Mazzini* que tuvo tan gloriosa como corta existencia.

La goleta pertenecía á un rico austriaco que vivía en la Isla Grande, situada á la derecha saliendo del puerto, á quince millas de tierra; hallábase cargada de café para Europa.

El buque era doblemente de buena presa, porque pertenecía á un austriaco á quien habia yo hecho la guerra en Europa, y á un negociante domiciliado en el Brasil, contra cuyo país hacia yo ahora la guerra en América.

Bauticé la goleta con el nombre de *Scarropilla*, derivativo de *Farrapos* (*gentes de harapos*), nombre que el imperio del Brasil daba á los habitantes de las nuevas repúblicas de la América del Sur, como Felipe II daba el de *mendigos de tierra y mar* á los revoltosos de los Países Bajos. Hasta entonces la goleta se llamó *Luisa*.

Ese nombre nos complacía en extremo. Todos mis compañeros no eran Rossettis, y debo decir que la figura del mayor número de entre ellos no estaba del todo consolada; esto explica la pronta rendición de la goleta y el terror del portugués que me ofrecía sus diamantes.

Además de esto, durante todo el tiempo que hice el oficio de corsario, mi gente tuvo orden de respe-

tar la vida, el honor y la fortuna de los pasajeros... yo iba á decir bajo pena de muerte, empero hubiera hecho mal en decir esto, puesto que no habiendo nadie violado jamás mis órdenes, no tuve nunca que castigar á ninguno de mis subordinados.

Una vez hechos los primeros arreglos á bordo, pusimos la popa sobre Rio de la Plata; y para dar el ejemplo del respeto que yo queria que se tuviese en adelante por la libertad, la vida y los bienes de nuestros prisioneros, cuando llegamos á la altura de la isla de Santa Catalina, un poco encima del cabo de Itapocoroya, hice descender la lancha del buque capturado y embarcar en ella los pasajeros con todo lo que les pertenecía, y además los víveres necesarios y la lancha, dejándoles libres de ir á donde mejor les acomodara.

Cinco negros, esclavos á bordo de la goleta, quedaron voluntariamente conmigo en calidad de marineros; despues de esto, continuamos nuestro camino á Rio de la Plata.

Fuimos á echar el áncora á Maldonato, Estado de la república del Uruguay.

El pueblo y las autoridades nos hicieron un recibimiento admirable que nos pareció de excelente augurio. Rossetti partió en consecuencia á Montevideo, á fin de arreglar nuestros negocios mercan-

tiles, vender parte del cargamento apresado y hacer dinero.

Permanecimos en Maldonado, ó mejor dicho en la entrada de aquel magnífico río, que mide á su embocadura treinta leguas de largo, ocho días que pasamos en continuas fiestas; pero faltó poco para que no concluyeran de una manera trágica. Oribe, como jefe de la república de Montevideo, no reconocía las demás repúblicas limítrofes, y dió orden al jefe político de Maldonado para que procediera á mi arresto y embargo de mi goleta. Por fortuna, el jefe político de Maldonado era bello sugeto, y en vez de ejecutar la orden recibida, como le hubiera sido fácil el cumplirla, me hizo prevenir secretamente para que me pusiera en salvo y siguiera á mi destino si es que tenía uno.

Yo me comprometí á partir en la misma noche, á pesar de que antes tenía necesidad de arreglar una pequeña cuenta.

Yo había vendido á un negociante de Montevideo algunos sacos de café sacados del cargamento apresado, y alguna bijutería perteneciente á mi austriaco, á fin de comprar víveres. Ya sea que mi comprador fuera mal pagador, ora que hubiera oído hablar de mi proyectada prision, lo cierto es que hasta entonces me había sido imposible sacarle un real.

Mas como me veía obligado á partir la noche misma, era urgente el aprovechar todos los instantes para hacerle pagar antes de salir de Maldonado, visto que seria mas difícil el cobrar estando ausente que ahora que estaba presente.

Por consiguiente á las nueve de la noche, di orden de aparejar; me puse dos pistolas en la cintura, y embozado en mi capa me dirigí rápidamente á casa de mi negociante.

La luna, en aquella noche, rivalizaba con el sol, de suerte que pude divisar de lejos á mi hombre tomando el fresco en la puerla de su casa; él me vió tambien y al instante me hizo seña de alejarme, queriendo indicar con esta seña que yo corria peligro allí.

Hice como quien no ve nada, seguí derecho á él, y sin mas explicacion, le puse una pistola en los pechos:

— Mi dinero, le dije.

Quiso entrar en explicaciones; empero á la tercera vez que le hube repetido estas dos palabras: *mi dinero*, me hizo entrar y me entregó los dos mil pesos que me debía.

Púseme las pistolas en la cintura, y con mi saco debajo del brazo, me volví á la goleta sin que nadie me inquietara en lo mas mínimo.

## IX.

## LA PLATA.

Al amanecer, con gran sorpresa mia me hallé en medio de los escollos de Piedras Negras.

¿Cómo me metí en semejante situación, yo que no había dormido un minuto, ni cesado un instante de tener la vista fija en la costa; yo que desde que se ocultó la luna no había cesado un momento de consultar la brújula y de dirigirme según sus indicaciones?

Mas, no era entonces la hora de ponerme esta cuestión, el peligro era inmenso: teníamos escollos á babor y á estribor; hallábase el puente enteramente cubierto de espuma. Salté sobre la verga del trinquete, ordené izar á babor, y mientras que el equipaje ejecutaba esta maniobra, se llevó el viento la pequeña gavia.

Sin embargo, desde el punto donde yo estaba dominaba buque y escollos, de manera que podía indicar el camino que la goleta debía seguir; esta, como si tuviera inteligencia y conocimiento del peligro que corría, se hizo tan dócil al timon, como

un caballo lo es á la brida de un diestro jinete: en fin, entre la vida y la muerte, vi palidecer á los viejos marineros y orar aun á los mas incrédulos; empero luego salimos del peligro.

En el momento que pude respirar, quise hacerme cargo de las causas que nos habían llevado á esos terribles escollos indicados en los mapas y tan conocidos por los navegantes.

Consulté la brújula, pero esta continuaba delirando; si la hubiera escuchado, hubiéramos ido á dar de lleno contra las rocas de la costa.

Por fin, comprendí la causa de su locura.

En el momento que dejé la goleta para ir á reclamar mis dos mil patañones al comprador del café, mandé que para estar prontos en caso de ataque, preparasen sobre cubierta los sables y fusiles de toda la tripulación; en cumplimiento de esta orden reunieron dichas armas dentro de una cabina inmediata á la bitácora.

Esta masa de hierro había atraído á ella la aguja de marear; así tan luego como se trasladaron á otro lugar las armas, la brújula tomó su dirección normal.

Continuamos nuestro camino y llegamos con felicidad á Jesús María, pueblo situado al otro lado de Montevideo, casi á la misma distancia que Maldonado.

Nada digno de contar nos sucedió allí, si no es que nos faltaron víveres por no haber tenido tiempo de hacer provisiones antes de nuestra partida. Además, según las órdenes recibidas, no podíamos desembarcar; sin embargo era necesario satisfacer el hambre de doce bizarros de buen apetito.

Con este designio, mandé que se bordeara por allí sin alejarnos mucho de la costa.

Una mañana descubrí desde mi observatorio, como á distancia de cuatro millas de la costa, una casa que tenia el aspecto de un cortijo.

Mandé anclar lo mas cerca posible de la playa, y como carecíamos de lancha, porque la dimos, como queda dicho, á las personas que desembarqué en la isla de Santa Catalina, organicé una almadía con una tabla y dos toneles, y armado de un bichero ó percha de atracar me arriesgué sobre esta embarcacion de nuevo género, con un solo marinero llamado Mauricio Garibaldi, aunque no era pariente mio.

El buque quedaba entretanto con dos anclas echadas en forma de arco, á causa de la violencia del viento que soplabá de las pampas.

Hednos pues lanzados en medio de los escollos, no navegando, sino dando vueltas y bailando sin querer sobre nuestra almadía y con peligro á cada mo-

mento de sumergirnos en el agua. Por fin, despues de milagros de equilibrio que tuvimos que hacer, conseguimos pisar la playa; dejé á Mauricio la misión de guardar el improvisado esquite, y yo me aventuré por el interior de las tierras.

## X.

## LAS LLANURAS ORIENTALES.

El espectáculo que se ofreció á mi vista y que yo veía por primera vez, necesita para describirlo con exactitud la pluma de un poeta ó el pincel de un artista. Yo veía ondular delante de mí, como las olas de un mar convertido en sólido, los inmensos horizontes de *las llanuras orientales*, llamadas así porque principian en la costa oriental del río Uruguay, y se extienden por el Río de la Plata, abrazando en su inmensidad Buenos Aires y la Colonia. Por cierto, este espectáculo era enteramente nuevo para un hombre del otro lado del Atlántico, y sobre todo para un italiano que ha nacido y vivido en un suelo en donde es raro ver una fanega de tierra sin una casa ó una obra cualquiera de la mano del hombre.

Por el contrario, allí no resplandece mas que la obra de Dios; tal como salió de las manos del Señor en el día de la creación, tal se halla hoy. Es una vasta é inmensa pradera que representa una alfombra interminable de verdura y flores, cuyo aspecto no cambia sino en las orillas del río Arroga, donde

se levantan y balancean al viento los hermosos ramilletes de árboles con un ramaje de la mas vigorosa vegetacion.

Los caballos, los toros, las gacelas, las austruchas, á defecto de criaturas humanas, son los habitantes de estas inmensas soledades, que solo cruza el gaucho, ese centauro del nuevo mundo, como para recordar á todos los animales salvajes que Dios les ha dado un amo y un señor. Empero á ese amo ¿con qué ojo lo miran pasar los caballos padres, y los toros, las austruchas y gacelas? Todos protestan contra su pretendida dominacion; el caballo padre con sus relinchos, el toro con sus bramidos y las austruchas y la gacela con su huida.

Esta deliciosa contemplacion me conducia en espíritu á la tierra que me vió nacer, miserable tierra, que cuando pasa el Austriaco que la oprime, los hombres, esas criaturas hechas á la imágen de Dios, saludan y se encorvan, no atreviéndose á dar las mismas señales de independencia que dan á la vista del gaucho los animales salvajes de las pampas.

Dios todopoderoso, Dios santo, ¿hasta cuándo permitiréis ese menoscupio de vuestra criatura?

Empero dejemos el viejo mundo tan triste y desesperado, y volvamos al nuevo mundo, tan jóven, tan lleno de porvenir y de esperanza.

¡Qué hermoso es el caballo padre de las *llamuras orientales*, con sus jarretes tendidos, sus narices humeando, sus labios temblorosos porque no han sentido jamás el frío contacto del acero! ¡Cómo respiran con libertad bajo los vaivenes de sus crines y colas! Jamás sus flancos han sido oprimidos por nadie ni ensangrentados por espuela alguna! ¡Cuán fiero es cuando con sus relinchos reúne sus manadas de yeguas; cuando como verdadero sultan del desierto, huye con ellas, rápido como el torbellino, de la presencia dominadora del hombre!

¡Oh maravilla de la naturaleza! ¡Oh milagro de la creación! ¡Quién escapaz de expresar la emoción que experimentaba á vuestra vista este corsario de veinte y cinco años, que por la primera vez tendía sus brazos hácia la inmensidad!

Empero, como este corsario estaba á pié, ni el toro ni el caballo padre lo reconocían por un hombre. En los desiertos de la América, el hombre se completa por el caballo, y sin él se convierte en el último de los animales. Desde luego, se pasearon estupefactos á mi vista; despues, despreciando sin duda mi debilidad, se acercaban á mí hasta humedecerme la cara con su aliento. No inquietaros nunca del caballo, animal noble y generoso; pero no fiaros siempre del toro, bestia socarrona y sombría. Las gacelas y las

austruchas hicieron como el caballo y el toro, pero de una manera mas circunspecta; pues hacen su reconocimiento, huyen rápidas como las flechas, y llegadas á la cumbre de un montecillo, se vuelven para ver si se las persigue.

En aquel tiempo, es decir hácia fines de 1834 y el principio de 1835, esta porción del suelo oriental estaba aun virgen de toda guerra; hé ahí porqué se hallaba tan grande cantidad de animales salvajes.

## XI.

## LA POETISA.

En seguida me dirigí á una *estancia* (1), donde hallé sola á la jóven mujer del *capataz*. Esta no podía vender ni dar un buey sin consentimiento de su marido, y en su virtud era necesario esperar la vuelta de este último. Desde luego, el día llegaba á su último período, y hasta el siguiente era imposible conducirlo al mar.

Hay momentos en la vida cuyo recuerdo se conserva siempre vivo en la memoria, cualesquiera que sean las circunstancias posteriores de nuestra vida; ese recuerdo conserva obstinadamente el lugar que habia ocupado en nuestra alma. — ¡Debia yo hallar en medio de ese desierto, y esposa de un hombre medio salvaje, á una jóven de esmerada educacion, á una poetisa que sabia de memoria Dante, Petrarca y el Taso?

Despues de haber dicho las pocas palabras españolas que yo sabia entonces, fui sorprendido agra-

(1) Nombre de las quintas en la América de Sur.

dablemente al oirla responderme en italiano. En seguida me invitó con mucha gracia á tomar asiento y esperar la vuelta de su marido. Mi graciosa posadera me preguntó en seguida si yo conocia las poesías de Quintana, y á mi respuesta negativa, me hizo regalo de un tomo de dichas poesías, diciéndome que me lo daba á fin de que yo aprendiese el español por amor á ella. Preguntéla entonces si sabia componer versos.

— ¡Cómo, me contestó, quiere usted que no se haga uno poeta á la vista de semejante naturaleza?

Al punto, sin hacerse rogar, me recitó algunas piezas que hallé de un gran sentimiento y de una prodigiosa armonía. Yo hubiera pasado toda la tarde y toda la noche escuchándola, sin pensar en mi pobre Mauricio que me esperaba guardando la almadía; pero vino su marido y puso fin á la conferencia poética de la tarde, para tratar del objeto material de mi visita. Yo le expuse mi peticion, y convinimos que al dia siguiente conduciría un buey á la playa y me lo vendería.

Al amanecer me despedí de mi hermosa poetisa, y me dirigí presuroso en busca de Mauricio; el pobre habia pasado la noche, abrigado como pudo entre sus toneles, muy inquieto por mi tardanza, pues

temia que me hubieran devorado las fieras que son muy comunes en esta parte de la América, y menos inofensivas que los caballos padres y los toros. Al cabo de algunos instantes apareció el capataz arrastrando un buey cogido *al lazo*. En pocos instantes el animal fué muerto, despellejado, cortado en tiras, tanta es la destreza de los hombres del Sur en el cumplimiento de esta obra de sangre.

Ahora era necesario transportar el buey cortado á pedazos, de la playa al buque, es decir á una distancia de mil pasos á lo menos, atravesando los escollos en que se estrellaba un mar furioso.

Mauricio y yo nos pusimos á la obra.

Ya se sabe cómo estaba construido el buque que debía llevarnos á bordo: una tabla con dos toneles atados á cada extremo de ella y una especie de estaca en medio.

A la venida, esta estaca nos sirvió para colgar nuestra ropa; pero á la vuelta debía suspender nuestros víveres y mantenerlos fuera del agua.

Hecho así, empujamos la almadía al agua, y nos lanzamos encima; Mauricio con una vara larga en su mano y yo con mi bichero en la mía, nos pusimos á marchar con agua hasta las rodillas, pues el cargamento era demasiado pesado para nuestra improvisada canoa; mas como la necesidad carece de

ley, contra viento y marea la galera tenia que hender las olas y las venció en efecto.

Nuestra maniobra tenia lugar con entusiastas aplausos del americano y de la tripulación de la goleta, que hacian votos quizás mas bien por la salvación de la carne del buey, que por la nuestra propia. La empresa en fin se llevaba á cabo con felicidad; empero llegados á una línea de escollos que era necesario atravesar, nos hallamos por dos veces casi enteramente sumergidos.

La suerte nos favoreció burlándose de las dificultades que se oponian á nuestra marcha.

Quando estábamos mas allá de la doble línea de escollos, en vez de haber pasado el peligro, tomó proporciones mas espantosas.

Como ya no tocábamos el fondo con nuestros bicheros, nos era imposible el dirigir la embarcacion. Además la corriente era mucho mas fuerte; y á medida que entrábamos en el rio, tanto mas nos alejaba de la goleta.

Vi el momento en que íbamos á atravesar el Atlántico sin parar hasta Santa Helena, ó hasta el cabo de Buena Esperanza.

Ya no quedaba otro recurso á nuestros compañeros, que veian alarmados nuestro peligro, que darse á la vela para alcanzarnos: y hé ahí precisamente

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

lo que hicieron. El viento que venia de tierra, hizo que la goleta nos alcanzase y nos adelantase en breve.

Al pasar por nuestro frente, nos echó una cuerda con la cual amarramos la almadía al buque, donde trashedamos luego los víveres. Mauricio y yo lo hicimos á nuestra vez; en fin, despues fué reintegrada la tabla á su sitio en el comedor, y no tardó á ejercer las funciones de su primer destino.

El trabajo que pasamos para procurarnos los víveres fué compensado con el glorioso apetito con que los devoraban nuestros compañeros.

Algunos días despues, compré por treinta escudos la lancha de una balandra que hallamos á nuestro paso.

Este día, permanecemos aun á la vista de la punta de Jesús María.

## XII.

## EL COMBATE.

Habíamos pasado la noche anclados á seis millas del mediodía de la punta de Jesús María, frente á las Barrancas de San Gregorio; soplabá una pequeña brisa del Norte, cuando vimos por la parte de Montevideo dos barcas que creíamos amigas; pero como no llevaban la seña convenida (un pabellon rojo), juzgué prudente el darnos á la vela, y en el entretanto subir sobre cubierta nuestras armas.

La precaucion, como se va á ver, no fué inútil; la primera barca se avanzaba con tres personas solamente visibles; llegada á algunos pasos de nosotros, el que parecia el jefe levantó la voz y nos intimó la rendicion; al mismo tiempo la cubierta de la barca se cubrió de hombres armados que, sin darnos tiempo de responder á la intimacion, rompieron el fuego. A la vista de este repentino ataque, grité: «A las armas!» y di el ejemplo tomando un fusil; y como estábamos al paio, sacudiendo á mas y mejor, mandé: — «A los brazos de las velas de adelante!»

Empero, viendo que la goleta no obedecía á las voces de mando con la docilidad acostumbrada, me dirigí hácia el timon y vi que el timonero, uno de mis mejores marineros, murió en la primera descarga.

Se llamaba Florentino, natural de una de nuestras islas. El combate se habia trabado con sumo ardor.

No podia perderse un momento; *la lanciona*, tal es el nombre de esta clase de barcas contra las cuales nos batiamos, se habia amarrado á nuestro jardín de la derecha y subido algunos hombres sobre nuestro filarete; por fortuna unos tiros de fusil, acompañados de sendos sablazos, dieron pronta cuenta de ellos.

Después de haber ayudado á mi gente á rechazar el abordaje, salté á la escota del trinquete de estribor, donde murió Florentino, y cogí el timon abandonado. Mas en el momento en que apoyaba la mano para dirigirlo, una bala enemiga me atravesó el cuello y caí sin conocimiento sobre el puente.

El resto del combate, que duró una hora, fué sostenido por Luis Carniglia, pilotin, Pascual Lodola, Giovanni Lamberti, Mauricio Garibaldi y dos malteses. Los Italianos se batieron con heroicidad; pero los extranjeros y los cinco negros se escondieron en

la cala del buque. En fin, cansados de nuestra resistencia contando diez hombres fuera de combate, el enemigo escapó, mientras que habiéndose levantado el viento, nuestros hombres continuaron la subida del rio.

Aunque recobré el sentimiento y mis sentidos, quedé completamente inerte é inútil durante el resto del combate.

Confieso que mis primeras sensaciones al abrir los ojos y al volver á la vida, fueron deliciosas. Puedo decir que, estando muerto resucité; ¡tan profundo y privado de todo resplandor de la existencia fué mi fatal desfallecimiento!

Empero, este sentimiento de bienestar físico que experimenté, se cambió muy luego en tristeza al contemplar la triste situación en que nos hallábamos.

Mortalmente herido, sin contar con nadie á bordo que tuviese el menor conocimiento en la navegación, la menor noción geográfica, me hice traer el mapa y consultándolo con mis ojos cubiertos de un velo que yo creía ser el de la muerte, indiqué con el dedo *Santa Fe* en el rio Paraná.

Ninguno de nosotros habia navegado jamás en el Plata, excepto Mauricio, que habia subido una sola vez el Uruguay. Los marineros amedrentados, — los

Italianos, debo decirlo, no participaban de estos temores, y si participaban de ellos sabian ocultarlo, — los marineros amedrentados, repito, al considerar mi estado y el cadáver de Florentino, temiendo el ser cogidos y considerados como piratas, desertaron en la primera ocasion favorable que se les presentó. Mientras tanto, en cada barca, en cada canoa, en cada tronco de árbol que surcaba el mar, veian una *lanciona* enemiga en persecucion nuestra.

El cadáver de nuestro desgraciado camarada fué arrojado al agua con las ceremonias que se hacen en semejantes ocasiones, pues que durante algunos dias, no pudimos abordar en parte alguna. Debo decir que ese género de entierro era medianamente de mi gusto, y que tambien yo sentia una repugnancia tanto mas grande, cuanto segun toda probabilidad estaba cerca de ser dominado por ella, como así lo manifesté á mi querido Carniglia.

En medio de esta revelacion, esos versos de Fóscolo me venian particularmente á la imaginacion:

«Una piedra, una piedra que distinga mis huesos de los que la muerte siembra sobre la tierra y en el Océano.»

Mi pobre amigo lloraba prometiéndome no solo que no dejaria que me echaran al agua, sino que cuidaria de abirme una sepultura y de colocarme

lentamente en ella. ¿Quién sabe si, á pesar de su deseo, hubiera podido cumplir su promesa? Mi cadáver hubiera saciado algun lobo marino ó á algun caiman del inmenso Plata. ¡Yo no hubiera visto mas la Italia, ni vuelto á combatir por ella! ¡por ella, la sola esperanza de mi vida! pero, tampoco la hubiera visto recaer en la vergüenza y en la prostitucion.

Mas ¿quién hubiera dicho entonces á mi querido Luis, que antes de un año lo habia yo de ver, rodando por los escollos, desaparecer en el mar, y que buscaria en vano su cadáver para cumplir la promesa que él me habia hecho, de enterrarle en la tierra extranjera, y de poner una piedra sobre su sepultura para recomendarlo á la piedad de los viajeros? ¡Pobre Luis, tú me prodigaste los cuidados de una madre durante mi larga y cruel enfermedad, cuando no tenia otro consuelo que tu vista y las atenciones que tu corazon de oro tenia para mí!

## XIII.

LUIS CARNIGLIA.

Quiero hablar un poco de Luis. — ¿Y porque es un simple marinero, no deberé hablar de él? Porque no estaba... ¡Oh! yo os respondo, su alma era noble, sostenia en toda circunstancia y en todo lugar el honor italiano; noble para contrarrestar las tempestades de todo género, noble, en fin, para protegerme, para guardarme, para cuidarme, como lo hubiera hecho con su hijo! Cuando en mi larga agonía yacia yo sobre mi cama de dolor; cuando abandonado de todos deliraba el delirio de la muerte, permanecia sentado á la cabecera de mi cama con el amor y la paciencia de un ángel, sin dejarme un instante sino para ir á llorar y ocultarme sus lágrimas. ¡Oh Luis! tus huesos, esparcidos en los abismos del Atlántico, merecen que el próscrito reconocido pudiera un dia darte en ejemplo á tus conciudadanos, y devolverte esas lágrimas piadosas que tú derramaste sobre él, en el lecho de su dolor!

Luis Carniglia era natural de Deiva, pequeño

pueblo de la ribera del Levante. No habia recibido instruccion literaria, pero suplia este defecto con una maravillosa inteligencia. Privado de todos los conocimientos náuticos que hacen al piloto, conducia los buques hasta Gualeguay, con la habilidad y suerte de un piloto consumado. En el combate que acabo de referir, fué á él particularmente á quien debimos la suerte de escapar de las manos del enemigo; armado de un trabuco en el punto mas peligroso, fué el terror de los sitiadores. Alto de estatura, robusto de cuerpo, reunia la agilidad al vigor. Dulce hasta la ternura en el curso habitual de la vida, tenia ese don raro de hacerse querer de todos. ¡Ay! los mejores hijos de nuestra desgraciada patria acaban así en medio de los extranjeros, sin tener el consuelo de una lágrima..., olvidados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

## XIV.

## PRISIONERO.

Estuve diez y nueve días sin otra asistencia que la que me daba Luis Carniglia.

Al cabo de diez y nueve días llegamos á Gualaguay.

Habíamos hallado en la embocadura del Ibiquí, brazo del Paraná, un buque mandado por el mahonés Don Lucas Tartaulo, excelente hombre, que tuvo toda especie de consideraciones conmigo, dándome todo cuanto él creyó que podía ser útil á mi estado de salud y á la subsistencia de la tripulación.

Todo cuanto me ofreció fué aceptado, puesto que carecíamos enteramente de todo en la goleta, excepto de café; así, ponían el café en toda clase de salsas, sin pensar si el café era para mí una bebida sana y una droga eficaz. Había comenzado por una espantosa calentura, acompañada de una dificultad de tragar que casi rayaba en lo imposible. Esto no era extraño, por cuanto la bala había pasado de un lado al otro del cuello, entre las vértebras cervicales y

la faringe; ocho ó diez días despues, calmó la calentura y comencé á comer algo.

Don Lucas hizo mas al despedirse de nosotros; él y uno de sus pasajeros llamado de Arragaida, vizcaino, establecido en América, nos dieron cartas de recomendacion para Gualaguay, y particularmente para el gobernador de la provincia de Entre Rios, Don Pascual Echagüe, que debiendo hacer un viaje, le dejó su propio médico, Don Ramon de Larea, jóven argentino de gran mérito, quien habiendo examinado mi herida por el lado opuesto por donde entró la bala, procedió á su extraccion que ejecutó con suma habilidad, haciéndome una incision; sin embargo, aunque ya estaba fuera de peligro, siguió cuidándome hasta mi completo restablecimiento con mucho afecto y desinterés, pues no me llevó nada por la cura.

Permanecí seis meses en Gualaguay, y durante este tiempo demoré en la casa de don Jacinto Andreas. Así él como su familia me prodigaron consideraciones infinitas y urbanidades las mas delicadas y afectuosas.

Empero, yo estaba prisionero ó poco menos. A pesar de toda la buena voluntad del gobernador don Pascual Echagüe, y el interés que me inspiraba la galante poblacion de Gualaguay, estaba yo

obligado á esperar la decision del dictador de Buenos Aires , que no decidia nada.

El dictador de Buenos Aires en esta época era Rosas , de quien nos ocuparemos despues al hablar de Montevideo.

Curado de mi herida, principié á pasearme; pero por órden de la autoridad , mis excursiones estaban limitadas. En cambio de mi goleta confiscada , me pasaban un escudo por dia; lo que era mucho en un país en donde , además que se vive por poco , no se halla ninguna ocasion de gastar. Empero todo esto no valia mi libertad. Sin duda que el escudo que me daban por dia era una carga para el gobierno, puesto que me hicieron proposiciones para fugarme; pero las personas que me las hicieron, sin duda alguna de buena fe , eran sin saberlo agentes provocadores. Me decian que el gobierno veria mi fuga sin disgusto. No era necesario hacerme violencia para que yo adoptara una resolucion que mi imaginacion habia ya proyectado. El gobernador de Gualaguay, desde que marchó don Pascual Echagüe , era un cierto Leonardo Millan , que hasta entonces no habia sido para mí ni bueno ni malo; cierto es que , desde el dia de nuestra llegada , no tuve ningun motivo para quejarme de él , aunque me manifestó poco interés.

Me decidí pues á escaparme , y con este objeto di principio á los preparativos, á fin de estar pronto á la primera ocasion que se presentara. Al efecto una tarde de tempestad , me dirigí á la casa de un hombre de bien á quien yo tenia costumbre de visitar , á tres leguas del pueblo , cuando dirigia por allí mis paseos. Esta vez le confié mi resolucion , rogándole que me buscara un guia y caballos con que poder pasar á una quinta habitada por un inglés, situada á la orilla izquierda del Paraná. Allí creia que no seria difícil encontrar un buque que me transportara de incógnito á Buenos Aires ó á Montevideo. El buen hombre halló luego guia y caballos, y nos pusimos en marcha por fuera de camino á fin de no ser vistos. Teníamos que andar cincuenta millas , que podian hacerse en la mitad de una noche, galopando sin cesar.

Al amanecer, nos hallábamos á la vista de Ibiqui, distante una media legua del rio. Allí me dijo el guia que era prudente hacer alto en una especie de barranco inmediato , mientras él iba á explorar el terreno.

Consentí en ello y quedé solo.

Me apeé del caballo, até la brida á la rama de un árbol y me eché á su sombra. En este estado lo estuve esperando dos ó tres horas; mas viendo que

mi guía no volvía, me levanté y resolví ir á la mojonera del *maquis*, que estaba cerca de allí. Aun no había llegado, cuando oí detrás de mí un tiro de fusil y el silbido de una bala que cayó sobre la yerba; miré al punto y ví un destacamento de caballería que me seguía con sable en mano y ya interpuesto entre mí y mi caballo.

Imposible me era el escapar é inútil el defenderme. — Así me rendí sin resistencia.

## XV.

## EL TRATO DE CUERDA.

Atado con las manos detrás me montaron á caballo, y en este estado me ligaron los piés á la cincha del caballo.

De este modo fui conducido á Gualeguay, donde, como se verá luego, me esperaba peor trato.

No se me acusará de demasiada sensibilidad; pero forzoso es confesarlo, siento estremecerme cada vez que recuerdo esta circunstancia de mi vida.

Conducido á su presencia, don Leonardo Millan me intimó que delatará á los individuos que me habían procurado los medios de escaparme. Inútil es decir que mi respuesta fué, que yo solo había preparado y ejecutado mi fuga; entonces, como estaba atado, y don Leonardo Millan nada podía temer, se acercó á mí y comenzó á darme una mano de palos con el látigo que llevaba. En seguida, creyéndome ya intimidado, renovó sus preguntas y yo mis negaciones.

Entonces ordenó que se me llevara á la cárcel, añadiendo al oído de los que me conducían algunas palabras pronunciadas con voz baja.

Estas palabras eran la orden del tormento á que luego me sometieron.

Al llegar al cuarto que me estaba destinado, los guardas, dejándome con las manos atadas segun lo estaba, me ligaron las muñecas con otra cuerda gruesa y larga, de cuyo extremo opuesto, pasado por encima de una viga, tiraron hasta que me suspendieron á cinco piés del suelo.

Entonces entró don Leonardo en mi cárcel y me preguntó si queria decir la verdad.

No pudiendo mas que escupirle, le escupí en la cara.

Está muy bien, dijo retirándose; cuando el preso quiera confesar, me llamaréis, pues solo cuando haya confesado lo descenderéis á tierra.

Dicho esto salió del cuarto.

Dos horas estuve así suspendido. Todo el peso de mi cuerpo gravitaba sobre mis muñecas, que vertian sangre, y sobre mis espaldas dislocadas.

Todo mi cuerpo ardia como un volcan; á cada instante pedia agua, y, mas humanos que mi verdugo, los guardas me la daban; empero, al entrar el agua en mi estómago, se desecaba como cuando se echa sobre una plancha de hierro candente.

Nadie podrá hacerse una idea de lo que sufrí sino leyendo los tormentos dados á los prisioneros de la

edad-media. En fin, al cabo de dos horas de martirio, mis guardas tuvieron compasion de mí, ó creyéndome muerto, me bajaron; pero caí por el suelo desfallecido.

No era mas que una masa inerte, sin otro sentimiento que un sordo y profundo dolor, un cadáver ó poco menos.

En esta situacion y sin que tuviese la conciencia de lo que hacian conmigo, me pusieron en el cepo.

Habia hecho cincuenta millas atravesando pantanos y atado de piés y manos; los mosquitos insupportables, especialmente en aquella estacion, me llagaron cara y manos; habia sufrido durante dos horas un espantoso tormento, y cuando volví en mí me hallé al lado de un asesino.

Aunque en medio de tantos tormentos no pronuncié ni una sola palabra, y que desde luego don Jacinto Andreas no habia tenido parte en mi fuga, con todo fué preso arbitrariamente con escándalo y temor del pais consternado.

Yo hubiera muerto sin los cuidados de una mujer que fué para mí un ángel de caridad, la que despreciando toda suerte de temor, vino al socorro de un infeliz atormentado.

Se llamaba Madama Alleman; y, gracias á esta dulce bienhechora, nada me faltó en la cárcel.

Pocos dias despues, el gobierno, viendo que era inútil el comenzar de nuevo el tormento para hacerme hablar, y conociendo que moriria antes que delatar á ninguno de mis amigos, no quiso probablemente tomar la responsabilidad de mi muerte, y en su consecuencia me hizo conducir á Bajada, capital de la provincia.

Allí estuve dos meses en la cárcel, despues de los cuales, me dijo el gobernador que quedaba en libertad para salir de la provincia. Aunque profeso opiniones opuestas á las de Echagüe y que me he batido mas de una vez contra él, le estoy muy agradecido por su buen trato, y ahora quisiera poder darle una prueba de mi reconocimiento por todo lo que ha hecho en mi favor y sobre todo por haberme puesto en libertad.

Mas tarde, la suerte hizo caer entre mis manos todos los jefes militares de Gualeguay, y todos fueron puestos en libertad sin hacerles el menor agravio en sus personas ni en sus bienes.

Respecto de don Leonardo Millan, no quise verle temiendo que su presencia, recordándome su crueldad, no me hiciese cometer alguna accion indigna de mí.

## XVI.

## VIAJE Á LA PROVINCIA DE RIO GRANDE.

En Bajada me embarqué en un bergantin italiano, cuyo capitan Ventura era un hombre recomendable y digno bajo todos conceptos; me trató con una generosidad caballeresca y me condujo hasta la embocadura del Iguam, afluente del Paraná, de donde seguí para Montevideo en la balandra mandada por Pascual Carbona.

La caprichosa fortuna me favorecia entonces, y así no es extraño que tambien este capitan me tratase con bondad y afecto.

Las dichas como las desgracias van de tropel; apenas estas me abandonaron momentáneamente que aquellas me sonreian sin interrupcion.

En Montevideo hallé una infinidad de amigos, entre los cuales debo distinguir á Juan Bautista Cuneo y á Napoleon Castellini. En seguida tuve la satisfaccion de abrazar á Rossetti, que dejé en Montevideo y de cuya ciudad pasó á Rio Grande, donde tuvo un fraternal acogimiento; de aquí vino á Bajada á reunirse conmigo.

Mi proscripción continuaba siempre en Montevideo. La resistencia contra las lancionas y la gente que les matamos, era un pretexto especioso para mantenerla. Así tuve que esconderme en la casa de mi amigo Pesante, donde permanecí durante un mes.

Sin embargo, mi posición era del todo soportable; dulcificábanla las visitas de numerosos compatriotas que en esta época de paz y de prosperidad se habían establecido en el país, y daban á sus amigos del viejo mundo una hospitalidad generosa. La guerra y sobre todo el sitio de Montevideo cambiaron la posición de la mayor parte de ellos, y de buena que ella era, la hicieron mala. ¡ Pobres gentes! los he compadecido muchas veces; pero desgraciadamente no podía hacer otra cosa mas que compadecerlos.

Al cabo de un mes, habiendo llegado el tiempo de ponerme en marcha, partimos Rossetti y yo para Río Grande. Nuestro viaje debía hacerse, y en efecto lo hicimos, á caballo, circunstancia que fué una grande alegría y un gran placer para mí.

Viajábamos á *escotero*, como se dice vulgarmente.

Expliquemos pues lo que significa esta manera de viajar que con la rapidez con que se marcha, deja

muy atrás al correo, por mas veloz que sea en los países civilizados.

Aunque no sean mas que dos, tres ó cuatro personas, se viaja con veinte caballos acostumbrados á seguir á los que llevan el peso del jinete; cuando este siente el freno del caballo fatigado, entonces se apea y poniendo la silla sobre otro caballo libre, lo monta, hace al galope tres ó cuatro leguas y despues monta otro, y así sucesivamente hasta que hace alto para descansar.

Durante el corto descanso que hacen los jinetes para cambiar de caballo, toda la manada engulle algunas mazorcas de yerba y bebe si halla agua. No se come mas que dos veces al dia, por la mañana y por la tarde.

De este modo llegamos á Piratinin, residencia del gobierno de Río Grande, cuya capital es Porto Alegre; empero como se hallaba en poder de los imperiales, la administración de la república había tenido que trasladarse á Piratinin.

Por cierto que Piratinin, con su doble region, es un país de los mas hermosos del mundo; region de llanuras inmensas, region de montañas majestuosas y bellas.

La region de las llanuras es completamente tropical; allí brotan la banana, la caña de azúcar y el

naranja. Entre los troncos de estos árboles y de estas plantas trepan la culebra de cascabel, las serpientes negra y de coral; allí, como en los junqueros de la India, saltan el tigre, el jaguar y el puma, leon inofensivo de la estatura de un perro gordo de San Bernardo.

La region de las montañas es temperada como mi buen clima de Niza; allí se cogen el melocoton, la pera, la ciruela y todas las frutas de Europa; allí brotan esos magníficos bosques que pluma alguna podrá nunca describir con exactitud, y esos pinos, derechos como los palos del navío, de doscientos piés de alto, y tan gruesos que cinco ó seis hombres apenas pueden abarcar el tronco. A la sombra de estos pinos germinan los tacuaros, cañas gigantes que, semejantes á los helechos del mundo antediluviano, tienen ochenta piés de elevacion y hojas mas compactas y gruesas que el cuerpo de un hombre; allí brotan *la barba de pao*, ó la barba de los árboles, que sirve de servillela, y sus bejucos que, por sus multiplicados enlaces, hacen los bosques inextinguibles; allí, en medio de esos rasos llamados *campestres*, se levantan Lima da Serra, Vaccaria, Lages; tres ciudades populosas, ó mas bien tres ricos y extensos departamentos cuya poblacion caucasiana y de origen portugués es de una hospitalidad homérica.

Allí el viajero no necesita decir una palabra ni pedir nada para subvenir á las necesidades de la vida. Entra en la casa, va derecho al cuarto de los huéspedes, y á su vista los criados vienen sin llamarlos, descalzan y lavan los piés al viajero, que permanece en ella el tiempo que quiere y se marcha cuando se le antoja, muchas veces sin decir á Dios ni dar las gracias, y á pesar de este olvido, el que llega despues, no es peor recibido que el que acababa de marcharse.

Por fin, todo allí presenta la juventud de la naturaleza, la mañana de la humanidad.

## XVII.

## LA LAGUNA DE LOS PATOS.

A mi llegada á Piratinin, el gobierno de la república me acogió con señaladas muestras de consideración. Bento Gonzales, — verdadero caballero errante del siglo de Carlo Magno, hermano por su bello corazón de los Oliveros y de los Rolandos, vigoroso, ágil y leal como ellos, verdadero centauro, manejando un caballo como no lo he visto manejar á nadie sino al general Netto, — modelo perfecto de un buen jinete, — se hallaba ausente y en marcha, á la cabeza de una brigada de caballería, para combatir á Sylva Tanaris, jefe imperialista que, habiendo atravesado el canal de San Gonzales, infestaba esta parte de la provincia. Piratinin, entonces residencia del gobierno republicano, es un pequeño pueblo muy hermoso por su posición alpestre, cabeza del departamento que toma su nombre, y recibe su fuerza de una población belicosa, muy adicta á la causa de la libertad.

En su ausencia pues, el ministro de hacienda Almeida fué quien me hizo los honores de la ciudad.

Una palabra sobre Río Grande, que se podrá creer, como lo indica su nombre, situado sobre la corriente de un gran río, ó ser él mismo un gran río.

Río Grande es la laguna de los Patos; — tiene unas treinta leguas de largo aproximadamente. A parte de algunas hondonadas de que nos ocuparemos luego, tiene mucho fondo y está poblada de caimanes; la forman cinco ríos que afluyen por el extremo del norte, y presenta una verdadera mano, cuyos dedos son dichos afluentes y la palma el cabo de la laguna.

Hay un sitio de donde se ven los cinco ríos á la vez, los cuales se llaman por esta razón *Viamao*, esto es, yo he visto la mano.

Viamao habia cambiado de nombre en *Settembrina*, en conmemoración de la república proclamada en setiembre.

Hallándome desocupado en Piratinin, pedí para pasar á la columna de operaciones que se dirigía á San Gonzales, donde se hallaba el presidente. Allí fué donde vi por primera vez á este valiente en cuya compañía é intimidad permanecí algunos días. Era verdaderamente el hijo mimado de la naturaleza, pues le habia dotado de todo cuanto necesita el hombre para ser un verdadero héroe. — Bento Gonzales tenia sesenta años cuando le conocí. Alto y esbelto,

montaba á caballo, como queda dicho, con gracia y facilidad admirables. Montado á caballo, solo representaba veinte y cinco años. — Valiente y feliz, no hubiera vacilado un instante como el caballero del Ariosto en atacar á un gigante, aunque hubiera tenido la estatura de Polifemo y la armadura de Ferragus. — Él fué el primero que dió el grito de guerra, no con el objeto de su personal ambicion, sino como todos los hijos de ese pueblo belicoso. Su vida en el campo era como la del último habitante de las praderas : carne asada y agua pura, tal era su alimento. — El primer dia que nos vimos, me convidó á su frugal comida, y hablamos con tanta familiaridad como si hubiéramos sido compañeros de infancia y enteramente iguales. Con tantos dones naturales y adquiridos, Bento Gonzales era el idolo de sus conciudadanos; y, cosa extraña, con tantos dones, fué siempre desgraciado en sus empresas de guerra, circunstancia que me ha hecho siempre creer, que la casualidad entra por mucho mas que el genio en los sucesos de la guerra y por lo tanto en la fortuna de los héroes.

Yo seguí la columna hasta Camodos, — paso del canal de San Gonzales, que vuelve á confluir con la laguna de Los Patos en Merin. Sylva Tanaris se habia retirado precipitadamente cuando supo

que se acercaba una columna del ejército republicano.

No habiendo podido reunirme con él, el presidente se volvió atrás, y yo debiendo seguir su movimiento, volví á tomar en su compañía el camino de Piratinin.

En este tiempo recibimos la noticia de la batalla de Rio Pardo, en la cual el ejército imperial fué completamente batido por los republicanos.

## XVIII.

## ARMAMENTO DE LAS LANCIONAS EN CAMACUA.

Llegados á Piratinin, el presidente me encargó del armamento de las dos lancionas que se hallaban sobre el Camacua, rio paralelo al canal de San Gonzales, y que, á su ejemplo, tambien desemboca en la laguna de los Patos.

Yo habia reunido, así de los marineros llegados de Montevideo como de los que se hallaban en Piratinin, una treintena de hombres. Inútil es decir que, desgraciadamente para él, mi querido Luis Carniglia estaba tambien conmigo. Además, tenia como nuevo recluta un francés colosal, natural de la Bretaña, á quien llamábamos Juan el Gordo, y otro llamado Francisco, verdadero pirata, digno hermano de la costa.

Llegamos pues á Camacua: allí hallamos un americano, llamado John Griggs, que habitando una quinta de Bento Gonzales, se hallaba vigilando la conclusion de dos sloops.

Por fin, se me confirió el mando de esta armada

aun en construccion, con el grado de *capitan teniente*.

Era una cosa curiosa esta construccion, que hacia honor á la notoria persistencia americana. Iban á buscar la madera á un lado y el hierro á otro; dos ó tres carpinteros cortaban la madera, y un mulato forjaba el hierro. Así fué como los dos sloops habian sido fabricados, desde los clavos hasta los cereos de hierro de los palos.

Al cabo de dos meses, la armada se hallaba dispuesta á darse á la vela.

Se armaron los buques con dos pequeñas piezas de bronce; cuarenta negros ó mulatos aumentaron la fuerza que componian, ascendiendo así la matrícula de los dos equipajes al número de setenta hombres.

Las lancionas podian ser de quince á diez toneladas la una, y de doce á quince la otra.

Yo tomé el mando de la mas grande, que bautizamos con el nombre de *Rio Pardo*.

John Griggs tomó el mando de la otra, que se llamó *la Republicana*.

Rossetti se quedó en Piratinin, encargado de la redaccion del periódico *el Pueblo*.

Tan pronto como se concluyó la construccion, comenzamos á correr la laguna de los Patos. Pasá-

ronse algunos dias en hacer apresamientos insignificantes.

Los imperiales tenian para oponerse á nuestros dos sloops, que, como queda dicho, no pasaban ambos de veinte y ocho toneladas, treinta buques de guerra y un vapor.

Empero nosotros ocupábamos las honduras.

La laguna no era navegable, para los grandes buques, mas que en una especie de canal que costaba la orilla oriental de la laguna.

Por el lado opuesto, el suelo estaba dividido en pendientes, y nosotros mismos, á pesar de la poca agua que calábamos, nos vimos precisados á encallar á treinta pasos antes de llegar á la orilla.

Los alfaques de arena se avanzaban por la laguna poco mas ó menos como los dientes de un peine, pues solamente se diferenciaban en que estos dientes estaban muy separados el uno del otro.

Cuando nos veíamos obligados á encallar, porque el cañon de un buque de guerra ó de un vapor nos incomodaba, yo gritaba inmediatamente:

— ¡Vamos al agua, patos míos!

Entonces mis patos se echaban al agua, y á fuerza de brazos se sublevaba la lanciona y se llevaba al otro lado de los alfaques.

En medio de todo esto, apresamos un buque ri-

camente cargado, que condujimos á la costa occidental del lago, cerca de Camacua, y allí despues de haber sacado de él todo lo que nos fué posible, lo quemamos.

Era la primera presa que hicimos de algun valor, y por lo mismo regocijó muchísimo á nuestra pequeña marina.

Desde luego cada uno tuvo su parte del botin, y con lo que reservé, mandé hacer uniformes para mi gente. Los imperiales, que nos habian despreciado mucho, y que en toda ocasion se burlaban de nosotros, comenzaron á comprender nuestra importancia en la laguna, y en consecuencia emplearon muchos buques para proteger su comercio. La vida que llevábamos era activa y muy peligrosa, á causa de la superioridad numérica de nuestro enemigo, pero al mismo tiempo afectuosa, pintoresca y en armonía con mi carácter. No éramos solamente marinos, éramos tambien, en caso de necesidad, jinetes; en el momento del peligro, hallábamos tantos y mas caballos que necesitábamos, y en veinte y cuatro horas podíamos formar un escuadron poco elegante, pero terrible. Por todo lo largo de la laguna se hallaban cortijos que sus propietarios abandonaron á causa de la guerra, dejando en ellos ganados de toda clase, monturas y comida,

que no dejamos perder, como puede concebirse; además en todos estos cortijos habia pedazos de tierra cultivada, y cogíamos trigo en abundancia, patatas dulces, y á menudo excelentes naranjas, pues este paraje producía las mejores de toda la América del Sur. La horda que me acompañaba, se componía de hombres de todos colores y de todas naciones. Yo la trataba con una bondad acaso fuera de estación con semejantes hombres; — pero puedo afirmar una cosa, y es que nunca he tenido que arrepentirme de esta bondad, pues cada uno obedecía á mi primera orden, y no me pusieron jamás en la necesidad de fatigarme ni de castigar á ninguno.

## XIX.

## EL CORTIJO DE LA BARRA.

Sobre el Camacua, en donde teníamos nuestro pequeño arsenal y de donde salió la flotilla republicana, habitaban, extendiéndose sobre una inmensa superficie, todas las familias de los hermanos de Bento Gonzales y algunos parientes mas lejanos; ganados sin número pacían en esas magníficas llanuras que la guerra habia respetado, á causa de hallarse fuera del alcance de su mano destructora.

Los productos agrícolas se cogían con tal abundancia, que no se puede hacer una idea cabal en Europa. Ya he dicho en otro capítulo que en ningún país de la tierra se podrá hallar una hospitalidad mas franca y mas cordial; pues esta hospitalidad la hallábamos nosotros en esas casas, donde existía la mas completa simpatía.

Los cortijos pues de que, á causa de su proximidad al río y de la buena acogida que estábamos seguros de hallar en ellos, nos hacíamos mas particularmente los huéspedes, eran los de doña Ana y de doña Antonia, hermanas del presidente. Estaban si-

que no dejamos perder, como puede concebirse; además en todos estos cortijos habia pedazos de tierra cultivada, y cogíamos trigo en abundancia, patatas dulces, y á menudo excelentes naranjas, pues este paraje producía las mejores de toda la América del Sur. La horda que me acompañaba, se componía de hombres de todos colores y de todas naciones. Yo la trataba con una bondad acaso fuera de estación con semejantes hombres; — pero puedo afirmar una cosa, y es que nunca he tenido que arrepentirme de esta bondad, pues cada uno obedecía á mi primera orden, y no me pusieron jamás en la necesidad de fatigarme ni de castigar á ninguno.

## XIX.

## EL CORTIJO DE LA BARRA.

Sobre el Camacua, en donde teníamos nuestro pequeño arsenal y de donde salió la flotilla republicana, habitaban, extendiéndose sobre una inmensa superficie, todas las familias de los hermanos de Bento Gonzales y algunos parientes mas lejanos; ganados sin número pacían en esas magníficas llanuras que la guerra habia respetado, á causa de hallarse fuera del alcance de su mano destructora.

Los productos agrícolas se cogían con tal abundancia, que no se puede hacer una idea cabal en Europa. Ya he dicho en otro capítulo que en ningún país de la tierra se podrá hallar una hospitalidad mas franca y mas cordial; pues esta hospitalidad la hallábamos nosotros en esas casas, donde existía la mas completa simpatía.

Los cortijos pues de que, á causa de su proximidad al río y de la buena acogida que estábamos seguros de hallar en ellos, nos hacíamos mas particularmente los huéspedes, eran los de doña Ana y de doña Antonia, hermanas del presidente. Estaban si-

tuados, el primero en las orillas del Camacua, y el otro sobre las del Arroyo Grande. Yo no sé si era el efecto de mi imaginacion ó simplemente uno de los privilegios de mis veinte y seis años, en cuya edad todas las cosas se hermocebaban á mis ojos, yo puedo afirmar que en ninguna época de mi vida se ha fijado en mi pensamiento con mas encanto este período que ahora relato. La casa de doña Ana era, particularmente para mí, un verdadero paraíso; aunque no era ya jóven, esta hermosa mujer tenia un carácter jovial. Hospedaba en su casa á toda una familia de los emigrados de Pelotas, ciudad de la provincia cuyo jefe era el doctor Pablo Ferreira; tres jóvenes doncellas tan graciosas unas como otras hacian el adorno de ese lugar de delicias. Una de ellas, Manuela, era la querida absoluta de mi alma; pues á pesar que no podia abrigar la esperanza de poseerla, jamás podia sin embargo impedirme de amarla.

Estaba desposada con un hijo de Bento Gonzales.

Sin embargo, una ocasion se presentó en que, hallándome en peligro, tuve lugar de reconocer que yo no era indiferente á la señora de mi corazón, y esta conciencia que yo tuve de su impatía fué bastante para consolarme de que no pudiera ser para mí. En general, las mujeres de Rio Grande son muy

hermosas; nuestros hombres por galantería se habian hecho sus esclavos voluntarios, pero, preciso es decirlo, todos no tenian para sus ídolos un culto tan casto y tan desinteresado como el que yo sentia por Manuela. Así, todas las veces que un viento contrario, una borrasca ó una expedicion nos empujaba hácia el Arroyo Grande ó hácia Camacua, esto era una fiesta entre nosotros; el pequeño bosque de Firiva, que indicaba la entrada del uno, ó el bosque de naranjos que cubria la embocadura del otro, eran siempre saludados por una triple salva de alegres vítores que indicaban nuestro amoroso entusiasmo.

Pero, cierto dia que despues de puestas nuestras embarcaciones en tierra estábamos en el cortijo de la Barra, perteneciente á doña Antonia, hermana del presidente, é inmediato á un sobretecho que sirve para salar y hacer tiras la carne, vinieron á darme aviso que el coronel Juan Pietro de Abrecu, apellidado por su astucia *Moringue*, es decir la fina guardaña, habia desembarcado á dos ó tres leguas de nosotros con setenta hombres de caballería y ochenta de infantería.

La nueva era tanto mas probable cuanto que desde la presa del buque que nosotros quemamos, despues de habernos apoderado de lo mas precioso

que llevaba, sabíamos muy bien que Moringue había jurado tomar venganza y desquitarse.

Esta noticia me llenó de alegría. Los hombres que mandaba el coronel Moringue eran mercenarios alemanes y austríacos, á quienes yo no sentía el hacer pagar la deuda que todó buen italiano ha contraído con sus hermanos de Europa.

Nosotros no éramos mas que setenta hombres, pero yo conocía mi gente y con ella me creía capaz de hacer frente no solamente á ciento cincuenta, sino á trescientos Austríacos.

En su consecuencia, envié descubiertas por todos lados y guardé conmigo cincuenta hombres.

Las avanzadas que mandé para hacer este reconocimiento, volvieron todas con esta respuesta uniforme :

« No hemos visto nada. »

Hacia una niebla oscura, y esta niebla hizo que no se pudiera descubrir al enemigo.

Entonces resolví el no fiarme absolutamente de la inteligencia de los hombres hasta interrogar el instinto de los animales.

Ordinariamente, cuando se hace alguna expedición de esta clase, y los hombres de otros países vienen al rededor de un cortijo para emboscarse, los animales, que sienten al extranjero, dan señales de

inquieta, y los hombres de experiencia que los interrogan, no se engañan jamás.

Los animales que mandé sacar de las cuadras, se esparcieron al rededor del cortijo sin manifestar que hubiera novedad por las inmediaciones.

Desde luego creí que no debía temer el ser sorprendido; con todo ordené á mi gente que pusiera sus fusiles cargados y sus municiones en los astilleros que yo hice practicar en el galpon, y les di el ejemplo de lo seguros que estábamos, poniéndome á almorzar é invitádoles á que hicieran lo mismo.

Generalmente esta era una invitacion que aceptaban siempre sin hacerse rogar.

A Dios gracias, no faltaban víveres.

Tan pronto como concluyó el almuerzo, mandé á cada uno á su tarea.

Mis hombres trabajaban lo mismo que comian, es decir, de todo corazon: y por eso tampoco no se hicieron de rogar; los unos fueron á las lancionas que se habian sacado á la orilla del río en donde se reparaban; otros: la forja y al monte para hacer carbon, y los demás á la pesquera.

Yo quedaba solo con el maestro cook, quien establecia su cocina en campo raso delante de la puerta del galpon.

En cuanto á mí, yo saboreaba con deleite mi mate, especie de té del Paraguay, que se toma en una calabaza armada de un tubo de vidrio ó de madera.

Estaba yo lejos de creer que el coronel la Fuina fuera natural del país, y aun mas, que hubiera tenido bastante astucia para burlar nuestra vigilancia y engañar hasta los finos instintos de nuestros animales. Pero el hábil jefe con sus ciento cincuenta Austriacos, se habia echado á lo largo en un bosque distante quinientos ó seiscientos pasos de nosotros, con el fin de sorprendernos. Así de repente, y no sin gran sorpresa mia, oí detrás de mí el toque *de carga*.

Yo volví la vista atrás. Infantería y caballería cargaban al galope. Esta llevaba un infante á la grupa, y los que no pudieron montar marchaban á pié, agarrados de las colas de los caballos.

En un brinco salté fuera del galpon; el cocinero me siguió; pero estaba el enemigo tan cerca de nosotros, que al momento de atravesar el umbral de la puerta, me horadaron mi puncho de un lanzazo.

Como queda dicho, los fusiles, todos cargados, estaban colocados en el astillero: habia sesenta.

Cogí uno, lo disparé; despues un segundo, en seguida un tercero, y esto con tanta rapidez, que no

podian pensar que me hallaba solo, y con tanto tino, que cayeron tres enemigos.

Un cuarto, un quinto, un sexto tiro sucedieron á los tres primeros, y como yo apuntaba á la masa, las balas no se perdian.

Si esta masa hubiese tenido la idea de precipitarse y tomar el galpon, el corsario y la cabalgada, hubieran sucumbido á un solo golpe; pero el cocinero se juntó conmigo é hizo tambien un fuego vivo, de manera que el coronel la Fuina, á pesar de sus ardidés astuciosos, se engañó creyendo que estábamos todos dentro del galpon.

En su consecuencia, retrocedió con su tropa un centenar de pasos del sobretecho, desde cuya posicion nos tiroteaban.

Esto fué lo que me salvó.

Como el cocinero no era un tirador bien experto, y nuestra situacion además de ser crítica me recordaba la falta cometida de no haber aprovechado la ocasion, le mandé para subsanarla que se contentara de cargar los fusiles descargados y de dármelos en seguida.

Yo estaba seguro de una cosa, y esta es, que mis hombres habiendo ya sospechado que el enemigo habia desembarcado, oyendo nuestro tiroteo lo comprenderian todo y vendrian á mi socorro.

Y por cierto no me equivoqué. Mi valiente Luis Carniglia compareció el primero pasando por medio de la nube de humo que se extendía entre el galpon y la tropa enemiga, la cual hacia un fuego infernal.

En seguida vinieron despues de él Ignacio Bilbao, valiente vizcaino, y otro no menos valiente italiano, llamado Lorenzo. Al instante se pusieron á mi lado y comenzaron á imitarme lo mejor que podian; luego acudieron Eduardo Mutru, Nacimiento Rafael y Procope; — estos dos últimos, el uno era mulato y el otro negro; — Francisco da Sylva, — yo quisiera, en lugar de escribirlos en este papel, grabar sobre el bronce los nombres de todos estos valientes compañeros, que, en número de trece, se reunieron á mí, y se batieron durante siete horas contra cincuenta enemigos.

Estos enemigos se apoderaron de todas las casas, casitas y barracas que nos rodeaban, y de allí nos hacian un fuego terrible. Otros subieron encima del tejado é hicieron agujeros, por donde nos fusilaban y echaban faginas encendidas. Empero mientras que los unos las apagaban, los otros respondian al tiroteo, y dos ó tres cayeron muertos en medio de nosotros por los agujeros que ellos mismos habian hecho.

Nosotros hicimos troneras con nuestras bayonetas

en la muralla del galpon y de allí les haciamos fuego, casi á cubierto.

A eso de las tres de la tarde, el negro Procope hizo un disparo tan feliz, que la bala rompió un brazo al coronel Moringue. En seguida este mandó tocar retirada, y se marchó llevándose sus heridos y dejando quince muertos.

Por nuestra parte, de trece hombres tuvimos cinco muertos y cinco heridos. Tres de estos murieron de resultta de sus heridas, de suerte que fueron ocho hombres los que me costó este combate, que puedo contar como uno de los mas reñidos de todos en cuantos me he hallado.

Estos combates eran mucho mas mortíferos para nosotros que para ellos, porque careciamos de médicos y cirujanos.

Las heridas de poca gravedad las curábamos con agua fresca, que renovábamos con la mayor frecuencia posible.

Respecto á las heridas graves, adoptábamos otra medida que parecerá cruel.

En general, el herido conocia él mismo su mal estado; si no tenía esperanza de restablecerse, llamaba á su mejor amigo, le dictaba sus disposiciones testamentarias y le rogaba que lo acabase de un tiro. El amigo examinaba entonces al herido, y si lo con-

sideraba incurable, se abrazaban, se apretaban la mano y un tiro de fusil ó de pistola ponía fin á tan terrible drama.

Esto era triste, era salvaje acaso, pero no habiendo medio de hacer de otra manera, se obedecía á nuestra mala suerte ó á nuestra misera ceguedad.

Rossetti, que por casualidad se hallaba en Camacua, así como el resto de nuestros compañeros, no pudo, á pesar suyo, reunirse con nosotros. Los unos, viéndose perseguidos y hallándose sin armas, se vieron obligados á pasar el río á nado; los otros se metieron en el bosque; uno solo fué descubierto y á este le mataron.

Este combate tan peligroso, y que tuvo tan buen resultado, dió mucho ánimo y confianza á mi gente y á los habitantes del país, expuestos hacia ya tiempo á las excursiones de ese enemigo arriesgado y emprendedor.

Moringue, uno de los mejores jefes imperialistas, era muy apto, particularmente para esta clase de sorpresas, y no puede negarse que habia conducido esta con una astucia que hubiera merecido por cierto el nombre de *fuina*, si ya no lo hubiese tenido. Natural del país, que, como he dicho, conocia perfectamente, dotado además de una astucia é intrepidez á toda prueba, hizo mucho mal á la causa republi-

cana, y el imperio del Brasil le debe, sin duda alguna, la parte principal de la sumision de esta belicosa y rica provincia.

Nosotros, sin embargo, celebramos la victoria. Doña Antonia nos obsequió con una fiesta en su cortijo, distante doce millas del galpon donde tuvo lugar el combate.

En esta fiesta supe que una hermosa doncella, al saber el peligro en que me hallaba palideció y con mucho interés pedía á cada instante noticias de mi vida y de mi salud, — triunfo mas dulce para mi corazón que la victoria sangrienta que acababa de ganar. ¡O bella señorita del continente americano! ¡cuán ufano y feliz me consideraba yo al ver el interés que te inspiraba y que te pertenecía aunque solo en el pensamiento! Tú estabas ya destinada á otro, y la suerte me reservaba para otra flor del Brasil que yo lloro hoy y lloraré toda mi vida. — ¡Dulce madre de mis hijos! yo te conocí en la adversidad y en el naufragio; ni la victoria, ni mi juventud, ni mi mérito personal no te inspiraron tú amor, no; solo la compasion y mis desgracias, son las que te unieron á mi para toda la vida.

¡Oh, Anita! ¡querida Anita! no, jamás te olvidaré.

## XX.

## EXPEDICION A SANTA CATALINA.

Poco ó nada de importante ocurrió despues de este suceso en la laguna de los Patos.

Pusimos en construccion dos nuevas lancionas. Los primeros elementos los hallamos en nuestra presa precedente; respecto de su confeccion, no fué solamente obra nuestra; ayudáronnos los habitantes de las inmediaciones con actividad y celo indescripibles.

Cuando los dos nuevos buques fueron concluidos y armados, recibimos la órden de reunirnos al ejército republicano, que puso sitio á Porto Alegre, capital de la provincia. Ni el ejército ni nosotros hicimos nada durante el tiempo que pasamos en el lago.

El sitio estaba sin embargo dirigido por Bento Manuel, á quien todo el pueblo atribuia con justo título un gran mérito, como soldado, como general y como organizador. Pero este personaje fué despues traidor que vendió á los republicanos, y se pasó á los imperialistas.

Posteriormente se meditó la expedicion de Santa Catalina, de la cual formé parte, bajo las órdenes del general Canavarro.

Mas presentábase un inconveniente para realizarla. Los imperialistas se habian apoderado de la embocadura de la laguna, y no podíamos salir sin desalojarlos antes de aquella posicion.

En efecto, sobre la orilla meridional se hallaba la ciudad fortificada de Rio Grande del Sur, y sobre la setentrional San José del Norte, pequeña ciudad tambien fortificada. Además, estas dos plazas, así como Porto Alegre, estaban aun en poder de los imperiales, y los hacian dueños de la entrada y salida del lago. Es verdad que ellos no poseian mas que estas tres plazas fuertes, pero era ya bastante para dificultar nuestras operaciones.

Sin embargo, con hombres como los que yo mandaba, nada habia de imposible.

Propuse dejar en la laguna las dos lancionas más pequeñas al mando de un buen marino, llamado Zefferrino de Utra. Yo, con las otras dos, conservando bajo mis órdenes los Griggs y la parte mas aventurera de nuestros aventureros, acompañaria la expedicion, operando por mar, mientras que el general Canavarro operaba por tierra.

Este era un buen plan, sin duda alguna, pero era necesario poder ponerlo en ejecucion.

Tambien propuse la construccion de dos carretas grandes y bastante sólidas, para cargar en cada una de ellas una lanciona, y poner tiros de bueyes y de caballos suficientes para arrastrarlas.

Adoptada mi proposicion, quedé encargado de poner manos á la obra.

Empero, reflexionando luego sobre el proyecto que iba á realizar incontinenti, creí conveniente el introducir las modificaciones siguientes :

Mandé hacer por un entendido carretero llamado Abreu ocho enormes ruedas de una solidez á toda prueba, con ejes proporcionados al peso que debian soportar.

A una de las extremidades del lago, — la opuesta al Rio Grande del Sur, es decir al nordeste, — existe en la hondonada que limita un pequeño arroyo, que tiene origen en la laguna de los Patos y desemboca en el lago Tramandai, á donde se trataba de transportar nuestras dos lancionas.

Concluido de fabricar los carros, hice descender al arroyo uno de ellos, y luego poniendo en juego la maniobra que hicimos para transportarlos por encima de los alfaques, levantamos la lanciona hasta que su quilla descansó sobre el doble eje del

vehículo. Cien bueyes, atados á los timones con nuestros mas sólidos cordajes, nos sirvieron de aparejo, y vi con una satisfaccion inexplicable que nuestro buque se trasladaba con la misma facilidad que un fardo ordinario.

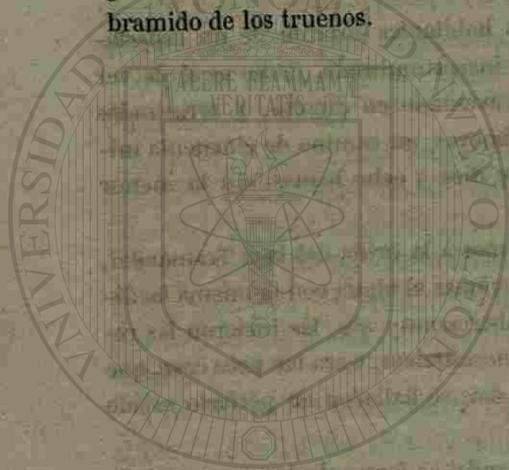
Entonces los habitantes gozaron de un espectáculo curioso é inacostumbrado, como es el de ver dos buques atravesando en carreta, y arrastrados por doscientos bueyes, un camino de cincuenta millas, es decir de diez y ocho leguas, sin la menor dificultad.

Cuando llegamos á la orilla del lago Tramandai, echamos las lancionas al agua con la misma facilidad que las embarcamos ; allí, les hicieron las reparaciones que necesitaban, y era tan poca cosa, que al cabo de tres dias se hallaron en perfecto estado para viajar.

El lago Tramandai se forma de las corrientes de los manantiales de la frontera oriental de los montes *do Espinasso* ; se abre sobre el Atlántico, pero tiene tan poca profundidad, que en las grandes mareas apenas hay cuatro ó cinco piés de agua.

Añadamos á esto que en esta costa que se halla abierta por todas partes, el mar nunca está en calma, al contrario, la mayor parte del tiempo está borrascoso.

El ruido de los escollos que empiedran la costa y que los marineros llaman *caballos* á causa de la espuma que se levanta á su alrededor, se extiende algunas millas al interior, y muy á menudo se oye el bramido de los truenos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUCARAMANGA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXI.

## PARTIDA Y NAUFRAGIO.

Prontos á partir en fin, esperamos la hora que subiera la marea, y nos aventuramos á eso de las cuatro de la tarde.

En esta circunstancia, estuvimos muy satisfechos de la gran costumbre que teníamos de navegar en medio de los escollos; á pesar de la práctica, no sabré decir hoy por qué astucia mas bien que diestra maniobra, conseguimos poner fuera nuestros dos buques, aunque elegimos, como acabo de decir, la hora en que la marea habia llegado á su plenitud; faltándonos por todas partes fondo, solo al anocheecer conseguimos echar el áncora en el Océano, mas allá de esos escollos furiosos, cuya rabia parecia aumentarse al ver que nos escapábamos de ellos.

Notemos aquí que, antes de nosotros, ningun buque habia salido nunca del lago de Tramandai.

A las ocho de la noche, levantamos el áncora y nos pusimos en marcha.

Al dia siguiente, á las tres de la tarde, habíamos naufragado en la embocadura del Aseringua, rio

que nace en la sierra de Espinaso, y entra en el mar por la provincia de Santa Catalina, entre las Torres y Santa Maura.

De los treinta hombres de tripulacion, se ahogaron ocho.

Digamos pues cómo tuvo lugar esta terrible catástrofe.

Desde la noche y en el mismo momento de nuestra partida, el viento del Mediodía amenazaba, reuniendo las nubes y soplando con violencia. Corrimos paralelamente á la costa; el Rio Pardo tenia, como he dicho, treinta hombres de tripulacion, una pieza de á doce, una cantidad de cofres y multitud de objetos de toda clase, todo esto por precaucion, ignorando el tiempo que debiamos de estar en el mar, qué playa tocaríamos y cuáles serian las condiciones con las cuales nos acercariamos á esta playa, cuando nos dirigiamos á un pais enemigo.

El buque se hallaba pues sobrecargado; así, muy á menudo estaba cubierto por las oleadas, que de minuto en minuto se cruzaban con el viento, y algunas veces amenazaban sumergirlo. Decidí pues acercarme á la costa, y si esto era posible, tomar tierra en la parte de la playa que nos pareciera accesible; pero el mar, que continuaba engrosando, no nos dejó elegir la posicion que nos convenia;

fuiamos cubiertos por una oleada terrible, que nos echó completamente sobre la costa.

En ese momento me hallaba en lo mas alto del palo de trinquete, esperando poder descubrir un paso por en medio de los escollos; la lanciona zozobró sobre estribor, y yo fui arrojado á unos treinta piés de distancia.

Aunque me hallaba en una posicion muy peligrosa, la confianza que yo tenia en mis fuerzas como nadador, hizo que no pensase un instante en la muerte; empero teniendo conmigo algunos compañeros que no eran marinos, á quienes ví un momento antes echados sobre cubierta y quebrantados por el mal de mar, — en vez de nadar hácia la costa, me ocupé pues de reunir una parte de los objetos que por su ligereza podian quedar en la superficie del agua, y los empujaba hácia el buque, gritando á mi gente que se echara con ellos al mar, cogiera alguna cosa, y tratara de ganar la costa que estaba á una milla de nosotros. El buque habia zozobrado, pero la arboladura lo mantenía con su flanco de babor fuera del agua.

El primero que ví habia quedado enganchado en los obenques; este era Eduardo Mutru, uno de mis mejores amigos; empujé hácia él una porcion de escotilla, recomendándole que no la abandonara.

Estando ya este en via de salvacion, eché una mirada sobre el buque.

La primera cosa que ví, ó mejor, la sola cosa que ví, fué mi querido y valiente Luis Carniglia; en el momento de la catástrofe se hallaba en el timon, y estaba enganchado al buque por la parte de popa hácia el jardin del viento; por desgracia, se hallaba vestido de una chaqueta de paño muy fuerte, que no tuvo tiempo de quitarse, y que le apretaba de tal modo los brazos, que le era imposible nadar. — El mismo me lo dijo gritando, viendo que me dirigia hácia él.

— Trata de tenerte firme, le respondí, voy á tu socorro.

En efecto, volviendo á subir al buque como lo hubiera podido hacer un gato, llegué hasta él; cogí entonces con una mano una vuela, y con la otra sacando de la faltriquera una navaja, que desgraciadamente cortaba muy poco, me puse á cortar el cuello de la chaqueta; con un esfuerzo mas, iba á conseguir librar al pobre Carniglia de aquel embarazo, cuando un golpe de mar terrible nos cubrió, rompió el buque y arrojó al mar todos los hombres que quedaban á bordo; — Carniglia fué precipitado como los demás, y no pareció mas.

En cuanto á mí, lanzado al fondo del mar como

un proyectil, subí á la superficie del agua todo atolondrado; pero, en medio de mi aturdimiento, no tenía mas que una sola idea: — socorrer á mi querido Luis. Con este objeto pues nadaba yo al rededor del casco del buque, llamándolo á grandes gritos, en medio de los silbidos de la tempestad y del ruido de la tormenta, pero el pobre no me respondió; el mar se lo habia tragado para siempre á ese buen compañero, que me habia salvado la vida en el Plata, y al cual, á pesar de todos mis esfuerzos, no pude yo salvarle la suya.

En el momento que perdí la esperanza de socorrer á Carniglia, eché una ojeada á mi alrededor. — Esto fué una gracia de Dios, sin duda, pero en este momento de agonía para todo el mundo, no tuve un instante de duda por mi propia salvacion, de manera que pude ocuparme de salvar á los demás.

Entonces, mis compañeros esparcidos nadaban hácia la playa, separados los unos de los otros, segun su habilidad ó segun sus fuerzas. Los alcancé en un momento, y dándoles ánimo, pasé delante de ellos, y me hallé uno de los primeros, sino el primero, atravesando los escollos, cortando oleadas enormes y altas como montañas.

Llegué á la orilla. Mi sentimiento por la pérdida de mi pobre Carniglia, dejándome indiferente so-

bre mi suerte misma, me daba una fuerza invencible.

Apenas puse los piés en tierra, me volví movido de la última esperanza.

Acaso iba á ver otra vez á Luis.

Yo interrogaba, las unas despues de las otras, esas caras despavoridas, envueltas á cada instante por las oleadas, pero Carniglia estaba sepultado en las aguas; los abismos del Océano no me lo habian restituido.

Entonces, volví á ver á Eduardo Mutru, el que despues de Carniglia me era el mas caro, á quien yo habia empujado un fragmento de escotilla, recomendándole que se agarrase con todas sus fuerzas á ella. Sin duda, la violencia del mar se lo arrancó de las manos. Nadaba aun, pero el pobre estaba aniquilado é indicando por la convulsion de sus movimientos la extremidad á que estaba reducido. Ya he dicho cuánto yo lo amaba; era el segundo hermano de mi corazon, que iba á perder en el mismo dia. Yo no quise quedarme en un instante viudo de todo lo que amaba en el mundo. Eché al mar el fragmento del buque que me habia servido para ganar la playa, y me lancé en medio de las oleadas, volviendo con profunda indiferencia á buscar el peligro del cual acababa de escapar. Al cabo de un

minuto, me hallaba ya cerca de Eduardo; yo le grité:

— Mantente firme! ánimo... héme aquí! Yo te traigo la vida.

Vana esperanza, esfuerzos inútiles; en el momento en que yo empujé hácia él el fragmento protector, el pobre se hundió y desapareció.

Yo di un grito, dejé mi sosten, me zambullí; y no hallándole, pensé que habia vuelto á la superficie del agua. Subí: nada! Volví á zambullirme de nuevo, lo mismo subí á la superficie. Yo daba los mismos gritos de desesperacion que por Carniglia, y como por Carniglia todo fué inútil; tambien él estaba absorbido en las profundidades del Océano, que no habia temido el atravesar para venir á reunirse conmigo, y servir la causa de los pueblos.

Aun un mártir de la libertad italiana, que no tendrá su tumba, que no tendrá su cruz!

Los cadáveres de diez y seis ahogados que contamos en este desastre, fieles compañeros hasta entonces de mis aventuras, sumergidos en el mar, fueron llevados por las corrientes, á mas de treinta millas de distancia hácia el Norte. Yo buscaba entonces, entre los catorce que habian sobrevivido, y que en este momento habian ganado la playa, un semblante amigo, una cara italiana.

Ni una vi siquiera.

Los seis Italianos que me acompañaban estaban muertos : Carniglia, Mutru, Staderini, Navone, Giovanni... No me acuerdo del nombre del sexto.

Pido perdón á la patria de haberlo olvidado ; yo sé bien que escribo esto doce años despues de la catástrofe ; sé muy bien que desde entonces acá han pasado en mi vida sucesos diferentemente terribles que el que acabo de referir ; sé que he visto caer una nacion, que he ensayado en vano de defender una ciudad ; sé muy bien que, perseguido, expatriado, batido como una bestia feroz, he de puesto en la tumba la mujer que se hizo el corazon de mi corazon ; yo sé muy bien que, apenas la sepultura fué colmada, me ví obligado á huirla como esos condenados del Dante, que marchan delante de ellos y cuya cabeza torcida mira detrás ; yo sé que no hay asilo para mí ; que de la punta extrema del África, miro esa Europa que me arroja como un bandido, á mí, que no he tenido jamás sino un pensamiento, un amor, una desesperacion : la patria. Yo sé en fin todo esto, pero no es menos verdad, que yo deberia recordar ese nombre.

Pero ; ay ! no lo recuerdo.

## XXII.

JUAN GRIGGS.

Cosa extraña, excepto yo, todos los buenos, los fuertes nadadores habian desaparecido ; sin duda, confiados en su habilidad, descuidaron de asirse á las ruinas que flotaban por el agua, esperando sostenerse sin ese socorro, mientras que por el contrario, entre los que hallé buenos y sanos á mi alrededor, eran algunos jóvenes Americanos á quienes yo habia visto muy embarazados para atravesar un brazo de rio de diez piés de ancho.

Esto me parecia increíble, y sin embargo era la verdad.

El mundo me parecia un desierto.

Me senté sobre la playa, dejé caer mi cabeza entre mis manos, y yo creo que lloré.

En medio de mi debilidad, un llanto penetró mi corazon.

Entonces me acordé que, aunque esos hombres me fuesen desconocidos, casi extranjeros, — pues que yo habia sido su jefe en el combate ó en el

naufragio, — debía ser también su padre en la desgracia.

Levanté la cabeza y les dije: — ¿Qué hay, quién se queja?

Dos ó tres bocas tiritando respondieron:

— Tengo frío.

Yo, que no había pensado en ello hasta entonces, sentí que también tenía frío.

Entonces me levanté y me sacudí; algunos de mis compañeros estaban adormecidos, y sentados ó echados para no volver á levantarse.

Yo los levantaba cogiéndolos por los brazos.

Tres ó cuatro de ellos se hallaban en ese período de entorpecimiento que hace preferir la languidez de la muerte al sufrimiento del movimiento.

Llamé á mi ayuda á los mas vigorosos, forzándoles á que se levantasen los que estaban embotados; tomé uno de la mano, á los que no habían aun perdido sus fuerzas les dije que hicieran lo mismo, y grité:

— Corramos!

Al mismo tiempo daba yo el ejemplo.

Esto fué desde luego una dificultad, diré mas, un dolor muy grande el vernos en la precision de hacer jugar nuestras articulaciones entorpecidas; pero

poco á poco hallaron nuestros miembros su elasticidad.

Este ejercicio duró una hora, y despues, nuestra sangre recalentada, volvió á circular en nuestras venas.

Esta gimnástica tuvo lugar cerca del rio el Aserigua, que corre paralelamente al mar para desembocar á media legua de distancia del sitio donde estábamos; subimos por la orilla derecha del rio, y á cuatro millas de donde emprendimos la marcha, hallamos un cortijo, y en este cortijo la hospitalidad que vive eternamente asentada en la puerta de una casa americana.

Nuestro segundo buque, al mando de Griggs, y llamado el *Seival*, aunque apenas mas grande que el *Río Pardo*, pero de construccion diferente, pudo luchar contra la tempestad, bravarla y seguir victoriosamente su camino.

Preciso es decir también que Griggs era un excelente marino.

Yo escribo de dia en dia, obligado á salir mañana acaso del asilo donde descanso hoy, — no sé si tendré tiempo mas tarde de decir de ese excelente y valeroso jóven todo el bien que yo pienso; voy pues ahora que su nombre se halla en mi pluma, á pagar el tributo que debo á su memoria.

¡Pobre Griggs! apenas he dicho una palabra de él, y sin embargo, ¿en dónde he hallado yo jamás un hombre de un valor tan admirable y de un carácter mas delicado? — Hijo de padres ricos, habia venido á ofrecer su oro, su ingenio y su sangre á la república naciente, y la dió todo cuanto él la habia ofrecido.

Un dia recibió una carta de su familia de la América del Norte, invitándole á ir á recoger una herencia colosal; pero él habia ya recibido la herencia mas hermosa que sea reservada al hombre de conviccion y de fe, — la palma del martirio, — habia muerto por un pueblo infortunado, pero generoso y valiente. Y yo que he visto tantas gloriosas muertes, tambien ví el cuerpo de mi pobre amigo separado en dos como el tronco de una encina cortado por la hacha de un leñador; el busto habia quedado derecho sobre la cubierta de *la Casapara*, con su figura intrépida, purpurada aun de la llama del combate, pero los miembros fracasados y separados del cuerpo estaban esparcidos á su alrededor; un disparo de cañon cargado de metralla lo habia despedazado á veinte pasos, y se presentó á mí así mutilado el dia que yo y un compañero, incendiando la flotilla por órden del general Canavarro, subí en el buque de Griggs, que acaba-

ba de ser completamente arruinado por la escuadra enemiga.

¡O libertad! ¡libertad! ¿qué reina de la tierra puede alabarse de tener en su acompañamiento los héroes que tú tienes en el cielo?

## XXIII.

## SANTA CATALINA.

La parte de la provincia de Santa Catalina, donde naufragamos, al recibir la noticia que las fuerzas republicanas se acercaban, se sublevó felizmente contra el emperador; en vez de hallar enemigos, encontramos aliados; en lugar de ser combatidos, fuimos obsequiados; tuvimos pues al instante mismo todos los medios de transporte que podian ofrecernos los pobres habitantes á quienes pedimos la hospitalidad.

El capitán Baldonino me dió su caballo, y nos pusimos en marcha para reunirnos con la vanguardia del general Canavarro, mandada por el coronel Texeira, que marchaba con toda la rapidez posible, dirigiéndose á la laguna de Santa Catalina, con la esperanza de sorprenderla (1).

Debo de confesar que no tuvimos gran mal en apoderarnos de la pequeña ciudad que manda la

(1) Esta provincia de Santa Catalina es la que el emperador del Brasil dió por dote á su hermana, cuando casó con el príncipe de Joinville.

laguna, y que la ha dado su nombre. La guarnición batió precipitadamente en retirada, y tres buques pequeños de guerra se rindieron despues de un débil combate; yo pasé con mis náufragos á bordo de la goleta *Itaparika*, armada con siete piezas de artillería.

Durante los primeros dias de esta ocupacion, la fortuna parecia haber hecho un pacto con los republicanos: no creyendo los imperiales en una invasion tan repentina, de la que no tenian mas que noticias vagas, mandaron proveer la laguna de armas, municiones y soldados; oro, armas, municiones y soldados llegaron cuando nosotros éramos dueños de la ciudad, y, por consiguiente, cayeron en nuestras manos sin costarnos mucho trabajo; respecto de los habitantes, estos nos acogieron como hermanos y como libertadores, título que nosotros no supimos justificar durante nuestra residencia en medio de esa poblacion amiga.

Canavarro estableció su cuartel general en la ciudad de la laguna, bautizada por los republicanos Giuliana, porque entraron en ella el mes de julio. Prometió la ereccion de un gobierno provincial, del que fué primer presidente un sacerdote venerable que ejercia un gran prestigio, sobre todo en ese pueblo; Rossetti, con el título de secretario del

gobierno, fué verdaderamente el alma ; es verdad que Rossetti estaba cortado para todos los empleos.

Todo marchaba prodigiosamente : el coronel Teixeira, con su valiente columna de vanguardia, habia perseguido al enemigo hasta que le forzó á encerrarse en la capital de la provincia, y se habia apoderado de la mayor parte del país, pues por doquiera nos recibian con los brazos abiertos, y recogimos un buen número de desertores imperialistas.

Grandes y magníficos proyectos habia concebido el general Canavarro, soldado leal á toda prueba : áspero en apariencia, y de muy buen fondo, tenia por costumbre decir que de la laguna de Santa Catalina saldria el gigante que devoraria el imperio, y acaso hubiera dicho la verdad, si se hubiera provisto á esa expedicion con mas juicio y prevision ; pero nuestras orgullosas maneras para con los habitantes del país y la insuficiencia de medios, hicieron perder el fruto de esta brillante campaña.

## XXIV.

## UNA MUJER.

Nunca habia yo pensado en el matrimonio, y me consideraba incapaz de ser un buen marido, vista mi demasiada independencia de carácter y mi irresistible vocacion por la vida de las aventuras ; — tener una mujer é hijos me parecia una cosa soberanamente imposible al hombre que ha consagrado su vida á un principio cuyo éxito, por completo que sea, no debe jamás darle el sosiego necesario á un padre de familia : despues de la muerte de Luis, de Eduardo y de mis otros compañeros, me hallaba en un aislamiento completo, y me parecia estar solo en el mundo.

No me habia quedado ni uno solo de esos amigos, de los cuales el corazon tiene necesidad lo mismo que la vida la tiene de alimento. — Los que habian sobrevivido, como queda dicho, me eran extranjeros ; sin duda eran almas valientes y buenos corazones ; pero hacia poco tiempo que los conocia para estar en intimidad con ellos. En el inmenso vacío que hizo á mi alrededor la terrible catástrofe, sentia yo la

necesidad de un alma que me amara; sin esta alma, la existencia me era insoportable, casi imposible. — Volví á ver á Rossetti, — es decir un hermano; pero Rossetti, ocupado en los deberes de su cargo, no podía vivir conmigo, y apenas lo veía una vez por semana. Tenía pues necesidad, como he dicho, de alguien que me amara, que me amara sin dilación. Además, la amistad es el fruto del tiempo: le son necesarios años para madurar, mientras que el amor es el relámpago, é hijo de la tormenta á veces. Empero ¿qué importa? yo soy de los que prefieren las borrascas, cualesquiera que sean, á las bonanzas de la vida, á la tranquilidad del corazón.

Una mujer pues me era necesaria; solo una mujer podía curarme; una mujer, es decir, el único refugio, el solo ángel consolador, la estrella de la tempestad; una mujer es la divinidad que no se implora nunca en vano, cuando se implora con el corazón, y sobre todo cuando se implora en el infortunio.

Con ese incesante pensamiento, de mi cabina de la *Itaparika* volvía mi vista hácia la tierra. — El límite de la Barra estaba tocando, y de mi bordo veía yo lindas muchachas, ocupadas en diversos trabajos domésticos. — Una de ellas me llamaba la atención con preferencia á las otras. — Recibí la ór-

den de desembarcar, y en seguida me dirigí hácia la casa á donde hacia tiempo fijaba mi vista; mi corazón temblaba, pero encerraba una de esas resoluciones que se llevan á cabo. — Un hombre me invitó á que entrase en la casa, — yo hubiera entrado aunque me lo hubiese prohibido; — habia visto á ese hombre una sola vez. Ví la doncella y la dije: «Virgen, tú serás para mí!» Por esas palabras creé yo un lazo que solo la muerte podía romper.

— Hallé un tesoro prohibido, pero un tesoro de tal precio! ... Si hubo una falta cometida, la culpa era mia. — Esto fué una culpa si, juntándose, dos corazones rasgaban el alma de un inocente.

Empero ella murió, y él quedó vengado. — ¿En dónde conocí yo la grandeza de la culpa? — Allá, en las embocaduras del Eridan, el día que esperando disputarla á la muerte, aprelaba yo convulsivamente su pulso para contar las últimas pulsaciones, absorbía su aliento fugitivo, recogía con mis labios su respiración que estaba jadeando, besaba, ¡ay de mí! labios moribundos, ¡ay! yo estrechaba un cadáver, y lloraba desesperado (1).

(1) Ese sitio se halla cubierto de un velo de oscuridad, pues que despues de haberlo leído, me volví hácia Garibaldi diciéndole:

— Lea usted esto, querido amigo; la cosa no me parece clara. El leyó, en efecto; y un momento despues:

## XXV.

## LA CORRERÍA.

El general había decidido que yo saliese con tres buques armados para atacar las banderas imperiales, cruzando la costa del Brasil. Me preparaba á esta ruda mision, reuniendo todos los elementos necesarios. — Mis tres buques eran *el Río Pardo*, mandado por mí, — *la Cassapara*, mandada por Griggs, — las dos goletas, — y *el Seival*, mandado por el italiano Lorenzo. Hallábase la laguna bloqueada por los buques de guerra imperiales; — pero salimos de noche sin la menor inquietud. — Anita, en adelante la compañera de toda mi vida, y por consiguiente de todos mis peligros, había absolutamente querido embarcarse conmigo.

Llegados á la altura de Santos, hallamos una corbeta imperial que nos siguió inútilmente dos dias. — Al segundo dia nos acercamos á la isla *de Abrigo*, donde cogimos dos barcas cargadas de arroz. —

— Es necesario que esto quede así, me dijo dando un suspiro. Dos dias despues me envió un cuaderno intitulado *Anita Garibaldi*.

Seguimos cruzando é hicimos algunas presas. A los ocho dias de navegacion, metí la cabeza en la laguna.

Yo no sé porqué, tenia yo un siniestro presentimiento, — por cuanto antes de partir noté que se manifestaba cierto descontento contra nosotros. Además, sabia que se acercaba un cuerpo considerable de ejército, mandado por el general Andrea, á quien la pacificacion *del Para* había dado una grande repulacion.

Cuando volviamos de la isla de Santa Catalina, hallamos un buque de guerra brasileño. Estábamos con el *Río Pardo* y *el Seival*. Hacia algunos dias que, en una noche oscura, *la Cassapara* se había separado de nosotros. Inmediatamente descubrimos el buque de guerra á nuestra proa, y lo embestimos con intrepidez. — Rompimos el fuego, y el enemigo respondió; pero el combate tuvo un mediano resultado á causa de que el mar estaba alborotado.

El resultado de este combate fué que perdimos algunas de nuestras presas, — á causa de que sus comandantes, viendo la superioridad del enemigo, se entregaron.

Los demás fueron á las costas vecinas.

Solo una de nuestras presas se salvó; la mandaba

Ignacio Bilbao, valiente vizcaino, que abordó con ella en el puerto de Imbituba, entonces en nuestro poder. *El Seival* tuvo su cañon desmontado y al mismo tiempo haciendo agua, tomó el mismo camino; entonces, hallándome solo é imposibilitado de estar en el mar, me vi en la necesidad de hacer como ellos.

Atracamos pues en Imbituba empujados por el viento nordeste; con este viento, nos era imposible entrar en la laguna, y por cierto que los buques imperiales estacionados en Santa Catalina, é informados por *el Andurinka*, buque de guerra que era el que atacamos, iban á venir en contra nuestra á atacarnos; era necesario, pues, prepararnos al ataque. El cañon desmontado á bordo del *Seival* fué izado sobre un promontorio que formaba la bahía del lado de levante, sobre el cual construimos una batería cubierta de gaviones.

En efecto, al dia siguiente al amanecer, vimos tres buques que se dirigian hácia nosotros. *El Rio Pardo* fué anclado al fondo de la bahía, y principió un combate muy desigual, siendo los imperialistas mas fuertes que nosotros.

Yo habia querido poner en tierra á Anita, pero ella no quiso, y como en el fondo del corazon admiraba yo su valor, no hice en esta circunstancia

como en las otras para obligar su voluntad despues de los primeros ruegos rechazados.

Favorecido el enemigo en sus maniobras por el viento que cruzaba, se mantenía á la vela, corriendo de un lado á otro y cañoneándonos con furor. De ese modo podia abrir con facilidad todos los ángulos de diversion de su fuego y lo dirigia todo á nuestra goleta. Sin embargo, nosotros nos batíamos con la mas obstinada resolucion, y estando tan cerca que podíamos servirnos de las carabinas, el fuego de ambas partes era sumamente mortífero; en razon de que éramos poca gente en comparacion á las fuerzas enemigas, nuestra pérdida era mucho mas grande que la del enemigo, y nuestra cubierta se hallaba llena de muertos y mutilados; mas, aunque el flanco de nuestro buque estaba acribillado de balas rasas, y aunque nuestra arboladura habia sufrido grandes averías, estábamos todos resueltos á morir antes que rendirnos. Es verdad que si tomamos esta generosa resolucion, fué por la presencia de la amazona que teníamos á bordo. No solamente Anita no quiso desembarcar, como queda dicho, sino que cogiendo una carabina, tomó parte en el combate; es preciso decir que estábamos sostenidos valientemente por el valeroso Manuel Rodriguez, comandante de nuestra batería de tierra, y mientras duró

el combate, sus tiros fueron dirigidos con muchísima habilidad y vigor.

El enemigo estaba muy enfurecido, sobre todo contra la goleta. Durante el combate lo vi algunas veces tan cerca, que creí nos quería abordar. En este caso hubiera sido el bienvenido. Estábamos preparados á todo evento.

En fin, despues de cinco horas de una lucha obstinada, el enemigo, con gran admiracion nuestra, se retiró; despues supimos que esta retirada fué á consecuencia de la muerte del comandante de la *Hermosa Americana*, muerte que puso fin al combate.

En este combate tuve una de las mas vivas y crueles emociones de mi vida. Mientras que Anita, sobre la cubierta, animaba nuestros hombres con sable en mano, una bala rasa la echó en tierra con dos de ellos. Brinqué hácia ella creyendo hallarla muerta; pero se levantó sana y buena, y los dos hombres estaban muertos. Entonces la rogué que bajara á la cámara.

— Sí, voy á bajar, dijo, pero es para hacer subir á esos cobardes que se han escondido.

Bajó, en efecto, y subió en seguida empujando delante de ella dos ó tres marineros llenos de vergüenza de ser menos valientes que una mujer.

El resto del dia lo empleamos en enterrar los muertos y en reparar los daños que el fuego enemigo hizo á nuestra goleta, y por desgracia, estos daños no eran pequeños. Al dia siguiente, los imperialistas no volvieron, y preparándose sin duda para atacarnos de nuevo, embarcamos nuestro cañon, nos dimos á la vela y nos dirigimos otra vez hácia la laguna.

Quando el enemigo se apercibió que habíamos partido, estábamos ya lejos; sin embargo se puso á perseguirnos, y hasta el dia siguiente no nos dieron alcance; hicieron algunos disparos de cañon que no nos causaron ningun daño; de manera que entramos sin otra novedad en la laguna, donde fuimos festejados por los nuestros, que se maravillaban de vernos escapados de un enemigo tan superior en número.

## XXVI.

## LAGO DE IMERUI.

Otros sucesos se nos esperaban en la laguna.

Como los enemigos avanzaban por tierra contra nosotros en número tan superior que no había ninguna esperanza de resistirles, tanto más cuanto, por otra parte, nuestra poca habilidad y nuestras brutalidades nos habían enajenado los habitantes de la provincia de Santa Catalina, que estaban prontos á levantarse y á reunirse con los imperialistas, como ya se habían levantado contra nosotros los habitantes de la ciudad de Imerui, situada á la extremidad del lago, recibí la orden del general Canavarro para castigar este desgraciado país con hierro y con fuego: me ví forzado á obedecer á pesar mio este mandato.

Los habitantes y la guarnición habían hecho preparativos de defensa por el lado del mar; desembarqué pues á tres millas de distancia, y cuando ellos se creían seguros, los acometí por la parte de la montaña. Sorprendida y batida, la guarnición se retiró

en dispersion, y nos quedamos dueños de Imerui.

Deseo para mí, como para toda criatura que no ha cesado de ser hombre, que no reciba jamás una orden como la que yo recibí, pues era tan positiva, que no había medio de separarme en lo más mínimo de lo que en ella se me mandaba. Aunque existen largas y prolijas relaciones de hechos semejantes, creo que es imposible que la más terrible relación se acerque nunca á la realidad. Dios me mire con piedad y me perdone, pero en mi vida he tenido un día que haya dejado en mi alma un recuerdo tan amargo como este: nadie se hará una idea, dejando el saqueo libre, del trabajo que tuve y de los medios que empleé para impedir la violencia contra las personas, y circunscribir la destrucción al límite de las cosas inanimadas; sin embargo lo conseguí, aunque más de lo que esperaba; pero respecto de los bienes, me fué imposible evitar el desorden. Hice correr la voz que el enemigo, habiendo recibido refuerzos, volvía contra nosotros, pero todo fué inútil; y en efecto, si hubiera vuelto, hallándonos desbandados, hubiera hecho de nosotros una completa carnicería. Por desgracia, la ciudad, aunque pequeña, encerraba cantidad de almacenes llenos de vino y de licores alcohólicos, de manera que excepto yo,

que nunca bebo mas que agua, y algunos oficiales que pude contener en mi compañía, la borrachera fué casi general.

Añadamos á esto que mis hombres eran gente que apenas, yo conocia, y nuevos reclutas é indisciplinados por consiguiente. Solamente cincuenta hombres bien determinados, que hubieran venido á atacarnos de improviso, hubiesen dado buena cuenta de nosotros. En fin, á fuerza de amenazas y esfuerzos, pude conseguir volver á embarcar esas bestias salvajes desencadenadas.

Trajeron á bordo del buque algunos víveres y efectos salvados del saqueo, que fueron destinados á la division, y desembarcados, se volvió á la laguna.

Durante este tiempo, el coronel Texeira se retiraba con su columna de vanguardia de enfrente del enemigo, que avanzaba con rapidez y con fuerzas numerosas.

Cuando volvimos á la laguna, principiaron á pasar los bagajes y tropas á la orilla derecha.

## XXVII.

## NUEVOS COMBATES.

Muchísimo trabajé todo el dia para operar el paso de la division sobre la orilla meridional, pues aunque las tropas eran poco numerosas, no se veia el fin de los bagajes y embarazos de toda clase. — Hácia el punto mas estrecho de la embocadura la corriente era violenta. — Trabajamos pues desde la salida del sol hasta el medio dia, y con la ayuda de las barcas que pudimos procurarnos pasó toda la division, sin otra dificultad notable.

A las doce del dia vimos la flotilla enemiga, compuesta de veinte y dos velas, que combinaba sus movimientos con las tropas de tierra, llevando á bordo de los buques, además de sus tripulaciones, un gran número de soldados. Púseme en la montaña mas cerca para observar al enemigo, y ví al instante que su plan era reunir sus fuerzas á la entrada de la laguna; dí parte al general Canavarro, é inmediatamente dió órdenes en consecuencia; pero, no obstante, nuestros hombres no llegaron á

tiempo para defender la entrada de la laguna. Una batería que levantamos en la punta del muelle, dirigida por el bravo Capotto, no pudo hacer mas que una débil resistencia, pues además de ser nuestras piezas de pequeño calibre, — estaban servidas desde luego por artilleros inhábiles. — Quedaban nuestros tres pequeños buques con la mitad de la tripulación; la otra mitad la mandaron á tierra para ayudar al paso de las tropas. Los unos por imposibilidad, los otros porque querian mejor estar lejos del combate que se preparaba, á pesar de la órden que les pasé, no se reunieron con nosotros, dejándonos así todo el peso de la lucha.

Durante esto, el enemigo venia sobre nosotros á toda vela, empujado por el viento y la marea.

Corrí á escape á bordo del *Río Pardo*, y ya mi valiente Anita habia comenzado el cañoneo; apuntando ella misma, botaba fuego con la mecha que tenia encendida en su mano, y dirigiendo la pieza, animaba con su voz á nuestros hombres un poco intimidados.

El combate fué terrible y mas encarnizado que se creía. Nosotros no perdimos mucha gente á causa que mas de la mitad se hallaba en tierra; pero de seis oficiales repartidos en los tres buques, solo quedé yo con vida.

Aunque nuestras piezas estaban todas desmontadas, el combate continuaba con las carabinas, y no cesamos un solo momento de hacer fuego todo el tiempo que tuvimos el enemigo en frente. Durante este combate, Anita estuvo á mi lado en el punto mas peligroso, no queriendo desembarcar, ni aprovechar un abrigo, desdeñando inclinarse, como hace el hombre mas valiente, cuando ve acercarse la mecha al cañon enemigo.

En fin, creí haber hallado un medio eficaz para alejarla del fuego.

La mandé, y fué necesaria una órden mia para que ella la obedeciese, y esto aun previendo la probabilidad que el hombre que llevaba esta mision hallaria algun pretexto para no volver; — la mandé fuera á decir al general que si queria enviarme refuerzo, le prometia entrar en la laguna y perseguir á los imperiales de tal manera, que no desembarcarian aunque debiera yo con la tea en la mano incendiar su flota. Desde luego me prometió Anita que quedaria en tierra y me mandaria la respuesta con un hombre de confianza; pero ¡cuál fué mi sorpresa al ver que fué ella misma la que volvió! Me dijo que el general no tenia gente para mandarme refuerzo; al contrario, me ordenaba no quemase la flota enemiga, lo cual miraba él como

un esfuerzo desesperado é inútil, sino que me reuniese á él salvando las armas y municiones.

Yo obedecí la orden, y en medio de un fuego terrible que no cesó un momento, conseguimos transportar á tierra las armas y municiones, operación que á falta de oficiales dirigia Anita, mientras que yo pasaba de un buque al otro, y ponía en el sitio mas inflamable el fuego que debía devorarlos.

Esta fué para mí una mision terrible, teniendo que pasar una triple revista de muertos y heridos. Era un verdadero maladero de carne humana, teniendo que marchar sobre los bustos separados de los cuerpos, y á cada paso se ponía el pié sobre uno de los miembros esparcidos. El comandante de *la Itaparika*, Juan Enriquez de la Raguna, se hallaba muerto con las dos terceras partes de su tripulación; una bala rasa le hizo un agujero en el pecho por el cual podia pasar un brazo. El pobre Griggs, como queda dicho, estaba cortado en dos, de un tiro de cañon cargado de metralla. A la vista de tan triste espectáculo, me decia á mí mismo cómo me hallaba yo en vida habiendo corrido el mismo peligro que los demás.

Un momento despues una nube de humo cubria nuestros buques, y nuestros valientes muertos tu-

vieron al menos, — quemados sobre la cubierta de sus buques, — una hoguera digna de ellos.

Mientras que yo habia ejecutado mi obra de destruccion, Anita ejecutó su obra de salvamento. — Empero ; de qué manera, Dios mio ! de una manera que me hizo temblar. Para transportar las armas á la playa y volver á los buques, acaso hizo veinte viajes, pasando constantemente bajo el fuego del enemigo. Su lancha de transporte era de dos remos, y los pobres diablos que la acompañaban, á fin de evitar las balas de fusil y las balas rasas del enemigo se encorvaban tanto cuanto podian.

Empero ella, de pié en la proa, en medio de la metralla, aparecia derecha, serena y fiera como una estatua de Palas, y Dios, que extendia una mano sobre mí, la cubria con la sombra de esta misma mano.

Era casi de noche ; reuni la gente y me incorporé en la retaguardia de nuestra division, en retirada hácia Río Grande, siguiendo el mismo camino que habíamos seguido algunos meses antes con el corazon lleno de esperanza, y precedidos por la victoria.

## XXVIII.

## A CABALLO.

En medio de las peripecias de mi arriesgada existencia, he tenido siempre dulces horas y buenos momentos, y aunque este en que me hallaba no parece á primera vista hacer parte de los que me han dejado un agradable recuerdo, lo reclamo sin embargo, si no lleno de felicidad, á lo menos como lleno de emociones.

A la cabeza de algunos hombres, restos de tantos combatientes que habian merecido con justo título el nombre de valientes, marchaba yo montado á caballo, orgulloso entre los vivos, orgulloso entre los muertos, y aun casi de mí mismo. A mi lado marchaba la reina de mi alma, la mujer digna de toda admiracion. Me lancé en una carrera mas atractiva que la de la marina: ¿qué me importaba á mí no tener, como el filósofo griego, mas que lo que llevaba conmigo? ¿de servir una pobre república que no pagaba á nadie, y que, aunque hubiera sido rica, yo no hubiese querido ser pagado? ¿No llevaba yo un sable ceñido, y una carabina colgada en mis ar-

zones? ¿No tenia yo á mi lado Anita, mi tesoro, cuyo corazon era tan ardiente como el mio por la causa de los pueblos? ¿No contemplaba ella los combates como una diversion, y como una simple distraccion la vida de los campos? El porvenir me sonreia sereno y afortunado; y cuanto mas salvajes y desiertas se presentaban las soledades americanas, mas deliciosas y mas hermosas me parecian.

Continuamos pues nuestra marcha retirándonos á las Torres, límite de las dos provincias, y allí establecimos nuestro campamento. El enemigo se contentó con tomar la laguna, y cesó de perseguirnos. Combinada la division Andrea con la division Acunha, que venia de la provincia de San Pablo, se dirigia hácia Cima-da-Serra, departamento de la montaña perteneciente á la provincia de Rio Grande.

Los montañeses amigos nuestros, atacados por fuerzas superiores, pidieron refuerzos al general Canavarro, quien les mandó una division á las órdenes del coronel Texeira. Nosotros hicimos parte de esta expedicion. Recibidos por los Serranos, mandados por el coronel Aranha, batimos completamente en Santa Victoria la division enemiga. Acunha se ahogó en el rio Pelatas, y la mayor parte de sus tropas quedó prisionera.

Esta victoria puso bajo el mando de la república los dos departamentos de Vaccaria y Lages, y entramos triunfantes en la capital de este último punto.

La noticia de la invasion imperial habia reanimado el partido brasileño, y Mello, jefe enemigo, reunió en esa provincia un cuerpo de quinientos hombres de caballería.

El general Bento Manuel, encargado de atacarlo, no pudo hacerlo á causa de su retirada, y se contentó con mandar al coronel Portinko en persecucion de Mello, que se dirigia á San Pablo.

Nuestra posicion y nuestras fuerzas nos ponian en estado, no solamente de oponernos á su paso, sino de concluir con él. La fortuna no quiso que así fuera. El coronel Texeira, con la incertidumbre de si el enemigo venia por Vaccaria ó por Coritibani, dividió sus tropas en dos cuerpos, mandando al coronel Aranha á Vaccaria con la mejor caballería, mientras que nosotros, con la infantería y algunos hombres de caballería de los prisioneros, marchamos hácia Coritibani.

Precisamente el enemigo venia por ese camino.

El haber dividido nuestras fuerzas, fué una fatalidad para nosotros: nuestra reciente victoria, el carácter ardiente de nuestro jefe, y las noticias que teníamos del enemigo, hacian que lo despreciáramos

mos demasiado. Al tercer dia de marcha llegamos á Coritibani, y nos acampamos muy cerca del Maromba, por donde se suponía debian de pasar los imperiales. Colocaron una guardia en la orilla, centinelas donde se juzgaron necesarias, y se echaron á dormir muy tranquilos.

Respecto á mí, la costumbre que tenia en esta clase de guerra, hizo que durmiese con un ojo abierto.

A eso de media noche, nuestra avanzada de la orilla del rio fué atacada con tanto ímpetu, que apenas tuvieron tiempo nuestros soldados de tirar algunos tiros contra el enemigo.

Al primer tiro me puse sobre piés gritando: ¡A las armas! A este grito todo el mundo despertó y se puso pronto en disposicion de combatir. En seguida que amaneció el dia, apareció el enemigo, pasó el rio y á poca distancia de nosotros, hizo alto formando en batalla. Cualquiera otro que Texeira, viendo que el enemigo era mucho mas superior en fuerzas, hubiera expedido correos al segundo cuerpo para que viniese á su socorro, y en el entretanto que Acunha hubiera llegado, pudiera haber diverdido á su adversario; pero el valiente republicano temia que el enemigo se retirase, y por consiguiente perder la ocasion de batirlo. Se lanzó pues al com-

bate, sin inquietarse de la ventajosa posición que su adversario ocupaba.

Aprovechándose el enemigo de la desigualdad del terreno, estableció su línea de batalla en un monte bastante elevado, delante del cual se hallaba un valle obstruido de maleza, y además emboscó algunos pelotones en los flancos. Texeira ordenó el ataque, y en seguida se ejecutó su orden con mucho arrojo. Entonces el enemigo hizo una falsa retirada. Nuestra gente se puso en persecución del enemigo haciendo fuego; pero de repente fueron atacados por los pelotones emboscados que los nuestros no habían visto, y cortándoles por los flancos, se vieron precisados á volver atrás en desorden. En esta refriega perdimos uno de nuestros mejores oficiales, don Manuel N<sup>o</sup>, quien era muy querido de nuestro jefe. Empero nuestra línea fué pronto reformada, avanzó con nuevo ímpetu é hizo retirar al enemigo.

No hubo gran número de muertos ni heridos de una parte ni de la otra por haber entrado pocas tropas en fuego.

Sin embargo, el enemigo se retiraba con precipitación, y le seguimos enfurecidos; pero sus dos líneas de caballería fueron retirando por espacio de nueve millas, y no podíamos seguirle con nuestra

infantería. Al acercarnos al *Posa del Maromba*, nuestro jefe de vanguardia, el mayor Jacinto, avisó al coronel que el enemigo con gran desorden hacia pasar el río á todos sus bueyes y caballos, y que según él eso era una prueba que quería continuar la retirada. Texeira no vaciló un momento, dando orden á nuestro pequeño peloton de caballería de avanzar al galope, y me recomendó que lo siguiera con mi infantería.

Mas esa retirada no era más que un fingimiento de nuestro astucioso enemigo; y, desgraciadamente, esa disimulación le dió demasiado buen éxito. — A consecuencia de los accidentes de terreno y de la precipitación con la que lo franqueó, se hallaba fuera de nuestra vista, y, como dijo el mayor Jacinto, había pasado al otro lado del río sus bueyes y sus caballos, pero la tropa estaba escondida detrás de unas colinas cubiertas que la ocultaban completamente á nuestra vista.

Tomadas esas medidas, y dejando un peloton para proteger sus guerrillas, los imperiales, prevenidos de la imprudencia que habíamos tenido de dejar nuestra infantería detrás, hicieron una contramarcha, y al instante aparecieron trepando la fácil pendiente de un valle.

Nuestro peloton, que perseguía al enemigo en su

retirada falsa, fué el primero que se apercibió de la celada sin tener tiempo por consiguiente de evitarla, y el primero arrollado; los otros tres escuadrones sufrieron la misma suerte, y á pesar del valor y resolución de Texeira y de algunos de nuestros oficiales de Río Grande, en pocos instantes nuestra caballería fué batida y dispersada en todas direcciones.

Esta caballería, como queda dicho, se componía casi toda de los prisioneros de Santa Victoria, con quienes acaso contamos con ligereza; — en efecto, ellos no podían ser muy adictos á nuestra causa; — además, soldados nuevos llegados de provincia, poco acostumbrados al ejercicio del caballo, se dispersaron á la primera carga del enemigo, y á excepcion de algunos muertos, la mayor parte se rindieron prisioneros. — Yo no perdí nada de los incidentes de la catástrofe. — Montado á caballo, después de haber excitado mis infantes á marchar lo mas rápidamente posible, me lancé adelante, y llegado á la cumbre de una colina, seguía con mi vista el triste resultado del combate.

Mis infantes hicieron todo cuanto pudieron para llegar á tiempo, pero fué en vano. — De lo alto de mi eminencia, juzgaba que era demasiado tarde para que ellos pudieran volver la victoria de nues-

tra parte, pero bastante pronto aun para impedir que no fuera todo perdido. — Llamé una docena de mis antiguos compañeros, los mas listos y mas valientes, y vinieron á escape. Dejé al mayor Peichotto encargado de los demás, y con este puñado de valientes tomé una cumbre de cerro, posición fortificada por los árboles. — Allí hicimos frente al enemigo, quien vió que aun no era del todo vencedor, y de este modo servimos de punto de apoyo á los nuestros que aun no habían desesperado del todo. — El coronel, después de haber hecho milagros de valor, se replegó á nosotros con algunos caballos; el resto de la infantería se reunió también sobre este punto, y entonces la defensa se hizo terrible y encarnizada.

Sin embargo, fuertes en nuestra posición, cuando nos hallamos setenta y tres reunidos, nos batimos con ventaja, por cuanto careciendo el enemigo de infantería y estando poco acostumbrado á batirse contra esta arma, nos cargaba inútilmente; quinientos hombres de caballería, brillantes y enorgullecidos de la victoria, se pararon delante de algunos hombres resueltos, sin que se atreviesen á dar una carga. — Sin embargo, á pesar de esa ventaja momentánea, era preciso no dar tiempo para que reuniera el enemigo sus fuerzas, cuya mayor

parte perseguía aun los dispersos, y sobre todo era de toda necesidad que nosotros buscáramos un refugio mas fuerte que el que ocupamos hasta entonces. — Un bosque distante de media milla se presentó á nuestra vista y nos dirigimos hácia él. En vano el enemigo buscaba medios para dispersarnos, en vano nos atacaba cuando hallaba una ocasion, todo fué inútil.

Fué una ocasion en la que todos los oficiales llevaban una carabina, y como nosotros éramos hombres aguerridos, de cualquier lado que el enemigo se presentase le hacíamos frente. Retirando así hasta que llegamos á nuestro refugio, el enemigo no se atrevió á cargarnos. Llegados al bosque, pudimos descubrirlo y lo esperamos hasta la noche.

El enemigo nos gritaba de todas partes: ¡Cuartel! pero nosotros no respondíamos.

## XXIX.

## LA RETIRADA.

Cuando llegó la noche nos préparamos á partir y tomar el camino de Lages; pero no sucedió así, porque el mayor Peichotto no podia andar á causa de su herida del pié.

A las diez de la noche, habiendo colocado los heridos lo mejor que nos fué posible, emprendimos nuestra marcha abandonando la montaña y siguiendo nuestro bosque, el cual es acaso el mas grande que hay en el mundo, pues se extiende desde el Plata y se encadena con el de las Amazonas, coronando las crestas de la sierra de Espinasso sobre una extension de treinta y cuatro grados de latitud; no conozco la extension de longitud, pero debe ser inmensa.

Los tres departamentos de Cima da Sierra, de Vaccaria y Lages, se hallan (me parece haberlo ya dicho) situados en los claros de ese bosque. Coritibani, especie de colonia formada por los habitantes de Coritiba, en el distrito de Lages, provincia de Santa Catalina, era el teatro del suceso que acabo

parte perseguía aun los dispersos, y sobre todo era de toda necesidad que nosotros buscáramos un refugio mas fuerte que el que ocupamos hasta entonces. — Un bosque distante de media milla se presentó á nuestra vista y nos dirigimos hácia él. En vano el enemigo buscaba medios para dispersarnos, en vano nos atacaba cuando hallaba una ocasion, todo fué inútil.

Fué una ocasion en la que todos los oficiales llevaban una carabina, y como nosotros éramos hombres aguerridos, de cualquier lado que el enemigo se presentase le hacíamos frente. Retirando así hasta que llegamos á nuestro refugio, el enemigo no se atrevió á cargarnos. Llegados al bosque, pudimos descubrirlo y lo esperamos hasta la noche.

El enemigo nos gritaba de todas partes: ¡Cuartel! pero nosotros no respondíamos.

## XXIX.

## LA RETIRADA.

Cuando llegó la noche nos préparamos á partir y tomar el camino de Lages; pero no sucedió así, porque el mayor Peichotto no podia andar á causa de su herida del pié.

A las diez de la noche, habiendo colocado los heridos lo mejor que nos fué posible, emprendimos nuestra marcha abandonando la montaña y siguiendo nuestro bosque, el cual es acaso el mas grande que hay en el mundo, pues se extiende desde el Plata y se encadena con el de las Amazonas, coronando las crestas de la sierra de Espinasso sobre una extension de treinta y cuatro grados de latitud; no conozco la extension de longitud, pero debe ser inmensa.

Los tres departamentos de Cima da Sierra, de Vaccaria y Lages, se hallan (me parece haberlo ya dicho) situados en los claros de ese bosque. Coritibani, especie de colonia formada por los habitantes de Coritiba, en el distrito de Lages, provincia de Santa Catalina, era el teatro del suceso que acabo

de referir. Seguimos esta marcha á fin de reunirnos con las fuerzas de Aranha, que se alejaron de nosotros tan mal á propósito.

A nuestra salida del bosque, aconteció uno de esos sucesos que prueban de qué manera el hombre es hijo de las circunstancias, y lo que influye un terror pánico, aun en los hombres mas valientes. Marchábamos con el silencio consiguiente á nuestra situación, dispuestos á batirnos si el enemigo se oponía á nuestra retirada. Hicimos un poco de ruido, y un caballo que se hallaba en la orilla del bosque tomó miedo y escapó.

Oímos una voz que gritaba:

— Es el enemigo!

Al instante mismo los setenta y tres hombres que con tanto valor habian resistido á quinientos, y que se puede decir que los habian vencido, se espantaron y huyeron, dispersándose de tal manera, que fué un milagro que alguno de los fugitivos no tocase con el enemigo.

En fin pude conseguir reunirlos todos poco á poco, de manera que al amanecer estábamos en el linde del bosque, dirigiéndonos á Lages.

El enemigo, que no tuvo noticia de nuestra retirada, nos buscó inútilmente todo el día siguiente.

El día del combate, el peligro habia sido grande,

el cansancio enorme, el hambre imperiosa y la sed ardiente; pero era necesario batirse, batirse por la vida, y esta idea dominaba todas las demás. Una vez dentro del bosque, ya no fué lo mismo; todo nos faltó, y la angustia, no teniendo la distraccion del peligro, se hizo sentir terrible, cruel, insoportable. La falta de viveres, el abatimiento de todos, las heridas de algunos, y la falta de medios para curarlos, todo esto nos desalentó casi completamente.

Estuvimos cuatro dias sin hallar otra cosa mas que raíces; renunció á pintar aquí el trabajo que nos costó el trazarnos un camino en ese bosque, donde no se hallaba un solo sendero y en el cual la naturaleza, tan cruelmente fecunda, forma debajo de sus pinos gigantescos otro segundo bosque de cañas, cuyas ruinas forman en algunas partes murallas infranqueables.

Algunos de nuestros hombres desertaron, desesperados; fué necesaria mucha energía de mi parte, y amenazándolos pude conseguir el que regresaran. No quedaba acaso mas que un solo medio para remediar ese desaliento, y por fortuna lo hallé yo. Reuní todas las fuerzas y les dije que les daba la libertad para que cada uno fuese á donde mejor le acomodase, ó de continuar la marcha todos unidos en cuerpo, protegiendo los heridos y defendiéndose

los unos á los otros. El remedio fué eficaz: desde este momento que cada uno era libre de marchar á donde quisiera, nadie pensó en desertarse, por el contrario, todos confiaron en la salvacion.

Cinco dias despues del combate, hallamos una senda en el bosque, la cual nos condujo á una casa; allí matamos dos bueyes y nos saciamos.

De allí continuamos nuestra marcha hácia Lages, á donde llegamos en un horrible dia de lluvia.

## XXX.

## ESTANCIA EN LAGES Y EN SUS INMEDIACIONES.

Ese buen pais de Lages, que victorioso nos habia festejado tan bien cuando recibió la noticia de nuestra derrota, cambió su bandera y los mas resueltos habian restablecido el sistema imperial. Estos escaparon á nuestra llegada, y como la mayor parte de ellos eran mercaderes dejaron sus almacenes provistos de todo. Esto fué una providencia, puesto que nosotros creímos sin remordimiento alguno poder apropiarnos las mercancías de nuestros enemigos, cuya variedad, ó los diferentes comercios que ellos hacian, mejoró extraordinariamente nuestra posicion.

Sin embargo, Texeira escribió á Aranha, ordenándole que viniera á reunirse con nosotros, y al mismo tiempo tuvo la noticia de la llegada del coronel Portinko, que habia sido mandado por Bento Manuel, para perseguir al mismo cuerpo de Mello, que tan desgraciadamente encontramos nosotros en Coritibani.

Yo he servido en América la causa de los pueblos,

y la he servido sinceramente; allí, como en Europa, era yo pues el adversario del absolutismo; amante del sistema en armonía con mi opinión, y por consiguiente enemigo del sistema contrario. Algunas veces he admirado los hombres, á menudo los he compadecido, jamás los he aborrecido. Cuando los he hallado malos, he sabido muy bien que su maldad y su egoísmo nacen de nuestra infeliz naturaleza. Desde entonces me alejé del teatro donde tuvieron lugar los acontecimientos que relato, y desde donde escribo estas líneas me hallo á dos mil leguas de distancia, por consiguiente se puede creer á mi imparcialidad. Pues bien, lo mismo por mis amigos que por mis enemigos, digo que eran intrépidos hijos del continente americano los que yo combatía, pero no menos intrépidos los de las filas en las cuales había tomado yo mi puesto. Fué pues una audaz empresa la resolución que hicimos de defender á Lages, contra un enemigo diez veces superior en fuerzas á nosotros, y á quien además una victoria reciente redoblaba la confianza. El rio Canoas nos separaba del enemigo, y un puñado de hombres defendimos el paso, hasta que al cabo de algunos dias se reunieron con nosotros Aranha y Portinko. Tan pronto como llegaron los refuerzos, marchamos contra el enemigo; pero no queriendo aceptar la

batalla, se retiró á la provincia inmediata de San Pablo, donde pensaba hallar un grande socorro.

En esta circunstancia fué cuando me convencí de los defectos y vicios que generalmente atribuian al ejército republicano; compuesto en general de hombres llenos de patriotismo y de valor, no querian estar bajo las banderas mas que mientras el enemigo se acercaba, y las abandonaban cuando este se alejaba.

Ese vicio fué casi nuestra ruina, ese defecto casi nuestra pérdida completa, y si el enemigo en esa circunstancia hubiera sido informado de lo que pasaba hubiera podido acabar con todos nosotros.

Los Serranos daban el ejemplo abandonando la bandera; los hombres que mandaba Portinko le siguieron. Es de notar que los desertores, no solamente se llevaban sus propios caballos, sino tambien los de la division, de manera que nuestras fuerzas se disminuian de dia en dia, con tal rapidez, que nos vimos en la necesidad de abandonar Lages, y retirarnos hácia la provincia de Rio Grande, temiendo la presencia del enemigo obligado á retirarse de nuestro frente y cuya retirada nos venció.

Que sirva esto de ejemplo á los pueblos que quieren ser libres; que sepan bien que no es con flores, con fiestas ni con iluminaciones que se combate á

los soldados aguerridos y disciplinados del despotismo, sino con soldados mas disciplinados y mas aguerridos que ellos; que no se metan pues en esta ardua empresa los que no sean capaces de aguerrir y de disciplinar un pueblo despues de haberlo sublevado.

Hay tambien pueblos que no vale la pena de sublevarlos, porque sabido es que la gangrena no se cura.

El resto de nuestras fuerzas así disminuidas, cuando nos hallábamnos privados de las cosas mas necesarias, y particularmente de ropa, — privacion terrible á la llegada del invierno sombrío y crudo de esas regiones elevadas, — los restos de nuestras fuerzas, he dicho, comenzaron á gritar en alta voz, que querían volver á sus hogares. Texeira se vió en la necesidad de ceder á esa exigencia, ordenándome que bajara de la montaña y me reuniera al ejército, pues que él se preparaba á hacer lo mismo. Esta retirada fué muy dificultosa, á causa de los malos caminos y de las hostilidades solapadas de los habitantes del bosque, enemigos acérrimos de los republicanos.

En número de setenta, poco mas ó menos, bajamos pues por la senda DI PELOFFO, y tuvimos que hacer frente á las emboscadas reiteradas é imprevisitas, que atravesamos con una suerte inaudita,

gracias á la resolucion de los hombres que yo conducía, y un poco á la confianza sin limites que en general inspiro á los que mando. La senda que seguíamos era estrecha; marchábamnos á dos de fondo, sin poder maniobrar á causa de la muralla de cañas que se levantaban por los bordes de tan angosta vereda; el enemigo, nacido en el país, conocía el terreno y se embosecaba en los puntos mas favorables cercándonos y dirigiéndose con precipitacion hácia nosotros con gritos de furor, haciendo algunas descargas sin que pudiéramos ver á los contrarios que felizmente eran mejores gritadores que hábiles tiradores. Además, la serenidad de mis hombres, su admirable union en el peligro fueron tales, que algunos solamente cayeron heridos levemente; pues por fortuna no tuvimos mas que un caballo muerto.

Estos acontecimientos recuerdan, en verdad, los bosques encantados del Taso, donde cada árbol vivía, y tenía una voz y sangre.

En Mala Casa nos incorporamos al cuartel general, donde se hallaba Bento Gonzales, desempeñando las funciones de presidente y de general en jefe.

## XXXI.

## BATALLA DE TACUARI.

El ejército republicano se preparaba para ponerse en marcha. Respecto al enemigo, después que perdió la batalla de Río Pardo, se rehizo en Porto Alegre y salió bajo las órdenes del viejo general Giorgio, quien estableció su campamento en las orillas del Cahé, donde esperaba la llegada del refuerzo del general Calderon, que con un cuerpo imponente de caballería había salido de Río Grande.

Ya he dicho que las tropas republicanas, cuando no se hallaban enfrente del enemigo, se dispersaban y con esto le facilitaban emprender todo cuanto quería; de manera que cuando el general Netto, que mandaba las fuerzas de la campiña, hubo reunido las fuerzas necesarias para batir las de Calderon, este se reunió con el grueso del ejército imperial que, como he dicho, se hallaba en las orillas del Cahé.

En este estado, le era indispensable al Presidente reunirse con la division de Netto, para atacar al enemigo: por esta razón levantó el sitio. Esta maniobra

y la reunion que tuvo lugar dieron un feliz resultado, é hicieron gran honor á la capacidad militar de Bento Gonzales. Partimos con el ejército de Malaca, con direccion á San Leopoldo, pasando á dos millas del ejército enemigo; y después de dos dias y dos noches de marcha, casi sin comer y sin beber, llegamos á las inmediaciones de Tacuari, donde hallamos al general Netto que venia á reunirse con nosotros.

He dicho sin comer, y he dicho la verdad. Cuando el enemigo tuvo noticia de nuestro movimiento, marchó á nuestra persecucion, dándonos alcance algunas veces y atacándonos mientras que asábamos carne, nuestra única comida. Diez veces consecutivas, al momento en que la carne estaba á punto de comer, los centinelas gritaron á las armas, y nos fué necesario batirnos en vez de almorzar ó de comer. En fin, hicimos alto en Pinhurinho, á seis leguas de Tacuari, y allí tomamos las posiciones para combatir.

El ejército republicano, compuesto de diez mil hombres de infantería y cinco mil de caballería, ocupaba las alturas de Pinhurinho, monte cubierto de pinos, como lo indica su nombre, poco elevado, pero que sin embargo dominaba las montañas vecinas. La infantería formaba el centro, mandada por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. LYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el viejo coronel Crezunzio. El ala derecha la mandaba el general Netto y la izquierda Canavarro, ambas compuestas de caballería, la cual sin contradicción era de la mejor del mundo. La infantería era también excelente. El deseo de batirse era general en todos.

El coronel S. Antonio formaba la reserva con un cuerpo de caballería.

Las fuerzas enemigas se componían de cuatro mil infantes, de tres mil caballos y de algunas piezas de artillería; tomaron posición al otro lado de un pequeño torrente que nos separaba, y su aspecto estaba lejos de ser despreciable. Componíanse sus fuerzas de las mejores tropas del ejército imperial, mandadas por un antiguo general sumamente entendido.

El general enemigo nos había hasta entonces perseguido con ardor y había tomado todas las disposiciones necesarias para dar una acción en regla. Dos piezas de artillería, colocadas al otro lado del torrente, herían nuestra línea de caballería. Entonces nuestros valientes soldados de la primera brigada, á las órdenes de Netto, desenvainaron sus sables, esperando el toque de carga para lanzarse sobre los dos batallones que habían pasado el torrente. Esos valientes continentales que ni ellos ni Netto no

habían sido nunca batidos, confiaban en la victoria. La infantería, escalonada por divisiones en la colina y cubierta por un pliegue del terreno, tenía gran deseo de batirse. Los terribles lanceros de Canavarro hicieron un movimiento adelante, envolviendo el flanco derecho del enemigo y obligándole á cambiar de frente con gran desorden.

Era un verdadero bosque de lanzas; este cuerpo, compuesto en su totalidad de esclavos libertados por la república y elegidos entre los mejores domadores de caballos de la provincia, eran todos negros excepto los oficiales superiores. Jamás había visto el enemigo las espaldas de estos hijos de la libertad. Sus lanzas más largas que la medida ordinaria; sus caras atezadas, sus robustos miembros, corroborados aun por sus ásperos y fatigantes ejercicios; su perfecta disciplina y su valor ponían el terror en las filas enemigas.

La voz animadora del jefe había estremecido todos los pechos: «Que cada uno combata hoy como si tuviera cuatro cuerpos para defender la patria y cuatro almas para amarla!» dijo ese valiente, que tenía todas las prendas de un gran capitán, excepto la suerte.

Respecto á nosotros, nuestra alma, por decirlo así, sentía las palpitaciones de la batalla, y se inun-

daba de la confianza de la victoria. Jamás dia mas bueno, jamás espectáculo mas magnífico se me habia ofrecido. Colocado en el centro de nuestra infantería, á la extrema cima de la colina, descubria yo desde allí todo el campo de batalla. Las llanuras donde se hacia ese juego mortífero de la guerra, estaban sembradas de algunas plantas bajas y raras, que no impedían en nada ni á los movimientos estratégicos, ni á la vista que los presenciaba; yo podia decirme que á mis piés, debajo de mí, en algunos minutos, seria resuelta la suerte de la mayor parte del continente americano, y quizás la del mas grande imperio del mundo.

¿Habrá un pueblo ó no? Esos cuerpos tan compactos, tan unidos los unos á los otros, ¿van á ser deshechos y dispersados? Todo eso ¿no va á reducirse en un instante á cadáveres y miembros separados de sus cuerpos, nadando en sangre? Toda esa hermosa y viviente juventud ¿va á engordar con sus ruinas esos magníficos campos? Vamos pues! sonad clarines, tronad cañones, ruge batalla, y que se decida todo, como en Zama, como en Farsalia y como en Accio!

Pero no, no debía de suceder así: esta llanura no debía de ser la de la mortandad. El general enemigo, intimidado por nuestra fuerte posición y nuestro

firme aspecto, vaciló, hizo retirar á los dos batallones que habian pasado el torrente, y de la ofensiva se puso en la defensiva. El general Calderon fué muerto al principio del ataque, y quizás por eso vaciló Georgio. Desde el momento en que él no nos atacaba, ¿no debiamos nosotros haberlo atacado? Tal era la opinion de la mayoría. El combate se empeñó con las condiciones primitivas, y á pesar de nuestra admirable posición, la suerte era nuestra. Empero abandonando la posición para perseguir á un enemigo cuatro veces mas fuerte que nosotros en infantería, era necesario llevar el combate al otro lado del torrente.

Esto era muy peligroso.

En suma, apenas nos batimos, pues pasamos todo el dia en presencia del enemigo escaramucéandolo.

En nuestro ejército faltó la carne, y particularmente la infantería estaba hambrienta, y la sed era quizás mas insostenible que el hambre; en ninguna parte se hallaba agua, sino en el torrente que se hallaba tomado por el enemigo. Nuestros hombres estaban acostumbrados á todas las privaciones, y una sola queja salió de la boca de los que morían de hambre y de sed, — la de no batirse. — ¡Oh Italianos! ¡Italianos! el dia que estaréis unidos y seréis sobrios, pacientes en la fatiga y en las priva-

ciones como esos hombres del continente americano, estad seguros que el extranjero no atropellará mas vuestra tierra ni ensuciará vuestro hogar. Este dia, ¡oh Italianos! la Italia volverá á colocarse, no solamente en medio, sino á la cabeza de las naciones del universo.

El viejo general Georgio desapareció por la noche, y cuando se hizo de dia, buscamos en vano al enemigo; hácia las diez de la mañana, cuando se levantó la niebla, lo vimos en las fuertes posiciones de Tacuari.

Al poco tiempo, tuvimos noticia que su caballería habia pasado el rio. Los imperiales estaban pues en completa retirada; era necesario atacarlos, y nuestro general no vaciló.

La caballería enemiga pasó el rio embarcada en algunos buques enemigos; pero toda la infantería quedó en la orilla izquierda protegida por los mismos buques y por el bosque; su posicion era pues de las mas ventajosas. Nuestra segunda brigada de infantería, compuesta del tercer y del veinte batallón, fué destinada para principiar el ataque. Lo efectuó con todo el valor de que ella era capaz. Pero el enemigo era tan superior en número á esos bravos, que despues de haber hecho prodigios de valor, se vieron obligados á retirarse, protegidos por la pri-

mera brigada y por el primer batallón de artillería, — sin artillería, — y de la marina.

El combate fué terrible, sobre todo en el bosque, donde el ruido de las descargas de fusilería y de los árboles rotos, en medio del humo, parecia el de una tempestad infernal. No contamos menos de quinientos hombres muertos y heridos de cada parte. Hasta en la orilla del rio se hallaban cadáveres de nuestros valientes republicanos, donde cargaron con denuedo al enemigo y casi lo precipitaron en la corriente. Por desgracia, estas pérdidas fueron sin resultado relativamente á su importancia, pues que, la segunda brigada en retirada, el combate fué suspendido.

A todo esto se hizo de noche, y el enemigo pudo libremente pasar el rio.

En medio de sus brillantes cualidades, que creo haber mencionado, señalaré algunos defectos del general Bento Gonzales: el mas deplorable era cierta hesitación, causa probable de los desastrosos resultados de sus operaciones. Se hubiera deseado que en lugar de lanzar esos quinientos hombres, tan inferiores en número á los que ellos atacaban, se hubiera lanzado contra el enemigo, no solamente toda la infantería, sino tambien la caballería puesta pié á tierra, pues que el terreno no le permitia ba-

tirse a caballo; semejante maniobra nos hubiera por cierto dado una espléndida victoria, y de este modo hubiéramos conseguido arrojar al enemigo al agua; pero por desgracia, el general temió aventurar toda su infantería, la sola que tuviera él, la sola que tuviera la República.

En todo caso, el resultado fué, para nosotros, de una irreparable pérdida, no sabiendo cómo reemplazar nuestros infantes, mientras que por el contrario la infantería hacia la principal fuerza del enemigo, y que numerosos reclutas reemplazaban en seguida las bajas.

En suma, el enemigo quedó en la orilla derecha del Tacuari, dueño por consiguiente de toda la campiña. Nosotros volvimos á tomar el camino de *Mala Casa*.

Todas estas falsas maniobras empeoraron la situación de la República. Volvimos á ver á San Leopoldo y á la Settembrina; en fin á nuestro antiguo campo de *Mala Casa*, abandonado al cabo de algunos días por el de *Bella Vista*.

Una operacion imaginada en ese tiempo por el general hubiera podido hacernos una excelente posicion, si la fortuna hubiese secundado, como debia, los esfuerzos de ese hombre tan desgraciado como superior.

## XXXII.

## ASALTO DE SAN JOSÉ DEL NORTE.

El enemigo, á fin de ponerse en estado de recorrer la campiña, se vió en la necesidad de sacar infantería de sus plazas fuertes; — San José del Norte, particularmente, tenía muy poca guarnicion.

Esta plaza, situada en la orilla septentrional de la embocadura de la laguna de *Los Patos*, era la capital de la provincia, así respecto á lo comercial como á lo político; — su posesion hubiera cambiado enteramente nuestra posicion, tan sombría para los republicanos en aquel momento; su toma se hacia mas que útil, — era necesaria. — En efecto, la ciudad encerraba objetos de todo género, muy indispensables para vestir al soldado que estaba desnudo y en el estado mas deplorable; además, su importancia dominadora como único puerto de la provincia, San José del Norte merecia que se hiciera toda clase de sacrificios para tomarlo; allí se hallaba *la atalaya*, es decir, el mástil de las señales de los buques, para indicar la profundidad de agua en la embocadura. ¿Qué mas podia desearse?

Por desgracia sucedió en esta expedición lo mismo que sucedió en Tacuari. — Conducida con admirable sabiduría y un profundo secreto, se perdió todo el fruto por haber vacilado en dar el último golpe.

Una marcha forzada de ocho días consecutivos, á veinte y cinco millas por jornada, nos condujo á las murallas de la plaza.

Llegamos en una de esas noches de invierno, en las que un abrigo y fuego para calentarse son un beneficio de la Providencia, y nuestros pobres soldados de la libertad, hambreado, vestidos de harapos, sus miembros entorpecidos por el frío y el cuerpo helado por la lluvia de una horrenda tempestad, se avanzaban silenciosos contra los fuertes y las trincheras, guarnecidas de centinelas.

A poca distancia de las murallas se apearon los jefes de sus caballos, dejándolos al cuidado de un escuadrón de caballería, mandado por el coronel Amaral, y reuniendo cada uno sus pobres fuerzas, se preparaba al combate.

El *quién vive* de la centinela fué la señal del asalto; la resistencia fué débil y poco duradera en las murallas, y apenas la artillería de los fuertes hizo fuego. A la una y media de la mañana dimos el asalto, y á las dos nos habíamos ya apoderado de

las trincheras y tomado á la bayoneta dos ó tres fuertes que las guarnecían.

Dueños de la trinchera y de los fuertes, entramos en la ciudad, y parecía imposible tuviéramos que desampararla. — Pues bien! esta vez aun aquello que parecía imposible nos estaba reservado. Una vez dentro de los muros y de las calles de San José, creyeron nuestros soldados que todo estaba concluido; y la mayor parte se dispersaron, llevados por el cebo del saqueo. — En este tiempo, restablecidos los imperialistas de la sorpresa, se reunieron en un barrio fortificado de la ciudad. Les atacamos, pero fuimos rechazados; los jefes buscaban por todas partes á los soldados para renovar el ataque, — pero era inútil, — ó si encontraban á algunos de entre ellos, venían cargados de botín, ó borrachos, habiendo roto sus fusiles á fuerza de dar golpes en las puertas.

El enemigo no perdió tiempo: algunos buques de guerra que se hallaban en el puerto tomaron posición, barriendo con sus baterías las calles donde nos hallábamos. Pidieron refuerzos á Río Grande del Sur, ciudad situada sobre la orilla opuesta de la embocadura de Los Patos, mientras que un solo fuerte que nos descuidamos de ocupar, servía de refugio al enemigo. — El primero de todos esos

fuertes, el del Emperador, cuya ocupacion nos habia costado un glorioso y mortífero asalto, nos fué inútil por la explosion del almacen de la pólvora, que nos mató buen número de gente. — En fin el mas glorioso de los triunfos cambió, hácia medio día, en la mas vergonzosa retirada; los buenos lloraban de rabia y de desesperacion. — Comparativamente á nuestra situacion y á los esfuerzos hechos por nosotros, nuestra pérdida fué inmensa.

Desde entonces, nuestra infantería quedó en esqueleto, y la poca caballería que nos acompañó en la expedicion, sirvió para proteger la retirada.

La division se alojó en Bella Vista, y yo quedé en San Simon con la marina.

Toda mi tropa estaba reducida á unos cuarenta hombres, entre oficiales y soldados.

## XXXIII.

## ANITA.

El motivo de mi ida á San Simon tuvo por objeto, si no por resultado, construir algunas de esas canoas, hechas de un solo tronco de árbol, y con ellas abrir una comunicacion con la otra parte de la laguna. Empero durante los meses de mi estancia en aquel punto, nunca parecieron las maderas prometidas, y por consiguiente nuestro proyecto no pudo realizarse.

Resultó pues que, como yo aborrezco la ociosidad, en vez de ocuparme de barcas, me ocupé de caballos. Habia en efecto en San Simon cantidad de potros, los cuales sirvieron para que mis marineros se hicieran soldados de á caballo.

San Simon era una hermosa y muy espaciosa quinta, aunque entonces abandonada y destruida en parte; pertenecía á un conde de San Simon, en otro tiempo desterrado, segun creo, y cuyos herederos estaban tambien desterrados como enemigos de la República. Yo no sé si era alguna cosa del famoso

fuertes, el del Emperador, cuya ocupacion nos habia costado un glorioso y mortífero asalto, nos fué inútil por la explosion del almacen de la pólvora, que nos mató buen número de gente. — En fin el mas glorioso de los triunfos cambió, hácia medio día, en la mas vergonzosa retirada; los buenos lloraban de rabia y de desesperacion. — Comparativamente á nuestra situacion y á los esfuerzos hechos por nosotros, nuestra pérdida fué inmensa.

Desde entonces, nuestra infantería quedó en esqueleto, y la poca caballería que nos acompañó en la expedicion, sirvió para proteger la retirada.

La division se alojó en Bella Vista, y yo quedé en San Simon con la marina.

Toda mi tropa estaba reducida á unos cuarenta hombres, entre oficiales y soldados.

## XXXIII.

## ANITA.

El motivo de mi ida á San Simon tuvo por objeto, si no por resultado, construir algunas de esas canoas, hechas de un solo tronco de árbol, y con ellas abrir una comunicacion con la otra parte de la laguna. Empero durante los meses de mi estancia en aquel punto, nunca parecieron las maderas prometidas, y por consiguiente nuestro proyecto no pudo realizarse.

Resultó pues que, como yo aborrezco la ociosidad, en vez de ocuparme de barcas, me ocupé de caballos. Habia en efecto en San Simon cantidad de potros, los cuales sirvieron para que mis marineros se hicieran soldados de á caballo.

San Simon era una hermosa y muy espaciosa quinta, aunque entonces abandonada y destruida en parte; pertenecía á un conde de San Simon, en otro tiempo desterrado, segun creo, y cuyos herederos estaban tambien desterrados como enemigos de la República. Yo no sé si era alguna cosa del famoso

conde de San Simon, fundador de esa religion cuyos adeptos me habian iniciado al cosmopolitismo y á la fraternidad universal.

Empero, por el momento, como esos San-Simones eran enemigos nuestros, tratamos su quinta como bien conquistado : es decir, que nos apoderamos de las casas para hacer nuestros alojamientos y de los ganados para alimentarnos.

Nuestras recreaciones consistian en domar nuestros potros, ó mejor dicho, los potros de los señores de San Simon.

Allí fué donde mi querida Anita me puso entre los brazos nuestro primer fruto. En lugar de darle el nombre de un santo, le dí el de un mártir.

Se llama Menotti.

Nació el 16 de setiembre de 1840, y segun toda probabilidad, fué engendrado el mismo dia de la accion de Santa Victoria. Su venida á este mundo sin accidente fué un milagro, en vista de las privaciones y los peligros de su madre. Estas privaciones y estos podecimientos, de los que no he hablado á fin de no interrumpir mi relacion, deben de hallar lugar al punto donde hemos llegado; es para mí una especie de culto á su memoria el dar á conocer, si no al mundo, á lo menos á algunos de mis amigos que

leerán este diario (1), la admirable criatura que yo he perdido.

Anita, como siempre, habia querido acompañarme y me acompañó en la expedicion que acabábamoss de hacer y que ahora relato.

Debemos recordar que, reunidos con los Serranos, á las órdenes del coronel Aranha, batimos en Santa Victoria al brigadier Acunha, de tal manera que la division enemiga fué completamente destruida. Mientras que duró la accion, Anita estuvo montada á caballo en medio del fuego, espectadora de nuestra victoria y de la derrota de los imperialistas. Ella fué en este dia la providencia de nuestros heridos, que, no teniendo ni cirujanos ni ambulancia, los curábamoss nosotros mismos lo mejor que nos era posible. Esta victoria puso momentáneamente los tres departamentos, de Lages, Vaccaria y de Cima da Serra, bajo la autoridad de la República, y ya he dicho cómo, al cabo de algunos dias, entramos triunfantes en Lages.

Empero, el combate de Coritibani nos fué fatal.

Ya he dicho cómo, á pesar del valor de Texeira, nuestra caballería fué desbaratada, y cómo, con mis

(1) Inútil es repetir que este diario no habia sido escrito mas que para algunos amigos, y que han sido necesarias las influencias mas íntimas para que Garibaldi me lo confiara.

sesenta y tres infantes, quedé envuelto por mas de quinientos hombres de caballería enemiga.

Anita debía, en esta jornada, asistir á las mas sombrías peripecias de la guerra.

No someliéndose mas que á pesar suyo al simple papel de espectadora del combate, apresuraba la marcha de las municiones, temiendo que los combatientes careciesen de cartuchos: el fuego que estábamos obligados á hacer, daba á suponer, en efecto, que nuestras municiones se acabarían pronto; con este objeto se acercó al punto principal del combate, cuando una veintena de caballos enemigos, que perseguían á algunos fugitivos nuestros, fueron á dar con nuestros soldados que conducían las municiones. Excelente jinete, y montando un admirable caballo, Anita podía escaparse; pero ese pecho de mujer encerraba un corazón de héroe: en vez de huir, excitó nuestros soldados á defenderse, y se halló de repente cercada por los imperialistas.

Un hombre se hubiera rendido: ella picó espuela á su caballo, y, de un vigoroso brinco, pasó por en medio del enemigo, no habiendo recibido mas que una bala que le atravesó el sombrero, llevándose algunos cabellos, pero felizmente no le tocó el cráneo. Acaso se hubiera ella salvado, si otra bala no hubiera herido de muerte su caballo, que cayendo

abatido, la pobre debió rendirse, y fué presentada al coronel enemigo.

Sublime de valor en el peligro, Anita crecía aun, si es posible, en la adversidad; de suerte que en presencia de ese estado mayor, maravillado de su valor, pero que no tuvo la delicadeza de ocultar delante de una mujer el orgullo de la victoria, ella contestó, con áspera y desdeñosa arrogancia, algunas palabras que le parecieron hacer sentir el desprecio que se hacia de los republicanos vencidos, y combatió con la palabra con el mismo vigor que lo habia hecho con las armas.

Anita me creía muerto. En esta persuasion, pidió y obtuvo el permiso para ir á reconocer el campo de batalla. Estuvo mucho tiempo vagueando sola y semejante á una sombra en la llanura ensangrentada, buscando al que ella temía hallar, volviendo á los muertos que estaban boca abajo, y mirando si alguno por el traje ó por la estatura se parecía á mí.

El exámen fué inútil; yo era, al contrario, á quien la suerte reservaba este dolor, de mojar con mis lágrimas sus heladas mejillas; y cuando esta angustia suprema me sobrecogió no pude derramar un puñado de tierra, ni echar una flor sobre la sepultura de la madre de mis hijos!

Cuando estuvo casi segura de que yo existía aun,

Anita no tuvo mas que un pensamiento, el de fugar; — la ocasion no tardó en presentarse. — Aprovechándose de la embriaguez del enemigo victorioso, pasó á una casa vecina de la en que la tenían prisionera, y sin conocerla, una mujer la recibió y protegió. — Mi capa, que yo habia arrojado lejos de mí para ser mas libre en mis movimientos, cayó en poder del enemigo; ella la cambió con la suya, mas elegante y de mucho mas valor. — Cuando se hizo de noche, Anita se lanzó al bosque y desapareció; era necesario tener á la vez el corazon de leon y de gacela de esta santa criatura, para arriesgarse así. Solo el que ha visto los inmensos bosques que cubren las cimas del Espinano, con sus pinos seculares, que parecen estar destinados para sostener el cielo, y que son las columnas de este espléndido templo de la naturaleza, los gigantescos cañaverales que pueblan los intervalos, y donde hormigean animales feroces y reptiles cuya picada es mortal, podrá hacerse una idea de los peligros á que estaba expuesta y de las dificultades que tenia que vencer. Felizmente la hija de los estepas americanos no conocia el miedo; de Coritibani á Lages tenia que andar veinte leguas por los bosque impenetrables, sola, sin alimentos; ¿cómo pudo llegar? Dios lo sabe.

Los pocos habitantes de esta parte de la provincia que ella pudiera hallar, eran hostiles á los republicanos, y tan luego como tuvieron noticia de la derrota, se armaron y se emboscaron en algunos puntos, y particularmente en los senderos por donde debian pasar los dispersos que se dirigian de Coritibani á Lages.

En los *cabacaes*, es decir, en los sitios impracticables de esas sendas, se hizo una horrible carnicería de nuestros compañeros. Anita atravesó de noche esos pasos peligrosos, y, sea su buena estrella, sea la admirable resolucion con la cual los franqueaba, su aspecto hizo escapar á los asesinos, que huían, decian ellos, perseguidos por un ser misterioso.

En efecto, era cosa extraña el ver esta valiente montada en un ardiente caballo de batalla, pedido y obtenido en una casa que la dió hospitalidad, y esto, durante una noche de tempestad, marchando al galope por los peñascos, á la luz de los relámpagos y al ruido de los truenos; porque tal fué realmente esa noche de desgracia. Cuatro hombres montados, colocados al paso del rio Canoas, huyeron al aspecto de esa vision, precipitándose detrás de los zarzales de la orilla; durante este tiempo, llegó Anita á la orilla del torrente engrosado por las lluvias y por los arroyos que bajaban de las

montañas; y sin embargo ella pasó ese rio furioso, no como lo hizo unos dias antes pasándolo en una buena barca, sino á nado, pero agarrada á las crines de su caballo, que su voz animaba.

El flujo se precipitaba ruidoso, no en un estrecho espacio, sino sobre una extension de quinientos pasos.

Una taza de café, tragada de priesa en Lages, fué todo lo que tomó la intrépida viajera, durante los cuatro dias que estuvo para reunirse en Vaccaria con el cuerpo que mandaba el coronel Aranha.

Allí nos encontramos, Anita y yo, despues de una separacion de ocho dias, y ambos nos habíamos creído muertos.

Que se juzgue de nuestra alegría.

Pues bien, una alegría mas grande aun se me esperaba el día que mi Anita, sobre la península que cierra la laguna de Los Patos del lado del Atlántico, dió á luz, en un rancho donde recibió la mas generosa hospitalidad, á nuestro muy querido Menotti.

El niño vino al mundo con una cicatriz en la cabeza, que sin duda fué de cuando cayó su madre del caballo.

Y aquí, aun una vez, renuevo mis expresivas gracias á las excelentes gentes que nos dieron la hospitalidad; les conservo, y deben estar persuadi-

das de ello, un eterno agradecimiento. En el campamento, donde carecíamos de lo mas necesario, y donde yo no hubiera por cierto hallado un pañuelo para la pobre parida, no hubiera ella podido triunfar en ese momento supremo en el que la mujer tiene necesidad de tantas fuerzas y de tantos cuidados.

A fin de ayudar á los pobres y queridos objetos de mi corazon que carecian de muchas cosas, me decidí á ir á la Settembrina para comprar algunas ropas. Allí tenia muy buenos amigos, y entre ellos uno excelente llamado Blingini; emprendí pues la marcha atravesando los campos inundados, llegando el agua hasta el vientre de mi caballo, y al atravesar un campo antes cultivado, llamado *Rossa Velha*, me hallé con el capitán de lanceros Máximo, quien me recibió como buen compañero; se hallaba en aquel excelente invernaje comisionado para guardar los caballos.

Llegué allí al anocheecer lloviendo á torrentes, y me volví al dia siguiente continuando la lluvia á pesar de que el buen capitán hizo todo cuanto pudo para que no saliera tan pronto.

Empero mi objeto era demasiado sagrado, para que yo me detuviera en el camino, y á pesar de las observaciones de mi buen amigo, me puse en mar-

cha, atravesando las llanuras que parecían una vasta laguna. Cuando hube andado algunas millas, oí un vivo tiroteo del lado de donde yo acababa de salir; sospeché alguna desgracia, pero no podía volver atrás.

Llegué pues á Settembrina, donde compré algunas cosas que nos hacían falta; después de esto, siempre inquieto del tiroteo que había oído, emprendí la marcha para regresar á San Simón; cuando volví por Rossa Velha, supe la causa del ruido que había oído y el triste acontecimiento del día mismo de mi partida.

Moringue, — el mismo que me sorprendió en Camacua, y á quien mis catorce hombres y yo hicimos retirar con un brazo roto, — Moringue había sorprendido al capitán Máximo, toda su gente y todos sus cuadrúpedos; embarcando los mejores caballos y matando los otros. Moringue había ejecutado esa sorpresa con buques de guerra y un cuerpo de infantería; después de la operación, volvió á embarcar la infantería, y con su caballería se dirigió sobre Río Grande del Norte, asustando en su marcha á todos los pequeños partidos republicanos que, creyéndose seguros, se habían esparramado por el territorio; entre ellos se hallaban mis marineros, quienes se refugiaron en el bosque.

Mi primer grito, como se comprende bien, fué :  
« ¡ Anita! ¿ Qué ha sido de Anita? »

Anita, el duodécimo día después de su parto, durante una horrible tempestad, montó á caballo medio desnuda, y con su hijo atravesado en la silla, se vió obligada á refugiarse en el bosque.

No hallé pues en el rancho, ni Anita, ni las buenas gentes que la habían dado la hospitalidad; pero dí con la gente en los lindes de un bosque, donde se mantenían, sin saber de cierto si el enemigo se había marchado, y si tenían aun algo que temer.

Volvimos á San Simón, y permanecimos allí algun tiempo; por fin, cambiamos nuestro campamento y lo establecimos en la orilla izquierda del Capivari, es decir en el mismo río donde uno año antes transportamos con los carros nuestros buques para la desgraciada y malograda expedición de Santa Catalina.

¡ Ay! allí había latido mi corazón, hinchado de esperanzas que desgraciadamente se habían desvanecido.

El Capivari se forma de los diferentes arroyos que se escapan de las numerosas lagunas que guarnecen la parte septentrional de la provincia de Río Grande, sobre la costa del mar y sobre la línea oriental de la cadena del Espinano; toma su nombre de la ca-

*pinara*, especie de arroyos muy comunes en la América meridional, y que en las colonias se llaman *capineios*.

De Capivari y de Sangrador de Abreu, canal que sirve de comunicacion entre un pantano y una laguna donde con muchísimo trabajo conseguimos reunir algunas canoas, hicimos algunos viajes á la costa occidental de la laguna, abriendo comunicaciones entre los dos rios, y transportando la gente.

## XXXIV.

## LEVANTAMIENTO DEL SITIO. — ROSSETI.

Sin embargo la situacion del ejército republicano empeoraba de dia en dia; sus necesidades se hacian mas grandes, sus recursos se agotaban; los combates de Tacuari y de San José del Norte habian diezmado la infantería, que, aunque poco numerosa, era el nervio de las operaciones del sitio. Las supremas necesidades engendraron la desercion; las poblaciones, como sucede en todas las guerras que se prolongan, se cansaron; la enfermedad de la indiferencia, la peor de todas, se apoderó del pueblo, y de todas partes se sentia que ya habia llegado el momento de acabar.

En este estado de cosas, los imperialistas hicieron proposiciones de arreglo, que, aunque ventajosas relativamente para los republicanos, fueron rechazadas por estos: esta denegacion aumentó el descontento de la parte mas desgraciada, y por consiguiente la mas cansada del ejército y del pueblo; en fin se resolvió abandonar el sitio y retirarse.

La division Canavarró, de que hacian parte los

marinos, fué la designada para principiar el movimiento, y abrir paso en la Sierra, ocupada por el general Labattue, francés al servicio del emperador. Bento Gonzales, con el resto del ejército, seguiría la marcha y formaría la retaguardia.

La guarnición republicana de Settembrina debía de seguir la marcha; pero no pudo ejecutar el movimiento; sorprendida por el famoso Moringue, la ciudad fué tomada.

Allí fué muerto mi querido Rossetti.

Después de haber hecho prodigios de valor, cayó del caballo gravemente herido, se le intimó la rendición, pero él prefirió hacerse matar antes que dar su espada.

Aun una herida cruel para mi corazón. Se me ha oído hablar más de una vez de Rossetti, se sabe cuánto yo le amaba; que se me permita pues, por insuficiente que sea mi pluma, repetir á la Italia lo que tantas veces la he dicho ya.

¡Oh Italia, mi madre, hemos perdido, yo uno de mis más caros hermanos; y tú, uno de tus hijos más generosos!

Era hijo de Génova. Sus padres, que conocían poco su carácter, lo destinaron á la Iglesia; pero era uno de los más ardientes patriotas italianos que jamás he conocido. Inclinado á la vida aventurera, y no

puediendo respirar en Italia, partió á Rio Janeiro, donde hizo el comercio y más tarde el oficio de corredor; pero Rossetti no había nacido para ser comerciante, era una planta exótica medrando poco en la tierra del agiotaje y del cálculo; esto no es decir que Rossetti no tuviera una inteligencia fina y una naturaleza apta para enriquecerse con todos los conocimientos; al contrario, estaba adornado de todas estas cualidades, y por cierto, en todas las cosas, podía aspirar al primer rango; pero Rossetti era el más italiano de todos los Italianos, es decir, el más generoso y el más pródigo de los hombres. — Ahora bien, con semejantes vicios comerciales, no se hace fortuna, sino que se marcha á pasos agigantados á la ruina.

Así le sucedió á Rossetti.

Bueno con todos, su casa era la casa de todos, y con especialidad la de los Italianos desgraciados. No esperaba que los proscritos fueran á verle, sino que él iba á buscarlos, y pronto acabó con todos sus recursos. Desgraciado él mismo, ese corazón de ángel no podía ver sufrir á ninguno de los Italianos pobres; si no podía socorrerlos con su bolsa, los hacía esperar en su pobre habitación, corría las calles de la ciudad, y no volvía á su casa hasta hallar socorros para aquel ó aquellos que esperaban; es verdad

que su bondad, su franqueza y su lealtad lo habian hecho el amigo de todo el mundo, y que, en sus piadosos embarazos, todos le ayudaban con gusto.

La batalla de Tarifa tuvo lugar, los republicanos fueron derrotados por los imperiales; Bento Gonzales y los principales jefes, hechos prisioneros y conducidos á Rio Janeiro. Entre ellos se hallaba el capitán Zambeccari, á quien conocimos, como queda dicho, en las cárceles de Santa Cruz. Se nos habló de hacer de corsarios y de darnos cartas de contraseña; desde entonces Rossetti y yo no vivimos con tranquilidad hasta que nos lanzamos sobre la inmensidad del Océano, con la bandera republicana. Rossetti se encargó de todo, y consiguió el objeto que nos propusimos.

Ya se sabe lo demás, pues que, desde aquel momento no se nos ha perdido de vista.

¡Ay! no hay un rincon de tierra donde no descansen los huesos de un italiano generoso; por esto la Italia no debería estar alegre, sino, al contrario, cubrirse de luto. O pobre Italia, tú sentirás en verdad su ausencia el día que intentes quitarles tu cadáver á los cuervos que lo devoran.

## XXXV.

## LA SENDA DAS ANTAS.

Esta retirada, emprendida en la estacion del invierno, por medio de un país montañoso y por una lluvia continua, fué la mas terrible y la mas desastrosa que jamás he visto.

Componíanse nuestras provisiones de algunas vacas, sabiendo con anticipacion que en el camino por donde debíamos pasar no hallaríamos ningun animal bueno para alimentarnos.

Sin embargo que íbamos en retirada, perseguíamos á la division del general Labattue, pero no pudimos darle alcance. Solo los Selvagianos (1), que simpatizaban con nosotros, atacaron su vanguardia. Vimos muy de cerca á esos hombres de la naturaleza, y no nos fueron hostiles.

Anita, en esta retirada de tres meses, sufrió todo lo que humanamente se puede sufrir. ¡Ah! ¡todo! lo soportó todo con un estoicismo y un valor inexplicables.

Es necesario tener algunos conocimientos de los

(1) Habitantes del bosque.

bosques de esta parte del Brasil, para hacerse una idea de las privaciones sufridas por una tropa sin medios de transportes, sin otro medio para procurarse la comida mas que el lazo, arma muy útil en las llanuras cubiertas de ganados ó de caza, pero perfectamente inútil en esos espesos bosques, guardada de tigres y leones.

Para colmo de desgracia, los rios, muy cerca los unos de los otros en esos bosques vírgenes, habian engruesado extraordinariamente. La horrible lluvia no cesaba de caer, y resultó que á menudo una parte de las tropas se hallaba entre dos corrientes de agua, y tenia que quedar allí privada de toda manutencion.

Nuestra pobre infanteria experimentó sufrimientos y privaciones difíciles de pintar, no teniendo el recurso que tenia la caballeria de comerse sus caballos. Pocas fueron las mujeres y menos aun los niños que salieron del bosque, y los pocos que salieron fueron salvados por los jinetes que, habiendo tenido la suerte de conservar sus caballos, se compadecieron de las pobres criaturas abandonadas por sus madres, muertas ó muriendo de hambre, de sed y de cansancio.

Anita temblaba pensando perder nuestro Menotti, que no lo salvamos, sin embargo, sino por un mi-

lagro. En los sitios mas peligrosos del camino y al paso de los rios, llevaba yo al pobre niño, que no tenia mas que tres meses, envuelto en un pañuelo, suspendido á mi cuello; de este modo lo calentaba con mi aliento. De una docena de caballos y mulas que entraron conmigo en el bosque, para mi servicio y el de mi equipaje, solo me quedaron dos caballos y dos mulas; los restantes cayeron muertos de hambre ó rendidos de cansancio. Para que la desgracia fuera mayor, los guías perdieron el camino, y esto fué la causa principal de nuestros sufrimientos en este terrible bosque *das Antas* (1).

Cuanto mas andábamos, menos veíamos el fin de esa maldita senda; yo iba detrás con dos mulas muy cansadas, que yo esperaba salvar haciéndolas marchar al paso, y haciéndolas comer hojas de tacuara. (El rio Tacuara toma el nombre de esos arroyos.) Durante este tiempo, mandaba ir á Anita con un criado delante, para que buscaran el fin de ese interminable bosque, y trataran de hallar alguna comida.

Los dos caballos que dejé á Anita, montados alternativamente por la valerosa mujer, nos salvaron

(1) El anta es un animal de la estatura de un burro, del todo inofensivo, cuya carne es exquisita. Con su pellejo se hacen diferentes trabajos muy elegantes. Nunca lo he visto. (N. del autor.)

á todos. Halló en fin el cabo del bosque, donde se hallaba ya un piquete de mis valientes soldados con fuego encendido, lo que no era comun en medio de una lluvia semejante.

Mis compañeros, que por fortuna habian conservado alguna ropa de lana, cubrieron al niño, lo calentaron y lo volvieron á la vida, cuando la pobre madre lo creia casi muerto. Además, esos excelentes compañeros fueron á buscar, con una tierna solicitud, algunos alimentos que no hubieran buscado para ellos, pero que lo hicieron por amor mio, con los cuales confortaron un poco á la madre y al hijo.

El hombre generoso que les llevó los primeros y mas eficaces socorros se llamaba Manzio; ¡que su nombre sea bendito!

Hice todo cuanto pude para salvar mis dos caballos; pero me ví en la necesidad de abandonar las dos pobres bestias, hambrientas y cansadas, y hallándome yo mismo bastante deteriorado, tuve que hacer el resto del camino á pié.

El mismo dia hallé á mi mujer é hijo, y supe todo cuanto habian hecho mis compañeros por ellos.

Al noveno dia de nuestra entrada en el bosque salía de él la retaguardia de la division.

Muy pocos fueron los oficiales que pudieron con-

servar sus caballos. El enemigo que huia delante de nosotros, dejó dos piezas de artillería en la senda; pero apenas las miramos nosotros pasando, porque carecíamos de medios de transporte, y sin duda aun se hallan en el mismo sitio donde las ví.

Las tempestades parecian estar circunscritas en el bosque. Apenas salimos, cuando acercándonos á Cima da Serra y á Vaccaria, hallamos buen tiempo y algunos bueyes que nos indemnizaron de nuestro largo ayuno, y nos hicieron olvidar de repente la fatiga, el hambre y la lluvia.

Estuvimos algunos dias en el departamento de Vaccaria esperando la division de Bento Gonzales, la cual se reunió con nosotros en gran desorden y perdida una tercera parte de la gente.

Esto provino de que el infatigable Moringue, inmediatamente tan luego como tuvo noticia de la retirada de esta division, se puso á seguir la retaguardia, persiguiéndola sin descanso y atacándola en toda ocasion, aliándose para esta obra de destruccion con los montañeses, siempre hostiles á los republicanos. Todo esto dió tiempo á Labattue de hacer su retirada, y reunirse con el ejército imperial; pero cuando se reunió, apenas contaba con algunos centenares de hombres, habiendo experimentado los mismos inconvenientes que nosotros. El enemigo

tuvo además que vencer un obstáculo imprevisto, y que noto á causa de su extrañeza.

El general Labattue, debiendo pasar por dos bosques llamados *di Mattos*, halló algunas de esas tribus indígenas conocidas bajo el nombre de *Bugres*, las cuales son de las mas salvajes que se conocen en el Brasil. Esas tribus, al pasar los imperialistas, los acometieron en tres ó cuatro emboscadas y les hicieron todo el mal que pudieron.

En cuanto á nosotros, en nada nos inquietaron, y aunque habia en el camino muchas de esas trapas que los Indios tienden en el camino al paso de sus enemigos, en vez de estar cubiertas de ramas, todas estaban descubiertas, y por consiguiente no habia ninguna peligrosa.

Durante el corto alto que hicimos en la orilla de esos bosques gigantescos, vimos salir una mujer que, siendo jóven, fué robada por los salvajes, y la pobre se aprovechó de este momento para escaparse.

La desgraciada criatura se hallaba en un estado muy deplorable.

Como en esas regiones elevadas no teniamos enemigos, continuamos nuestra marcha, á pequeñas jornadas, es verdad, porque como careciamos completamente de caballos, sobre la marcha domábamlos los potros.

Esto era un espléndido espectáculo, siempre nuevo y cotidianamente repetido, el ver á esos jóvenes y robustos negros, de los cuales cada uno merecia el epíteto de domador de caballos, que Virgilio da á Pélope. Era necesario verlos saltando sobre esos salvajes hijos de los estepas, que no conocian el bocado, la silla ni las espuelas asirse de sus crines, y galopar sin cesar por la llanura hasta que, cediendo al hombre, el cuadrúpedo se rendia vencido.

Pero la lucha era larga; el animal no se rendia sino despues de haber agotado todas sus fuerzas para desembarazarse de su tirano; el hombre, por su parte, admirable de destreza, de fuerza y de valor, ligado á todos sus movimientos, cerrándolo entre sus piernas como entre tenazas, saltando, cayendo y levantándose con él, y no separándose mas que cuando chorreando de sudor y blanca espuma, el caballo se daba á partido y se declaraba domado.

Tres dias eran bastante á un buen domador de caballos para que el animal mas rebelde soportara el bocado.

Pero rara vez se doman bien los potros por los soldados, sobre todo en la marcha, donde las demasiadas ocupaciones impiden á esos domadores de cuidarlos bien.

Cuando salimos de los *Mattos*, atravesamos la

provincia de Misiones, dirigiéndonos sobre Cruz Alta, capital de esta provincia; de allí fuimos á San Gabriel, donde se estableció el cuartel general, y donde se construyeron barracas para el campamento del ejército.

Seis años de esta vida de aventuras y de peligros no me cansaron mientras estuve solo; pero ahora que tenia familia, esta separacion de todos mis antiguos amigos, y no sabiendo lo que se habian hecho mis padres despues de tantos años, me hicieron nacer el deseo de acercarme á un punto donde pudiera recibir noticias de los autores de mis días; todas estas afecciones reunidas en mi corazon me imponian el volver á tomar su curso. Añadid á esto que tampoco sabia nada de esa otra madre que se llama la Italia! La familia es poderosa, pero la patria es irresistible.

Me decidí pues á ir á Montevideo, á lo menos temporalmente, y al efecto pedí mi licencia al presidente, como tambien el permiso de hacerme un pequeño ganado de bueyes, cuya venta uno á uno debía todo lo largo del camino subvenir á mis gastos.

## XXXVI.

## CONDUCTOR DE BUEYES.

Héme pues conductor de bueyes.

En su consecuencia, en una quinta llamada *del Corral de Pedras*, con la autorizacion del ministro de hacienda, reuní en veinte días con indecible trabajo unos novecientos animales, completamente salvajes. Un trabajo mas grande se me esperaba en el camino, donde hallé obstáculos casi invencibles; el mas grande de todos fué Rio Negro, donde faltó muy poco para que se absorbiese mi capital. Del paso del rio, de mi inexperiencia en mi nuevo oficio, y sobre todo de las bribonerías de ciertos mercenarios que habia tomado como conductores, solo salvé unas quinientas cabezas del ganado, que, atendida la mala comida, el largo camino y los malos pasos, fueron juzgadas incapaces de poder llegar á su destino.

En consecuencia, resolví matar los bueyes para vender sus pieles, operacion despues de la cual, despues de cubrir los gastos, me quedaron unos cien escudos que sirvieron para hacer frente á las primeras necesidades de la familia.

provincia de Misiones, dirigiéndonos sobre Cruz Alta, capital de esta provincia; de allí fuimos á San Gabriel, donde se estableció el cuartel general, y donde se construyeron barracas para el campamento del ejército.

Seis años de esta vida de aventuras y de peligros no me cansaron mientras estuve solo; pero ahora que tenia familia, esta separacion de todos mis antiguos amigos, y no sabiendo lo que se habian hecho mis padres despues de tantos años, me hicieron nacer el deseo de acercarme á un punto donde pudiera recibir noticias de los autores de mis días; todas estas afecciones reunidas en mi corazon me imponian el volver á tomar su curso. Añadid á esto que tampoco sabia nada de esa otra madre que se llama la Italia! La familia es poderosa, pero la patria es irresistible.

Me decidí pues á ir á Montevideo, á lo menos temporalmente, y al efecto pedí mi licencia al presidente, como tambien el permiso de hacerme un pequeño ganado de bueyes, cuya venta uno á uno debía todo lo largo del camino subvenir á mis gastos.

## XXXVI.

## CONDUCTOR DE BUEYES.

Héme pues conductor de bueyes.

En su consecuencia, en una quinta llamada *del Corral de Pedras*, con la autorizacion del ministro de hacienda, reuní en veinte días con indecible trabajo unos novecientos animales, completamente salvajes. Un trabajo mas grande se me esperaba en el camino, donde hallé obstáculos casi invencibles; el mas grande de todos fué Rio Negro, donde faltó muy poco para que se absorbiese mi capital. Del paso del rio, de mi inexperiencia en mi nuevo oficio, y sobre todo de las bribonerías de ciertos mercenarios que habia tomado como conductores, solo salvé unas quinientas cabezas del ganado, que, atendida la mala comida, el largo camino y los malos pasos, fueron juzgadas incapaces de poder llegar á su destino.

En consecuencia, resolví matar los bueyes para vender sus pieles, operacion despues de la cual, despues de cubrir los gastos, me quedaron unos cien escudos que sirvieron para hacer frente á las primeras necesidades de la familia.

Aquí debo de consignar un encuentro de uno de mis mas caros, de mis mejores y mas tiernos amigos.

¡Ay! Todavía uno que ha ido á esperar en un mundo mejor la restauracion de la Italia.

Acercándome á San Gabriel, en la retirada que acabábamos de ejecutar, oí hablar de un oficial italiano de grande talento, de gran corazon, de una esmerada [educacion], que, [expatriado como carbonario, se batió en Francia el 5 de junio de 1832, despues en Oporto, durante el largo sitio que le valió á esa ciudad el nombre de inexpugnable, y que en fin, obligado como yo á salir de Europa, vino á poner su valor y su ciencia al servicio de las jóvenes repúblicas de la América del Sur.

Se contaban de él grandes rasgos de valor, de sangre fria y de fuerza que me habian hecho repetir diez veces :

Cuando yo halle á ese hombre, será mi amigo.

Este hombre se llamaba Anzani.

Uno de sus rasgos, sobre todo, habia hecho gran ruido.

A su llegada á América, Anzani se presentó con una carta de recomendacion en casa de dos compatriotas nuestros SS. <sup>\*\*\*</sup>, comerciantes en San Gabriel.

Esos señores lo hicieron su factotum.

Anzani en esa casa hacia á la vez de cajero, tene-

dor de libros, el hombre de confianza; — mejor dicho, Anzani era el buen ingenio de la casa.

Como todos los hombres fuertes y valientes, Anzani era sosegado, dulce y amable.

La casa en la que él era el verdadero director era una de esas que no se hallan mas que en la América del Sur, y que tienen todo cuanto es posible imaginar, reuniendo en un solo comercio casi todos los comercios conocidos.

La ciudad donde residian nuestros compatriotas por desgracia estaba inmediata al bosque que servia de refugio á los Indios Bugres de quienes he dicho algunos palabras en el capítulo anterior.

Uno de esos jefes de los Indios se habia hecho el terror de esa pequeña ciudad, á la cual bajaba con su tribu dos veces al año, y la hacia pedidos á su gusto, sin que se le hiciera ninguna resistencia.

Principió á bajar con doscientos ó trescientos hombres, luego con ciento, despues con cincuenta, y cuando vió que el terror crecia estableciendo su poder, acabó por sentirse de tal manera dueño que bajaba solo, daba sus órdenes y manifestaba sus exigencias como si tuviera detrás de él su tribu pronta á poner la ciudad á fuego y sangre.

Anzani habia oído hablar de ese matamoros, y oído todo lo que se habia dicho, sin manifestar de

manera alguna su opinion sobre la astucia del jefe salvaje y sobre el terror que inspiraba su ferocidad.

Era tan grande este terror, que cuando se gritaba: «El jefe *di Mattos!*» se cerraban todas las puertas y ventanas como si se hubiera gritado un *perro rabioso*.

El Indio estaba acostumbrado á esas señales de terror, que lisonjeaban su orgullo. — Elegia la puerta que mejor le parecia, tocaba y se le abria al punto; bien podia saquear la casa seguro que ni los dueños ni los vecinos ó habitantes de ella se le opondrían jamás.

Hacia dos meses que Anzani dirigia la casa de comercio desde la mas pequeña hasta las operaciones mas grandes con suma satisfaccion de sus patrones, cuando se oyó este grito:

— El jefe *di Mattos!*

Como de costumbre, todas las puertas y ventanas se cerraron con precipitacion.

Anzani se hallaba solo en casa, ocupado en hacer las cuentas de la semana, y no creyó que las voces que habia oido valian la pena de incomodarse; por consiguiente continuó su trabajo con la puerta y las ventanas abiertas.

El Indio se paró delante de esa casa que, en medio

del temor general que causaba su presencia, parecia indiferente á su vista.

Entró y vió detrás del mostrador un hombre que hacia sus cuentas.

Se puso delante de él con los brazos cruzados mirándole con admiracion.

Anzani levantó la cabeza.

Anzani era la urbanidad misma.

— ¿Qué se le ofrece á usted, amigo mio? dijo al Indio.

— ¡Cómo! ¿qué quiero? contestó este.

— Sin duda, dijo Anzani, cuando se entra en un almacén, es que se quiere comprar alguna cosa.

El Indio echó una carcajada.

— ¿Es que tú no me conoces? preguntó á Anzani.

— ¿Cómo quieres que te conozca, siendo la primera vez que te veo?

— Yo soy el jefe *di Mattos*, replicó el Indio des-cruzando sus brazos, y enseñando en su cintura un arsenal compuesto de cuatro pistolas y un punal.

— Muy bien, jefe *di Mattos*, ¿qué es lo que quieres? le preguntó Anzani.

— Quiero beber, contestó este.

— ¿Y qué quieres beber?

— Un vaso de aguardiente.

— Nada mas fácil; paga, y luego te serviré tu vaso.

El Indio echó una segunda carcajada.

Anzani arrugó ligeramente las cejas.

— Hé ahí, le dijo, la segunda vez que en lugar de responderme, te ries de mí. Yo no hallo eso cortés, y te prevengo que si te sucede otra vez, te echo á la calle.

Anzani pronunció esas palabras con un acento de firmeza que cualquiera otro que un Indio se las hubiera visto con él.

Acaso el Indio comprendió, pero se hizo el desentendido.

— Te he dicho que me dieras un vaso de aguardiente, replicó dando un puñetazo sobre el mostrador.

— Y yo te digo que pagues antes, repitió Anzani, ó sin eso no te doy nada.

— El Indio lanzó una mirada de cólera á Anzani, pero la de Anzani halló la suya; — el relámpago cruzó el relámpago.

Anzani tenia la costumbre de decir :

— No hay fuerza real mas que la fuerza moral. Mirad de frente, con arrogancia y obstinacion al hombre que os mira; — si baja la vista, sois su

amo; — pero no bajeis la vuestra, porque entonces será él vuestro amo.

La mirada de Anzani tuvo un poder irresistible. Fué el Indio el que bajó la vista.

Sintió su inferioridad; y, furioso de esa dominacion desconocida, quiso darse valor bebiendo algunas copas.

— Está muy bien, dijo, hé ahí medio duro, sírveme.

— Mi oficio es de servir á los que me pagan, respondió con serenidad Anzani.

Le echó un vaso de aguardiente.

El Indio lo tragó.

— Otro, dijo el salvaje.

Anzani le dió otro.

El Indio lo tragó como el primero.

Mientras hubo dinero para cubrir las libaciones del Indio, Anzani fué echando vasos sin hacer ninguna observacion; pero, cuando el bebedor hubo engullido por medio duro de aguardiente, paró.

— ¿Y ahora? dijo el Indio.

Anzani le hizo la cuenta.

— ¿Y ahora? repitió el salvaje.

— ¿Ahora ...? si quieres mas aguardiente, dame dinero, respondió Anzani.

El Indio calculó bien. Los cinco ó seis vasos de

aguardiente que bebió le devolvieron el valor que la mirada leonina de Anzani le habia hecho perder.

— Dame aguardiente! dijo echando mano á una de sus pistolas; aguardiente, ó te mato ...!

Anzani, que no dudaba que la cosa vendria á parar en eso, estaba preparado. Era un hombre de cinco piés y nueve pulgadas, de una fuerza prodigiosa y de una habilidad admirable. Apoyó su mano derecha sobre el mostrador, brincó al otro lado, y se dejó caer de todo su peso sobre el Indio, cogiendo con su mano izquierda el puño derecho de su adversario, sin darle tiempo para preparar su pistola.

El Indio no pudo sostener el choque. Cayó de espaldas, y Anzani se echó sobre él apoyando la rodilla en su pecho.

Entonces, Anzani le quitó las pistolas y el puñal que llevaba en la cintura y las echó por el suelo; quitóle igualmente la que tenia en la mano derecha, y á culatazos le aplastó la cara; en fin, cuando vió que el Indio, para servirnos de los términos del arte, tenia bastante, se levantó y á puntapiés lo echó á la calle, arrastrándolo hasta en medio de un arroyo, donde lo dejó.

En efecto, el Indio se hallaba en mal estado.

Se salvó como pudo, y no volvió jamás á San Gabriel.

Anzani habia cambiado su nombre por el de Ferrari, y bajo de este nombre hizo la guerra de Portugal. Su buen comportamiento y admirable conducta le hicieron ascender hasta el grado de capitán, y con el mismo nombre recibió dos heridas graves, la una en la cabeza y la otra en el pecho.

Tan graves, que al cabo de diez y seis años, murió de una de ellas.

La herida de la cabeza fué un tajo de sable que le abrió el cráneo.

La del pecho fué una bala que entró hasta el pulmón, y que mas tarde resultó una tisis pulmonar.

Cuando se le hablaba á Anzani de los prodigios de valor que habia hecho con el nombre de Ferrari, se sonreía y decia que ese Ferrari y él eran dos hombres diferentes.

Por desgracia el pobre Anzani, al mismo tiempo que ponía sus hazañas sobre la cuenta del ser imaginario que él habia creado, no podia mandar sus heridas.

Este era el hombre de quien me habian hablado; este el que yo deseaba conocer, y el que yo queria fuera mi amigo.

En San Gabriel supe que se hallaba á unas sesenta leguas de allí. Monté á caballo y marché en su busca.

En el camino, á la orilla de un arroyo, hallé un hombre con el pecho desnudo y lavando su camisa; al instante comprendí que era el que yo buscaba.

Me acerqué á él, le di la mano, y le dije mi nombre.

Desde este momento fuimos hermanos.

Entonces ya no estaba en la casa de comercio; se hallaba como yo al servicio de la república de Río Grande, mandando la infantería de la división Juan Antonio, uno de los jefes republicanos de mas nombradía. Como yo, dejaba tambien el servicio y se dirigía *al salto*.

Despues de haber pasado un día juntos, nos dimos nuestros respectivos sobrescritos, y convinimos en que no emprenderíamos nada importante sin avisarnos el uno al otro.

Permitaseme una descripcion que hará conocer nuestra miseria y nuestra fraternidad.

Anzani no tenia mas que una camisa, pero tenia dos pantalones.

De camisas éramos tan pobres el uno como el otro, mientras que él era mas rico que yo de un pantalon.

Nos acostamos bajo el mismo techo, pero Anzani partió antes de amanecer y no me dispertó.

Al despertarme, hallé sobre mi cama el mejor de sus dos pantalones.

Yo habia apenas visto á Anzani, pero era un hombre que se juzgaba á primera vista; así es que cuando entré en el servicio de la república de Montevideo, y se me dió el encargo de organizar la legion italiana, mi primer cuidado fué escribir á Anzani para que viniera á participar conmigo de este trabajo.

Vino, y no nos dejamos mas hasta el día en que, tocando ya la tierra de Italia, murió en mis brazos.

## XXXVII.

## PROFESOR DE MATEMÁTICAS Y CORREDOR DE COMERCIO.

En Montevideo paré en la casa de uno de mis amigos, llamado Napoleon Castellini. A su gentileza y á la de su mujer debo demasiado para poderles pagar nunca sino con el reconocimiento que les he ofrecido, así como á mis demás amigos muy queridos G. B. Cuneo, — este amigo de toda mi vida, — y los hermanos Antonio y Juan Risso.

Apenas se acabó el dinero que saqué de la venta de las pieles de los bueyes, por no estar á la carga de mis amigos, con mi mujer y mi niño, emprendí dos industrias que, debo confesarlo, no me dejaban bastante para mantener mi familia.

La primera fué la de corredor de mercancías; llevaba conmigo muestras de toda especie, desde la pasta de Italia hasta los tejidos de Ruan.

La segunda era la de profesor de matemáticas en la casa del estimable señor Pablo Semidei.

Este género de vida duró hasta que entré en la legión oriental.

La cuestion de Rio Grande comenzaba á estable-

cerse por un arreglo. En esa cuestion ya no tenia yo nada que ver. La república Oriental, — así se llamaba la república de Montevideo, — sabiendo que yo estaba libre, no tardó en ofrecerme una compensacion mas en armonía con mis medios, y sobre todo con mi carácter, que las de profesor de matemáticas y de corredor de comercio.

Me ofrecieron y acepté el mando de la corbeta *la Constitucion*.

La escuadra oriental estaba bajo las órdenes del coronel Cosse; la de Buenos Aires á las órdenes del general Brown.

Algunos encuentros y algunos combates tuvieron lugar entre las dos escuadras, pero no dieron mas que medianos resultados.

Al mismo tiempo, un cierto Vidal, de triste memoria, fué encargado del ministerio general de la República.

Uno de los primeros y de los mas deplorables actos de este hombre fué el de deshacerse de la escuadra, que él decia demasiado gravosa al Estado. Esta escuadra, que habia costado inmensas cantidades á la República, y que entretenida, como la cosa era fácil entonces, podia constituir una preeminencia marcada sobre la Plata, fué completamente destruida, y dilapidaron el material.

En seguida se me encomendó una expedición del resultado de la cual debían nacer muchos sucesos.

Me mandaron á Corrientes con el bergantín de doce cañones *el Pereyra*.

La goleta *Prócida* debía navegar de concierto conmigo.

Corrientes combatía entonces contra Rosas, y yo debía ayudarle en sus movimientos contra las fuerzas del dictador.

Permítase al que publica estas Memorias dar á nuestros lectores, sobre el estado de la república de Montevideo en 1841, algunas explicaciones que el general Garibaldi no creyó necesario incluir en su diario escrito día por día.

Estas explicaciones serán tanto mas exactas, por cuanto fueron dictadas al que las publica hoy, en 1849, por un hombre que hizo un gran papel en los acontecimientos de la república Oriental: por el general Pacheco y Obes, uno de nuestros mejores amigos.

Además, estad tranquilos, queridos lectores, veremos inmediatamente la pluma á este otro amigo, no menos bueno, que se llama José Garibaldi.

Pues ya veis que, como César, este primer emancipador de la Italia, maneja la pluma con tanta habilidad como la espada.

## MONTEVIDEO.

Cuando el viajero llega de Europa sobre uno de los buques que los primeros habitantes del país creyeron que eran casas volantes, lo primero que percibe, cuando el centinela á bordo ha gritado: « ¡Tierra! » son dos montañas.

La una de ladrillos, que es la catedral, la iglesia madre, la *Matriz*, como la llaman allí.

La otra de granito, cubierta de alguna verdura, y sobrepujada de un fanal.

Esta montaña se llama el *Cerro*.

A medida que se acerca á las torres de la catedral, cuyas cúpulas brillan al sol, el viajero distingue los *miradores* sin número y con formas variadas que adornan casi todas las casas; despues ve las casas mismas, rojas ó blancas, con sus azoteas, frescas estaciones de la noche; en seguida, al pié del *Cerro* las *Saladoras*, vasto edificio donde se sa-  
lan las carnes; luego, en fin, en el fondo de la bahía, en la orilla del mar, las hermosas *quintas*, de-

licias y orgullo de los habitantes, y que hacen que en los días de fiesta no se oyen mas que estas palabras corriendo por las calles :

— Vamos al *Miguelete*; — vamos á la *Aguada*; — vamos al *Arroyo seco*.

Entonces, si echais el áncora entre el Cerro y la ciudad dominada, desde cualquier punto que la mireis, por la gigantesca catedral; si la lancha os lleva rápidamente hácia la playa con seis remos; si, por el día, veis sobre el camino de esas hermosas quintas grupos de mujeres vestidas de amazonas, y hombres montados con traje de montar; si, por la noche, por en medio de las ventanas abiertas, y echando en la calle torrentes de luz y de armonía, oís los ecos del piano ó los lamentos del arpa, el paso acompañado de las parejas y las notas lamentables de la canción, es que estais en la ciudad de Montevideo, la vireina de ese río de plata de que Buenos Aires quiere ser el rey, y que se echa en el Atlántico por una embocadura de ochenta leguas.

Juan Díaz de Solís fué el primero que, al principio del año 1516, descubrió la playa y el río de la Plata. La primera cosa que apercibió el centinela de bordo fué el Cerro. Entonces lleno de alegría, gritó en lengua latina :

— *Montem video!*

De ahí viene el nombre de la ciudad de la cual vamos á trazar rápidamente la historia.

Solís, ya orgulloso de haber descubierto, un año antes, Río Janeiro, no gozó mucho tiempo de su nueva descubierta.

Habiendo lanzado en la bahía dos de sus buques, y habiendo vuelto á subir el Plata con el tercero, cedió á las señales de amistad que le hicieron los Indios, cayó en una emboscada y fué muerto, asado y comido sobre las orillas de un arroyo, que en memoria de ese terrible acontecimiento aun lleva hoy el nombre de *Arroyo de Solís*.

Esa horda de Indios antropófagos, muy valientes sin embargo, pertenecía á la tribu primitiva de los Charruas, y era dueña del país, como lo eran á la extremidad opuesta del grande continente los Hurons y los Sioux.

Tambien resistió á los Españoles, que se vieron obligados á edificar Montevideo en medio de los combates de todos los días, y sobre todo de los ataques de todas las noches : tanto que, gracias á esa resistencia, Montevideo, aunque descubierto, como hemos dicho, en 1516, apenas cuenta cien años de fundacion.

Últimamente, hácia fines del siglo pasado, un hombre hizo á los dueños primitivos de la playa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 2625 MONTERREY, MEXICO

una guerra de exterminio, en la cual fueron aniquilados. En los tres últimos combates → durante los cuales, como los antiguos Teutones, colocaron en medio de ellos mujeres y niños y cayeron sin retroceder un paso — vieron desaparecer sus últimos restos; y como monumentos de esta derrota suprema, el viajero aun puede hoy ver, blanqueados al pié de la montaña Augua, los huesos de los últimos Charruas.

Este otro Mario, vencedor de estos otros Teutones, era *el comandante de la campaña*, Jorge Pacheco, padre del general Pacheco y Obes, de quien, como hemos dicho, tenemos los detalles que vamos á poner á la vista de los lectores.

Empero, los salvajes destruidos legaron al comandante Pacheco enemigos mucho mas tenaces, mas peligrosos, y sobre todo mucho mas inexterminables que los Indios, — visto que estos estaban sostenidos, no por una creencia religiosa que se debilitaba de dia en dia, sino, al contrario, por un interés material que aumentaba de dia en dia; — y esos enemigos eran los contrabandistas del Brasil.

El sistema prohibitivo era la base del comercio español; esto era una guerra encarnizada entre el comandante de la campaña y los contrabandistas que, ya por su astucia, ya por la fuerza, introducían

en el territorio de Montevideo sus tejidos y sus tabacos.

La lucha fué larga, encarnizada, mortal. Don Jorge Pacheco, hombre de una fuerza hercúlea, de una estatura gigantesca y de una vigilancia á toda prueba, había conseguido en fin, — á lo menos lo esperaba, — no el sepultar los contrabandistas, como hizo con los Charruas, porque esto era imposible, sino el alejarlos de la ciudad, — cuando de repente volvieron á comparecer mas atrevidos, mas activos y mejor organizados que nunca, al rededor de una voluntad única tan poderosa, tan valiente y sobre todo tan inteligente como podia ser el mismo comandante Pacheco.

El comandante mandó á sus espías para que recorrieran la campiña y se informaran de la causa de ese acrecimiento de hostilidades.

Todos volvieron con la misma palabra en la boca: — Artigas!

¿Quién era pues ese Artigas?

Un jóven de veinte á veinte y cinco años, valiente como un viejo español, sutil como un charrua y vigilante como un gaucho: tenia de las tres razas, si no en la sangre, á lo menos en el espíritu.

Entonces sobrevino una lucha admirable entre el viejo comandante de la campaña y el jóven contra-

bandista ; pero el uno era jóven y crecia en fuerza, mientras que el otro, aunque no muy viejo, estaba ya muy cansado.

Durante cuatro ó cinco dias, Pacheco persiguió á Artigas, batiéndolo en todas partes ; pero Artigas, batido, no fué ni muerto ni prisionero ; — al dia siguiente, se hacia ver. — El hombre de la ciudad fué el primero que se cansó en la lucha, y ; como uno de aquellos antiguos Romanos del tiempo de la República, que sacrificaban su orgullo al bien del país, propuso al gobierno resignar sus poderes, á condicion que se nombrara á Artigas jefe de la campiña en su lugar ; Artigas, segun él, era el solo que podia consumir la obra que Pacheco no pudo cumplir, es decir exterminar á los contrabandistas.

El gobierno aceptó, y, como esos bandidos romanos que hacen sumision al papa, y que se pasean venerados en la ciudad de que ellos fueron el terror, Artigas hizo su entrada en Montevideo, y emprendió la obra de exterminio que se habia escapado de las manos de su predecesor.

Al cabo de un año, desapareció el contrabando.

Esto sucedió unos cincuenta años antes de los acontecimientos en los cuales ya á hallarse mezclado Garibaldi ; pero ante todo somos autor dramático, y no podemos acostumbrarnos á abrir

nuestros dramas sin un prólogo ; este prólogo, sin embargo, no carece de interés, y hace conocer los hombres y las localidades bastante desconocidas en Francia.

Artigas tenia entonces veinte y siete ó veinte y ocho años ; así, cuando el general Pacheco me dió estos detalles, tenia ya noventa y tres, y vivia aislado en una quinta del presidente del Paraguay. Sin duda, ha muerto ya.

Era un jóven, lindo, valiente y fuerte, y que representaba una de las tres potencias que reinaron sucesivamente en Montevideo.

Don Jorge Pacheco era el tipo del valor caballeresco ; ese valor que atravesó los mares con Colon, Pizarro y Fernan Cortés.

Artigas era el hombre de la campiña ; podia representar lo que llaman allá el partido nacional, colocado entre los Portugueses y Españoles, es decir entre los extranjeros que quedaron en las ciudades donde todo les recordaba las costumbres portuguesas y españolas.

Luego quedaba un tercer tipo y aun una tercera nacion, de la cual es necesario que hablemos, porque era á la vez el azote del hombre de las ciudades y del hombre de la aldea.

Este tercer tipo era el gaucho, del que Garibaldi

os ha dicho una palabra característica y pintoresca. Lo ha llamado « el centauro del nuevo mundo. »

En Francia, llamamos gaucho todo lo que vive en esas vastas llanuras, esas inmensas estepas, esas pampas infinitas que se extienden de los bordes del mar á la frontera oriental de los Andes. Nos equivocamos : el capitán Head, de la marina inglesa, fué el primero que puso en boga esta manera de confundir el gaucho con el habitante del campo, que en su fiereza rechaza no solamente la similitud, sino la comparacion.

El gaucho es el gitano del nuevo mundo. Sin bienes, sin casa y sin familia, toda su fortuna se compone de un puncho, un caballo, una navaja, su lazo y sus *bolas*.

La navaja es su arma; su lazo y sus bolas, su industria.

Artigas era pues el comandante de la campaña, á la satisfaccion de todo el mundo, á excepcion de los contrabandistas; y se hallaba aun encargado de esta importante funcion cuando estalló la revolucion del año 1810, revolucion que tenia por objeto y que tuvo, en efecto, por resultado el exterminar la dominacion española an el nuevo mundo.

Principió pues en 1810, en Buenos Aires, y concluyó en Bolivia, en la batalla de Ayacucho, en 1824.

El jefe de las fuerzas independientes era entonces el general Antonio José de Sucre, quien tenia cinco mil horabres bajo sus órdenes.

El general en jefe de las tropas españolas era don José de Laserna, el último virey del Perú; tenia bajo sus órdenes once mil hombres.

Los patriotas no tenían mas que un cañon, y eran uno contra mas de dos. Carecian además de municiones, de provisiones de boca, de pólvora y de pan.

Si hubieran esperado, se rendian; pero atacaron y vencieron. El general patriota Alejos Córdova fué el primero que embistió al enemigo con los quinientos hombres que tenia á sus órdenes. Puso su bandera en la punta de su espada y dijo :

— Adelante!

— ¿Al paso redoblado ó al paso regular? preguntó un oficial.

— Al paso de la victoria, respondió él.

Por la noche capituló todo el ejército español, y se hallaba prisionero de los que habian sido antes sus prisioneros.

Artigas fué uno de los que saludaron la revolucion como una libertadora. Se puso á la cabeza del movimiento de los pueblos del campo, y fué en busca de Pacheco para ofrecerle el mando, como lo habia hecho Pacheco por él.

Este cambio iba acaso á operarse, cuando Pacheco fué sorprendido en la casa de Casablanca, en el Uruguay, por los marinos españoles, y quedó prisionero.

Artigas continuó su obra de libertad. En poco tiempo, arrojó á los Españoles de toda la campiña, y los redujo á la sola ciudad de Montevideo. Empero Montevideo podía presentar una resistencia seria, por cuanto era la segunda ciudad fortificada de América.

La primera era San Juan de Ulua.

Refugiáronse en Montevideo todos los partidarios de los Españoles, apoyados de una guarnicion de cuatro mil hombres. Artigas, apoyado por la alianza de Buenos Aires, puso sitio á la ciudad.

Empero un ejército portugués que vino en socorro de los Españoles, levantó el bloqueo.

En 1812, el general Rondeau por Buenos Aires y Artigas por los patriotas montevidéanos, reunieron sus fuerzas y sitiaron de nuevo á Montevideo.

El sitio duró veinte y tres meses; despues, en fin, capituló la guarnicion entregando la ciudad de la futura república Oriental á los sitiadores, mandados entonces por el general Alvear.

¿Cómo fué pues que el general en jefe era Alvear y no Artigas? Vamos á decirlo.

Es que al cabo de veinte meses de sitio, despues

de tres años de contacto entre los hombres de Buenos Aires y los de Montevideo, las desemejanzas de costumbres, diré casi de raza, que habian sido en un principio simples causas de disntimiento, poco á poco llegaron á ser motivos de odio.

Artigas hizo como Aquiles, se habia retirado á su tienda de campaña, ó mas bien se la llevó consigo. Habia desaparecido en las profundidades del prado, tan conocidas en su juventud, en los tiempos que hizo el oficio de contrabandista.

Le reemplazó el general Alvear, quien se hallaba de general en jefe de los *Porteños* cuando tuvo lugar la rendicion de Montevideo.

En el país llaman *Porteños* á los habitantes de Buenos Aires, mientras que á los de Montevideo los llaman *Orientales*.

Procuremos hacer comprender aquí las enormes diferencias que existen entre los *Porteños* y los *Orientales*.

El hombre de Buenos Aires, fijado en el país desde hace trescientos años en la persona de su abuelo, ha perdido, desde el fin del primer siglo de su translacion á América, todas las tradiciones de la madre patria, es decir de la España. Sus intereses dependen del suelo, y su vida se ha adherido á él. Los habitantes de Buenos Aires son casi tan americanos hoy

como lo eran antes los Indios, que ellos conquistaron y á quienes han sustituido.

El hombre de Montevideo, al contrario, fijado desde hace apenas un siglo en el país, — siempre en la persona de su abuelo, bien entendido, — el hombre de Montevideo, no ha olvidado que es hijo, nieto, biznieto del Español. Tiene el sentimiento y la pasión de su nueva nacionalidad, pero no olvida las tradiciones de la vieja Europa, á la cual semeja en la civilización; mientras que el hombre de Buenos Aires, se aleja todos los días para entrar en la barbarie.

El país influye también en este movimiento retrógrado de un lado y progresivo del otro.

La población de Buenos Aires esparcida sobre arenas inmensos, con casas muy alejadas las unas de las otras, en partes desprovistas de agua, faltándoles leña, y tristes de aspecto — la población que habita casas pajizas mal construidas, saca en ese aislamiento, en esas privaciones, en esas distancias, un carácter sombrío, miserable, quimerista. Sus tendencias son casi las mismas que las del Indio salvaje de las fronteras del país, con quien hace comercio de plumas de avestruz, de capas para el caballo, y de madera de lanzas, cosas todas que trae de los países donde la civilización no ha penetrado, de cen-

tros desconocidos de los Europeos, y las cambia con aguardiente y tabaco, llevándolo hacia las grandes llanuras de las pampas de las que ha tomado el nombre, y á las cuales tal vez él ha dado el suyo.

La población de Montevideo, por el contrario, ocupa un buen país, que riegan los arroyos que cortan los valles. No tiene mucha madera, ni posee vastos bosques, como la América del Sur, es verdad; pero en el fondo de cada uno de esos valles, tiene arroyos cubiertos por la sombra del *quebrocho* de corteza de hierro, por el *ubajai*, por el *santo* con sus ricos ramajes. Además, está bien alojada y bien alimentada. Sus casas, villas, quintas y cenias están muy cerca las unas de las otras; y su carácter, abierto y hospitalario, está inclinado á esta civilización cuya vecindad al mar le trae sin dilación el perfume sobre las alas del viento que viene de Europa.

Para la población de Buenos Aires, el tipo de la perfección es el Indio á caballo.

Para el hombre de la campiña de Montevideo, es el Europeo, cinchado en su vestido, su corbatín bien cerrado, preso entre sus trabillas y sus tirantes.

El hombre de Buenos Aires tiene la pretensión de ser el primero en elegancia. Se enfada y se aplaca con facilidad; empero tiene más imaginación que los de Montevideo. Los primeros poetas que se co-

nocieron en la América nacieron en Buenos Aires. Vareta, Lofimer, Domingo y Manuel, son porteños.

El hombre de Montevideo es menos poético, pero mas sosegado y mas firme en sus resoluciones y proyectos. Si su rival tiene la pretension de ser el primero en elegancia, él tiene la de ser el primero en valor. Entre sus poetas, se hallan los nombres de Hidalgo, de Berro, de Figuierla, de Juan Carlos Gomez.

Las mujeres de Buenos Aires pretenden tambien ser las mas hermosas de la América meridional, desde el estrecho de Lemairo hasta el rio de las Amazonas.

Quizás, en efecto, la cara de las mujeres de Montevideo es menos brillante que la de sus vecinas, pero sus formas son maravillosas, y sus piés, sus manos y su gracia parecen haber sido directamente sacadas de Sevilla ó de Granada.

De ahí resulta entre los dos países :

Rivalidad de valor y de elegancia entre los hombres;

Rivalidad de hermosura, de gracia y de aire entre las mujeres;

Rivalidad de talento en los poetas, estos hermafroditas de la sociedad, irritables como los hombres

mas caprichosos, como mujeres, y, con todo eso, sencillos á veces como los niños.

Con lo que acabamos de referir, habia, como se ve, causas suficientes entre los hombres de Buenos Aires y los de Montevideo, entre Artigas y Alvear.

Esto fué no solamente una separacion, sino un odio; y no solamente un odio, sino una guerra.

Todos los elementos de antipatía fueron levantados contra los de Buenos Aires por el antiguo jefe de los contrabandistas.

Los medios que empleaba, le importaban muy poco con tal que pudiera conseguir su objeto; y su intencion era sacar del país á todos los Porteños.

Entonces fué cuando Artigas, reuniendo todos los recursos que le ofreció el país, se puso á la cabeza de esos gitanos de la América llamados Gauchos.

Bajo cierto punto de vista parecia una guerra santa la que hacia Artigas. Asi nada pudo contrarestarle, ni el ejército de Buenos Aires, ni el partido español que sabia muy bien que la entrada de Artigas en Montevideo era la sustitucion de la fuerza bruta á la inteligencia.

Los que habian previsto eso no se equivocaron. — Entonces por la primera vez, hombres vagamundos, incivilizados y sin organizacion, se vieron reu-

nidos en cuerpo de ejército con un general á su cabeza.

Así, con Artigas dictador principió un período que tiene alguna analogía con el sans-culotismo de 1793. Montevideo va á ver pasar el reino del hombre descalzo, á los *casoudellos* fluctuantes, á la cheripa escocesa, al *poncho* desgarrado cubriendo todo esto con el sombrero inclinado hácia la oreja y asegurado por la barbillerá.

Entonces Montevideo fué testigo de escenas menos ridiculas, algunas veces terribles. A menudo las primeras clases de la sociedad se ven reducidas á la imposibilidad de la accion; Artigas, con menos crueldad, pero con mas valor, fué entonces lo que mas tarde fué Rosas.

Por desastrosa que sea la dictadura de Artigas, tuvo sin embargo un lado de brillo nacional. Este lado fué la lucha de Montevideo contra Buenos Aires, que Artigas batió sin cesar, concluyendo de rechazar completamente la influencia, y además su obstinada resistencia contra el ejército portugués que invadió el país en 1815.

El pretexto de esta invasion fué el desórden de la administracion de Artigas, y la necesidad de salvar á los pueblos vecinos de semejantes desórdenes, que podian ocasionar en ellos el contagio del ejem-

plo. Estos desórdenes habian, en el seno del mismo país, doblado la oposicion que hacia el partido de la civilizacion.

Las clases elevadas, sobre todo, llamaban con todos sus votos una victoria que sustituyese la dominacion portuguesa á esa dominacion nacional que arrastraba con ella la licencia y la brutal tiranía de la fuerza material. — Sin embargo, á pesar de esa sorda conspiracion en el interior, á pesar de los ataques de los Porteños y de los Portugueses, Artigas resistió cuatro años, dió tres batallas campales al enemigo, y, vencido en fin, ó destruido por partes, se retiró á Entre Ríos, es decir, al otro lado del Uruguay. — Allí, fugitivo como estaba, Artigas representaba aun, si no por sus fuerzas, á lo menos por su nombre, un poder formidable, cuando Ramirez, su teniente, se sublevó contra él con las tres cuartas partes de las fuerzas que le quedaban, batiéndolo de manera á quitarle toda esperanza de reconquistar su posicion perdida; forzóle á salir de aquel país, donde, como Anteo, le parecia recobrar sus fuerzas todas las veces que tocaba la tierra.

Entonces fué cuando, semejante á uno de esos torbellinos que se evaporan despues de haber dejado la desolacion y las ruinas sobre su paso, Artigas desapareció y se metió en el Paraguay, donde,

como hemos dicho, en 1848, en la época que Garibaldi defendía aun Montevideo, vivía aun y contaba noventa y tres ó noventa y cuatro años de edad, gozando de todas sus facultades intelectuales, y casi de todas sus fuerzas.

Vencido Artigas, ya nadie hizo oposición á la dominación portuguesa, la cual se estableció en el país, y el barón de Laguna, de origen francés, fué su representante en 1725. En este mismo año, Montevideo, como todas las posesiones portuguesas, fué cedido al Brasil.

Montevideo fué ocupado entonces por un ejército de ocho mil hombres del emperador.

En esta época fué cuando un montevidiano proscrito, que habitaba Buenos Aires, reunió treinta y dos compañeros proscritos como él, y decidió con ellos el libertar la patria ó morir.

Este puñado de hombres se embarcó en dos cañas, y puso pié en tierra en el Arenal Grande.

El jefe que los mandaba se llamaba Juan Antonio Lavalleja.

Lavalleja estaba relacionado con un propietario del país, quien debía, al momento de desembarcar, tener caballos preparados. Tan luego como puso pié en tierra, mandó un mensajero á ese hombre, que le respondió que todo estaba descubierto, que los

caballos los habían cogido, y por fin que si tenía un consejo que darle, era el de embarcarse con su gente y volverse pronto á Buenos Aires.

Empero Lavalleja respondió que él había salido con intención de ir mas adelante, y no de volverse atrás; por consiguiente, dió orden á los remadores de volverse á Buenos Aires, y el 19 de abril, con sus treinta y dos hombres, tomó posesión del territorio de Montevideo, en nombre de la libertad.

Al día siguiente, la pequeña tropa, ayudada de los propietarios, se hallaba bien armada, y montada á caballo, dirigiéndose á la capital, halló en el camino un destacamento de doscientos caballos que venía en su persecución. Componíase el destacamento de cuarenta Brasileños y de ciento sesenta Orientales, cuyo jefe era el coronel Julian Laguna, antiguo compañero de armas de Lavalleja. Este pudo evitar el combate, pero, al contrario, marchó derecho á los doscientos enemigos, y antes de venir á las manos, pidió tener una entrevista con Laguna.

— ¿Qué quiere usted y qué viene á hacer en el país? preguntó Laguna, que se puso solo delante de Lavalleja.

— Vengo á libertar á mi país de la dominación extranjera, respondió Lavalleja. — Si sois mio, ve-

mid conmigo. — Si sois contra mí, rendid las armas, ó preparaos al combate.

— No sé lo que significan esas palabras *rendir sus armas*, respondió Laguna, y espero que nadie me lo enseñará.

— Entonces, vaya usted á ponerse á la cabeza de su tropa, y veamos qué causa protege Dios.

— Voy, respondió Laguna, y marchó al galope á ponerse á la cabeza de sus soldados.

Empero al mismo tiempo Lavalleja desplegó la bandera nacional, azul, blanca y roja, como la nuestra, y al instante los ciento sesenta caballos orientales se pasaron á él.

Los cuarenta Brasileños fueron hechos prisioneros.

Desde entonces la marcha de Lavalleja á Montevideo fué triunfal, cuyo resultado hizo que la república Oriental, proclamada por la voluntad y el entusiasmo de todo un pueblo, tomara rango en medio de las naciones.

#### ROSAS.

Durante aquel tiempo, se engrandecía un nombre que debía ser un día el terror de la federación argentina.

Poco tiempo despues de la revolucion de 1810, un muchacho de quince á diez y seis años salia de Buenos Aires, abandonando la ciudad y dirigiéndose á la campiña. Tenia el semblante confuso y el paso rápido.

Este jóven se llamaba Juan Manuel Rosas.

¿Porqué pues, casi niño aun, este fugitivo abandonaba la casa donde habia nacido? ¿Porqué un hombre de la ciudad iba á pedir un asilo á los hombres del campo? Es que él, que debía un día abofetear la patria, acababa de abofetear á su madre, y la maldicion paterna lo perseguia.

Este suceso, sin importancia por otra parte, se perdió pronto en el ruido de los acontecimientos mas serios que ocurrían, y mientras que todos los antiguos compañeros del fugitivo se reunían bajo el estandarte de la independencia, para combatir la dominación española, él se perdía en las pampas, se daba á la vida del gaucho, adoptaba sus costumbres, se hacia uno de los mejores jinetes y uno de los hombres mas hábiles en el manejo del lazo y de la bola, de manera que al verle tan diestro en esos ejercicios salvajes, el que no lo hubiera conocido, lo hubiese tomado, no por un hombre de la ciudad, sino por un hombre del campo; tampoco por un fugitivo, sino por un verdadero gaucho.

Rosas entró desde luego como *pedy* ó jornalero en una hacienda, y al cabo de poco tiempo obtuvo por su conducta el cargo de capataz ó mayordomo de la estancia.

En esta última cualidad administraba los bienes de la poderosa familia de Anchoesa. Aquí pues principia su fortuna como propietario.

Mas como nuestra intencion es la de dar á conocer á Rosas bajo todas las fases que ha recorrido, creemos muy á propósito el decir, en medio de los acontecimientos que tenian lugar, cuál era la situacion de su espíritu.

Rosas se hallaba en Buenos Aires durante los prodigios realizados por la revolucion contra España. Entonces el que tenia valor buscaba celebridad en el campo de batalla; el que tenia talento, instruccion y prudencia, la desplegaba en los consejos. Rosas ambicionaba la fama y los honores; mas ¿qué fama y qué honores podia él ambicionar? ¿Qué podia esperar él, que no tenia valor en el campo de batalla, ni luz ni prudencia en el consejo? A cada instante oia resonar algun nombre glorioso en sus oídos. Como ministros, le hacian eco los de Ravadavia, de Pasos, de Agüero; y como guerreros, los de San Martín, Baleares, Rodríguez y Las Heras.

Todos estos nombres llegaban de la ciudad á despertar las ambiciones de los habitantes de los campos solitarios; pero á la vez reanimaban su aborrecimiento contra esta ciudad que prodigando triunfos al primer aventurero llegado, se los negaba á él, no ofreciéndole mas que el desprecio y el destierro.

Empero ya en esta época Rosas soñaba en el porvenir, y errante en las pampas, preparaba los medios de realizarlo, allí, confundido con los gauchos. Hacíase el compañero de las miserias del pobre, adulaba exaltando las preocupaciones del hombre de las llanuras, para indisponerlo contra los habitantes de las ciudades; al efecto le revelaba su fuerza, le demostraba la superioridad de su número, haciéndole comprender, en fin, que tan luego como el campo lo quisiera se haria dueño de la ciudad, que por tanto tiempo habia sido su reina.

Sin embargo los años trascurrian con rapidez; se entraba en el año de 1820.

En esta época pues principia Rosas á aparecer en el horizonte lejano de las pampas, apoyado en la influencia que habia adquirido sobre los habitantes de las llanuras.

Ya hemos visto lo que acontecia en Montevi-

deo. Ahora veamos lo que tenia lugar en Buenos Aires.

La milicia de Buenos Aires se subleva contra el gobierno de Rodriguez. Entonces un regimiento de las milicias del campo, *los colorados de las Conchas*, entran en la ciudad el 3 de octubre de 1820, mandados por un coronel que conoce á Buenos Aires, donde tambien es conocido.

Este coronel era el mismo *Rosas*.

A la mañana siguiente ambas milicias traban combate, empero en esta ocasion el coronel no se hallaba en su puesto.

Un violento mal de muelas, que desapareció tan luego como llegó la noticia del triunfo de los suyos, impidió sin duda alguna el que *Rosas* se hallara en la pelea.

Octavio tenia una fuerte calentura el dia de la batalla de Accio. Por consiguiente *Rosas*, que tenia muchas cosas de este personaje, pudo imitarle en aquella ocasion; pero no confundamos mucho las cosas, porque Octavio pasó á ser Augusto, altura á que, segun todas las probabilidades, no alcanzará *Rosas*.

Esta entrada de *Rosas* en Buenos Aires es la única hazaña guerrera que cuenta este hombre en toda su vida política.

Los insurgentes de la ciudad fueron vencidos.

Entonces fué cuando Rivadavia, célebre despues de mucho tiempo, y ministro del interior, lo colocó á la cabeza de los negocios.

Rivadavia era uno de esos hombres de genio, como aparecen en la superficie de las revoluciones en los dias de tormenta. Habia viajado mucho tiempo en Europa. Poseia una instruccion universal, y parecia animado del mas ardiente y puro patriotismo. Con todo la vista de la civilizacion europea, que habia estudiado y visto en París y en Londres, le confundió cuando quiso aplicarla en su país que no tenia, como el viejo mundo, siglos numerosos de experiencia y de luchas sociales. Quiso doblar y redoblar la marcha del tiempo, y hacer en América lo que Pedro el Grande habia hecho en Rusia; mas no teniendo los mismos elementos que Pedro, no logró su objeto.

Tal vez con un poco mas de habilidad mezclada á su genio, Rivadavia hubiera realizado su objeto; pero ofendió á los hombres en sus costumbres, y ciertas costumbres son una nacionalidad, y otras un orgullo inveterado. Burlóse de las costumbres americanas, manifestó la repugnancia que sentia al ver las *chaquetas* y trajes populares, al ver la *chiripa*, el vestido y la pipa de los habitantes del

campo; y como á la vez no ocultaba su preferencia por el fraque y la levita, perdió poco á poco su popularidad y el poder se le escapaba de las manos.

Sin embargo ¿cuántas cosas no dió al país, en cambio de los trajes que habia hecho abandonar? Su administracion es la mas próspera que Buenos Aires ha tenido jamás; funda universidades y liceos, é introduce la enseñanza mutua de las escuelas. Bajo su mando los sabios de Europa son llamados, y las artes protegidas se desarrollan: en suma, Buenos Aires es llamado, en la tierra de Colon, la Atenas de la América del Sur.

Ya hemos hablado de la guerra del Brasil de 1826. Para sostener esta guerra, Buenos Aires hizo gigantescos sacrificios, agotó sus rentas, y por consecuencia debilitó los resortes de la administracion.

Agotado el Tesoro y debilitado el mecanismo de buen gobierno, comenzaron las revoluciones.

Como hemos dicho antes, en Buenos Aires como en Montevideo no vivían los habitantes del campo y de la ciudad en buena armonía en razon de los intereses opuestos que los dividían.

Buenos Aires se revolucionó en fin.

Inmediatamente el campo se sublevó en masa, invadió la capital argentina, y elevó á su jefe, á jefe del gobierno.

Este personaje era Rosas.

Aquí cerramos el paréntesis abierto poco há.

En 1830, Rosas es nombrado gobernador por el ascendiente del partido del campo, y á pesar de la fuerte oposicion de la ciudad, que encuentra medio civilizada por influjo y durante la administracion de Rivadavia.

Entonces Rosas, el gaucho de las pampas, trata de reconciliarse con la civilizacion: parece olvidar las costumbres salvajes adoptadas por él entre su gente, pero no: la serpiente no hace mas que cambiar de piel.

Mas la ciudad resiste sus halagos, y la civilizacion se niega á agraciarse al tránsito que se pasa al campo de la barbarie. Rosas se presenta vestido del uniforme, y los hombres de espada se preguntan en qué campo de batalla lo ha ganado. ¿Habla en una reunion? entonces el poeta pregunta al hombre de buen tono en qué hacienda ó estancia ha tomado Rosas semejante estilo. ¿Se presenta en una tertulia? al punto las mujeres lo señalan con el dedo diciendo: «Hé ahí al gaucho disfrazado.» Y á todo esto, unos le atacan por frente y á retaguardia, y otros le arrojan al rostro el dardo inflamado del epigrama anónimo, en cuyo campo figuran en primera línea los Porteños.

Los tres años de su gobierno pasaron en esta lucha mortal á su orgullo, y tal vez debió á los tormentos morales que le hicieron experimentar durante este período, no su ferocidad normal, sino un aumento considerable de ferocidad salvaje. Cuando entregó el mando á su sucesor y bajo las escaleras de palacio con el alma inflamada de rencor y el corazón bañado en hiel, comprendió que en adelante no podía haber entre la ciudad y él una alianza posible, y en su virtud se fué en busca de sus fieles gauchos, de sus campos ó estancias donde era el señor, donde reinaba como un rey; empero todo esto con la intención de volver un día á Buenos Aires como dictador; como Sila, á quien no conocia, y de quien probablemente jamás había oido hablar, había vuelto á entrar en Roma con la espada en una mano, y la tea incendiaria en la otra.

Hé aquí lo que hizo para lograr su designio. Pidió al gobierno que le otorgase un mando cualquiera en el ejército que marchaba contra los Indios salvajes. El gobierno, que lo temia, creyó alejarlo de sí, concediéndole esta gracia. Le dió todas las tropas de que podia disponer, olvidando que con este proceder se debilitaba y daba fuerzas á Rosas.

Tan luego como Rosas se vió á la cabeza del ejército, suscitó una revolucion en Buenos Aires, se hizo

llamar al poder, que no quiso aceptar sino con las condiciones que tuvo por conveniente el imponer. Apoyado pues en el ejército, entró en esta capital con la dictadura mas absoluta que se haya visto jamás, esto es con el poder público mas lato en todo sentido.

El gobernador á quien derribó ó precipitó de su silla, era el general Juan Ramon Baleares, uno de los hombres que mas se habian distinguido en la guerra de la independecia, uno de los jefes del partido de la confederacion, de que Rosas se proclamaba el mas sólido sosten. Baleares poseia un corazón noble. Su fe en la patria era una religion para él. Habia creido en Rosas, y habia hecho mucho para elevarlo, pero Baleares fué el primero á quien Rosas sacrificó. Murió proscrito, y cuando su cadáver atravesó la frontera, protegido por la muerte, Rosas impidió á la familia del difunto, no los honores públicos debidos á un hombre que habia sido gobernador ó presidente de la República, sino los sencillos funerales que se hacen á un simple ciudadano.

El poder verdadero de Rosas principió en 1833. Su primer gobierno, todo de disimulo y de hipocresía, no habia evidenciado sus instintos crueles, que le han dado despues la celebridad de la sangre. Este período no fué señalado mas que por el fusilamiento

del mayor Montero y de los prisioneros de San Nicolás. Con todo, no debemos olvidar que á esta época corresponden muchas muertes sombrías é inesperadas, cuya fecha la historia escribe con letras de sangre en el libro de las naciones.

Así desaparecieron dos jefes del campo, cuya influencia podia hacer sombra á Rosas, y por eso mismo se colocan en esta fecha las muertes de Arbolito y de Molina. Parécenos tambien que aconteció algo semejante á los dos cónsules que acompañaron á Octavio en la batalla de Accio.

Pintemos inmediatamente á Rosas, que no se nos presenta aun sino como dictador, pero llegado al mas alto grado de poder que jamás un hombre ha ejercido en una nacion.

Hácia 1833, ó en la época en que hemos entrado, Rosas cuenta treinta y nueve años: tiene el pelo castaño, la tez blanca, los ojos azules, y hermosas patillas cortadas al rededor de la boca. Nada de bigote ni perilla. Su mirada es bella; pero Rosas se habia acostumbrado á no mirar de frente á sus amigos ni á sus enemigos, porque sabe que en un amigo encuentra un enemigo disfrazado. Su voz es dulce, y cuando tiene necesidad de agradar, su conversacion no carece de atractivo. Su reputacion de hombre vil es proverbial, y su fama de astucia universal.

Rosas adora las burlas y mistificaciones. Tal era su conducta y su ocupacion antes que se dedicase á los asuntos graves. Una vez en el poder, todas estas cosas eran una distraccion para él.

Empero, sus distracciones eran brutales como su naturaleza; la astucia marcha á la par con la brutalidad.

Citemos uno ó dos ejemplos.

Cierto dia que debia cenar á solas con uno de sus amigos, ocultó el vino destinado para la cena, dejando en el bufete una botella de la famosa medicina *Leroy*, á cuya celebridad solo falta el que hubiera sido inventada en tiempo de Moliere. El amigo buscó vino y echó mano á la engañosa botella. La halló un gusto agradable y se la bebió toda durante la cena. Rosas, afectando sobriedad, no bebió mas que agua, y partió para su hacienda inmediatamente despues de levantarse de la mesa.

Durante la noche el amigo creyó que iba á reventar; pero Rosas reia á mas no poder de su burla. Si su amigo hubiera muerto, este hombre incalificable hubiese celebrado con mayores demostraciones su terrible crueldad.

Cuando recibia á algun ciudadano en cualquiera de sus haciendas, se complacia en hacerle montar los caballos que aun nó estaban domados, y su ale-

gría era tanto mas grande cuanto mas peligrosa era la caída.

En el gobierno estaba siempre rodeado de locos y de hombres de su devocion, que no le dejaban ni aun en los momentos en que se trataban asuntos de suma gravedad. Cuando en 1829 sitiaba á Buenos Aires, tenia á su lado cuatro de estos diablos. Creia en los frailes, y en virtud de su autoridad privada se constituyó el guardian y el prior de ellos. Llamábalos fray Regica, fray Chaja, fray Lechuza y fray Biscacha. Además de estos bufones y locos, Rosas tenia pasion por los dulces, y así hacia siempre acopio de lo mejor que habia de este género en el viejo y nuevo mundo. Los confites agradaban tambien á los principales graciosos, á quienes, como acabamos de decir, llamaba frailes, y para contentarlos, su buen prior les regalaba con frecuencia numerosos potes. En estas ocasiones Rosas llamaba á toda su comunidad para recibir sus confesiones. Estos monjes de nuevo género sabian cuán caro les costaria el decir una mentira, y el culpable confesaba sus faltas sin rodeo.

Al instante el pecador era despojado de su traje y azotado por sus tres compañeros.

Todos los habitantes de Buenos Aires conocian á su mulato Eusebio, sobre todo cuando cierto dia de

besamanos, Rosas tuvo la idea de hacer por él lo que la señora Dubarry hizo con su negro Zamora en igual ocasion.

Eusebio, en fin, vestido de gobernador recibió los homenajes de las autoridades en representacion de su amo.

A pesar de la amistad que tenia Rosas á su mulato, le hizo representar en cierta ocasion una *farsa*, farsa salvaje como todas las que el dictador inventaba. Fingió que acababa de descubrirse una conspiracion en que Eusebio aparecia como el principal jefe. Eusebio fué encarcelado sin tenerse en cuenta sus protestas de lealtad. Mas Rosas tenia sus jefes especiales para estas y otras ocasiones diferentes que no se paraban en si el acusado era ó no culpable. Así Eusebio fué sentenciado á la pena capital.

Eusebio fué puesto en capilla, se confesó, y conducido al lugar del suplicio encontró allí al verdugo preparado con sus terribles auxiliares á darle el pasaporte para el otro mundo. En este estado, y como el dios de la tragedia antigua, apareció Rosas publicando en alta voz que su hija Manuelita, estando enamorada de él y queriendo celebrar su matrimonio, le hacia gracia de la vida.

Inútil será decir que Eusebio, si no murió en las

manos del verdugo, estuvo á punto de espirar de sobresalto y miedo.

Hemos pronunciado el nombre de Manuelita, y dicho que era la hija de Rosas. Ahora diremos á nuestros lectores lo que como mujer es esta Manuelita, que la Providencia colocó al lado de su padre durante los bellos dias de su vida para repetir la palabra gracia, que obtenia alguna vez por fortuna de los pobres en cuyo favor la pedia.

Manuelita es hoy una mujer de 40 años, que, por amor á su padre ó por la mision que habia recibido del cielo, no se ha casado, ó al menos no se habia casado aun en 1850 en que la perdimos de vista.

Manuelita no era una mujer bella; era aun mas: persona encantadora, rostro y maneras distinguidas, coqueta como una europea, y preocupada sobre todo del efecto que produciria en el extranjero.

Ha sido calumniada, y esto era natural: hija de Rosas, ó del hombre en quien convergían todos los aborrecimientos, se la acusó de haber heredado los crueles instintos de su padre.

Empero, no es así: Manuelita quedó soltera porque Rosas sentia de vez en cuando la necesidad de ser amado, y sabia que el solo amor real é incomparable con que podia contar, era en el amor de su hija, y porque en sus sueños de soberanía, Rosas,

hoy perdido en un rincon de Inglaterra, veia en el fondo de su corazon una alianza mas aristocrática para su Manuelita.

Si la historia debe mostrarse severa respecto de Rosas, á menos de ser injusta, debe ser tambien dulce, equitativa ó imparcial respecto á Manuelita. Esto que aquí decimos es perfectamente notorio en el nuevo mundo, donde nadie ignora que esta mujer ha sido siempre un dique constante, aunque alguna vez impotente, donde se estrellaba la cólera de su padre, transformándose en benignidad. Mientras era niña tenia una maña particular para obtener todas las gracias que imploraba: hacia casi ponerse desnudo al mulato Eusebio, y le hacia ponerse la brida y la silla como á un caballo; pontase las espuelas del gaucho, y puesto á cuatro piés el mulato, Manuelita montaba sobre él, presentándose así en el salon de su padre, á cuya vista hacia dár vueltas á su bucéfalo humano. Al contemplar esta singular escena, Rosas reia como un frenético bufon, y otorgaba á Manuelita la gracia que le pedia.

Luego, cuando comprendió que no podia emplear este medio, por eficaz que fuera, se dedicó á hacer cerca del dictador el papel que hacia Mecenas cerca de Augusto, cuando echó sus tablillas sobre las cuales habia escrito: *¡Surge, carnifex!* Empero

Manuelita lo hacia de otro modo. Conociendo ella á su padre mejor que nadie, y sabiendo del modo que debia halagar sus vanidades, contemporiaba, solicitaba, y algunas veces, como otra hermana de caridad, bendecida del Señor, obtenia lo que solicitaba.

Manuelita era á la vez la reina y la esclava del hogar doméstico. Gobernando la casa, cuidando á su padre, y, encargada de todas las relaciones diplomáticas, era ella el verdadero ministro de negocios extranjeros de Buenos Aires.

En suma, lo mismo que Rosas era un ser á parte, que no tocaba nada y no se confundia con nadie en la sociedad; Manuelita, mas tarde Manuela, era una criatura no solamente extraña en medio de todos, sino extranjera á todos, y que vivia solitaria en este mundo, lejos del amor de los hombres, fuera de la simpatía de las mujeres.

Rosas tenia además un hijo llamado Juan, pero nunca se mezcló en la política de su padre.

Tambien tenia entonces una hija muy niña, que hoy es casta esposa, madre feliz, llevando, en la persona de su marido, un nombre muy honroso y honrado.

Una vez en el poder, la grande obra de Rosas fué la de acabar con la federacion.

Lopez, el fundador de la federacion, cayó enfermo: hizole venir Rosas á Buenos Aires, y lo cuidó en su casa.

Lopez murió envenenado.

Quiroga, jefe de la federacion, salido victorioso en veinte batallas mas encarnizadas las unas que las otras, su valor ha pasado en ejemplo, y su lealtad en proverbio.

Quiroga murió asesinado.

Cullen, ese consejo de la federacion, era gobernador de Santa Fe. Rosas le improvisó una revolucion, y Cullen fué entregado á Rosas por el gobernador de Santiago.

Cullen fué fusilado.

Todo lo que hay de notable en el partido federal tuvo la misma suerte que lo que habia de notable en Italia en los tiempos de Borgia. Poco á poco, empleando Rosas los mismos medios que César, consiguió reinar en la República Argentina, la cual, aunque reducida á una perfecta unidad, conservó sin embargo el pomposo título de federacion, y, lo que hay de extravagante, va á ser enemigo de los *unitarios*.

Digamos pues algunos palabras de los hombres que acabamos de citar, y hagamos revivir sus espectros acusadores. Esto semejará en algo á la

escena de Shakespeare en *Ricardo III* antes de la batalla.

Hay desde luego en todos estos hombres un sabor de salvajería primitiva que merece ser conocida.

Hemos principado por el general Lopez. Una sola anecdota dará no solamente una idea de este jefe, sino tambien de los hombres con quienes él tenia que habérselas.

Lopez era gobernador de Santa Fe, y tenia en el Entre Rios un enemigo personal, el coronel Ovando. Este último, á consecuencia de una revuelta, fué conducido prisionero al general Lopez.

Hallábase este almorzando, y lo recibió muy bien convidándole á que se sentara en mesa. La conversacion entre ambos era la misma que la de entre dos convidados á los cuales una igualdad de condicion hubiera mandado la mas perfecta y la mas igual cortesania.

Sin embargo, á la mitad del almuerzo, Lopez se interrumpió de repente.

— Coronel, dijo, si yo hubiera caido en vuestro poder, como usted ha caido en el mio, y esto en el momento de estar almorzando, ¿qué hubierais hecho?

— Os hubiera convidado á almorzar como lo habeis hecho conmigo.

— Bien, ¿y despues?

— Luego os hubiera hecho fusilar.

— Me alegro que piense usted así, porque esa es mi intencion. Cuando salgamos de mesa será usted fusilado.

— ¿Debo levantarme en seguida ó despues de haber concluido de almorzar?

— ¡Oh! acabe, coronel, acabe; no tenemos prisa.

Se continuó pues el almuerzo. Tomaron el café y los licores y despues de haber concluido:

— Creo que ya es tiempo, dijo Ovando.

— Doy á usted las gracias de no haber esperado á que yo se lo dijera, respondió Lopez.

Despues, llamando á su planton:

— ¿Está formado el piquete? le preguntó.

— Sí señor, mi general, respondió el planton.

Entonces, volviéndose hácia Ovando:

— A Dios, coronel, le dijo.

— No, á Dios; hasta la vista, respondió este: no se vivió mucho tiempo en la clase de guerra que nosotros hacemos.

Y, saludando á Lopez, se salió. Cinco minutos despues, una descarga en la misma puerta de Lopez le anunció que el coronel Ovando habia cesado de existir.

Pasemos á Quiroga.

Este es mas conocido de nosotros. — Cuando su reputacion atravesó los mares, tuvo su eco en París.

— La moda se aprovechó de su nombre: desde 1820 hasta 1823 se usaron las capas á la Quiroga y los sombreros á lo Bolívar; es probable que ni el uno ni el otro no llevó jamás ni la capa ni el sombrero que sus adoradores adoptaron á dos mil leguas de él.

Quiroga era tambien, como Rosas, un hombre del campo. En su juventud sirvió en la clase de sarjento en el ejército de linea contra los Españoles. — Retirado en la Rioja, de donde era natural, tomó parte en los partidos internos, se hizo el dueño de su país, y cuando hubo llegado á este primer grado de poder, se arrojó en la lucha de las diferentes facciones de la república, y en esta lucha se reveló por la primera vez á la América.

Al cabo de un año, Quiroga fué la espada del partido federal. — Jamás hombre alguno ha obtenido semejantes resultados por la simple aplicacion del valor personal. — Su nombre llegó á tener un prestigio que valia tanto como los ejércitos.

Su grande táctica en el combate era de llamar hácia los mas grandes peligros, y cuando habia conseguido esto, echaba su grito de guerra, y enris-

trando su larga lanza, que era su arma de predileccion, los corazones valientes hacian entonces conocimiento con el temor.

Quiroga era cruel, ó mas bien feroz; pero en su ferocidad habia siempre algo de grande y de generoso. — Era la ferocidad del leon, y no la del tigre.

Cuando el coronel Pringles, uno de sus mas grandes enemigos, fué hecho prisionero y asesinado, despues de haberse rendido; el que lo asesinó, que servia bajo las órdenes de Quiroga, se presentó á él, creyendo haber ganado una buena recompensa.

Quiroga le dejó relatar su crimen, y en seguida lo hizo fusilar.

En otra ocasion, su gente hizo prisioneros á dos oficiales enemigos, y acordándose de la muerte de su compañero, se los presentaron vivos. — Les ofreció si querian abandonar su bandera y servir bajo sus órdenes.

El uno de ellos aceptó, el otro rehusó.

— Está muy bien, dijo Quiroga al que aceptó, — montemos á caballo y vamos á fusilar su camarada.

Este, sin hacer ninguna observacion, se apresuró á obedecer, y fué hablando todo el camino con Quiroga, de quien pensaba ya ser su ayudante de cam-

po, mientras que su camarada, escoltado por un piquete con las armas cargadas, marchaba tranquilo á la muerte.

Llegado al lugar de la ejecucion, ordenó al oficial que no quiso ser traidor á su partido que se arrodillase; — pero, despues de haber dado la voz: *preparen armas!* se paró.

— Vamos, dijo al que se creia ya muerto, usted es un bravo. — Tome el caballo del señor, y parta.

Y él designaba el caballo del perjuró.

— ¿Pero y yo? preguntó este.

— Tú, respondió Quiroga, tú no tienes ya necesidad de caballo, pues vas á morir.

Empero á pesar de las súplicas que le dirigia en favor de su camarada el que le habia salvado la vida, lo hizo fusilar.

Quiroga no fué vencido nunca mas que una sola vez, y esta por el general Paz, el Fabio americano, hombre virtuoso y puro si hubo uno. — Dos veces derrotó completamente el ejército de Quiroga en las terribles batallas de la Tablada y de Oncativo. Este era un buen espectáculo para las jóvenes repúblicas que apenas salian de la tierra, vieron el arte, la táctica y la estratagema en lucha contra el valor indomable y la voluntad de hierro de Quiroga. — Empero una vez el general Paz fué hecho prisione-

ro, á cien pasos de su ejército, de un tiro de Bolas que se enredaron entre las piernas de su caballo. Quiroga fué invencible.

Concluida la guerra entre el partido unitario y el partido federal, Quiroga emprendió un viaje á las provincias del interior. Pero al regresar de este viaje fué acometido en Basementaco por unos treinta asesinos que hicieron fuego á su coche. Quiroga estaba enfermo, iba echado y una bala lo hirió en el pecho. Aunque herido mortalmente, se levantó ensangrentado, y abrió la puertecilla del coche.

Viendo al héroe levantado, aunque ya cadáver, escaparon los asesinos. Empero su jefe, Santos Perez, marchó derecho á Quiroga, y como este habia caido arrodillado, acabó con él.

Entonces volvieron los asesinos y concluyeron la obra comenzada. Fueron estos los hermanos Renafe, que mandaban en Córdoba, los que dirigian esta expedicion de acuerdo con Rosas. Empero Rosas tuvo buen cuidado de hallarse lejos para no ser visto. Desde entonces pudo tomar el partido del que él habia hecho asesinar, y perseguir á los asesinos.

Fueron pues cogidos y fusilados.

Queda Cullen.

Cullen, natural de España, se estableció en la ciudad de Santa Fe, donde trabó amistad con Lopez,

y fué su ministro y director de su política. La inmensa influencia que tuvo Lopez en toda la República Argentina, desde 1820 hasta que murió en 1833, hizo de Cullen un personaje de una extrema importancia. Cuando en los días de la desgracia Rosas, proscrito, emigró á Santa Fe, recibió de Cullen toda especie de favores; pero esos favores no pudieron hacer olvidar al futuro dictador que Cullen era uno de los hombres que querian poner fin á su reino arbitrario en la República Argentina. Sin embargo, supo ocultar su malevolencia bajo apariencias de la mas grande amistad hácia Cullen.

A la muerte de Lopez, Cullen fué nombrado gobernador de Santa Fe, y se dedicó á establecer mejoras en la provincia; al mismo tiempo, en lugar de mostrarse el enemigo del bloqueo francés, no ocultó sus simpatías por la Francia, considerando que el poder de esta era un grande apoyo para sus ideas civilizadoras. Entonces Rosas le suscitó una revolucion que él apoyó públicamente con cierto número de tropas. Cullen, vencido, se refugió en la provincia de Santiago del Estero, que mandaba su amigo, el gobernador Harra. Rosas, que, al paso que destruía la federacion, habia ya declarado á Cullen *salvaje unitario*, entabló negociaciones con

Harra, á fin de que le entregara la persona de Cullen.

Durante mucho tiempo se frustraron esas negociaciones, y Cullen, con las seguridades de su amigo Harra, que juraba que jamás lo entregaria, se creia fuera de todo peligro, y cuando él menos pensaba, fué hecho preso por los soldados de Harra, y conducido á Rosas, quien cuando recibió el aviso, mandó una orden para que lo fusilaran en la mitad del camino, porque, decia él en una carta que dirigió al gobernador de Santa Fe, que habia sucedido á Cullen, *su causa la formaban sus crímenes, que estaban ya al alcance de todo el mundo*.

Cullen era un hombre de una sociedad agradable y de un carácter humano. La influencia que tenia con Lopez, la empleó siempre para impedir toda clase de rigor; y fué en razon de esa influencia que el general Lopez, á pesar de las súplicas de Rosas, no permitió que se fusilara uno solo de los prisioneros que se hicieron durante la campaña de 1831, campaña que puso en su poder los jefes mas importantes del partido unitario.

Sin embargo, Cullen tenia los afueras de la civilizacion; pero su instruccion era superficial, y su talento mediano.

Así fué que Rosas, el único hombre acaso que no

tuvo ninguna gloria militar entre los jefes del partido federal, se desembarazó de los campeones de este partido; desde entonces quedó el solo hombre importante de la República Argentina, al mismo tiempo que era el dueño absoluto de Buenos Aires.

Entonces Rosas, llegado á la omnipotencia dictatorial, comenzó á vengarse de las clases elevadas, que durante mucho tiempo lo habian despreciado. En medio de los hombres mas aristocráticos y los mas elegantes, se hacia él ver muy á menudo con chaqueta puesta ó sin corbatin, daba bailes presididos por él, su mujer y su hija, y á los cuales, con exclusion de todo cuanto habia de distinguido en Buenos Aires, convidaba á los carreteros, carniceros y á toda la hez de la ciudad.

Un dia abrió el baile con una esclava, y Manueleta con un gitano.

Empero no fué solo de esta manera que castigó á la fiera ciudad; proclamó además este principio terrible:

« El que no es conmigo está contra mí. »

Desde entonces, todo el que no le placia fué calificado de *salvaje unitario*, y una vez que Rosas designaba á un hombre con ese nombre, ya no tenia derecho ni á la libertad, ni á la propiedad, ni á la vida, ni al honor.

A esta sociedad de Mas-Horca estaban afiliados por orden superior: el jefe de policía, los jueces de paz, y todos los que debian vigilar por la seguridad pública; de manera que, cuando se les antojaba á estos individuos entrar en una casa para robarla ó asesinar al ciudadano que estaba excluido de los derechos civiles por la ley de Rosas, bien podia llamar á su socorro, que nadie acudiria. Estas violencias tenian lugar en medio del dia como por la noche.

¿Se quieren algunos ejemplos? Hélos aquí, enhorabuena. En nuestro pais, el hecho sigue siempre inmediatamente á la acusacion.

La gente y en general los hombres de las casas principales de Buenos Aires tenian en esta época la costumbre de llevar la barba como un collar en derredor de toda la cara. Empero so pretexto que la configuracion de la barba representaba así la letra U, que quiere decir unitario, Mas-Horca se apoderaba de estos desgraciados y los afeitaba con navajas mal afiladas, de manera que la barba caia con la piel. En seguida abandonaba la víctima á los insultos del mas bajo populacho, que reunia la singularidad del espectáculo, y que ejercia su brutalidad hasta acabar con el desgraciado.

Las mujeres principiaron por entonces á llevar en

la cabeza una cinta encarnada conocida con el nombre de *mano*. Cierta dia Mas-Horca se constituyó en el umbral de las iglesias principales, y aplicaba á las mujeres que no la llevaban una con pez hirviendo.

Además no era extraordinario el ver á una mujer despojada de sus vestidos y apaleada en medio de la calle, por el solo crimen de llevar un pañuelo, unas enaguas de color blanco ó verde. Lo mismo sucedía á los hombres de la mayor distincion, pues bastaba para que corriesen graves peligros el que saliesen en público con un fraque ó una corbata.

A la vez que las personas pertenecientes á las clases elevadas señaladas antes sin duda alguna, eran perseguidas de una manera oculta, pero sabida de todos, se encarcelaba á los ciudadanos cuyas opiniones no estaban en armonía no solamente con las del dictador, sino con las desconocidas de una política futura. Nadie conocía el crimen por que era perseguido; y así como el delito quedaba ignorado, el juicio se declaraba inútil, de manera que para dejar lugar á los presos de mañana, los de ayer eran fusilados cruelmente, en medio de las tinieblas de la noche. Toda la ciudad, despertada de sobresalto al estampido del fusil, lloraba las víctimas inocentes inmoladas por el capricho de un tirano, y temía

igual suerte á la experimentada por los desgraciados que lamentaban.

Por la mañana, los carreteros de la policia recogian los cadáveres de los hombres asesinados por la noche en las calles y los de los fusilados en las cárceles, y los conducian todos á un foso, donde se les arrojaba como á perros sin permitir á sus familias ir á reconocerlos para hacerles los funerales.

Mas no era esto todo; los carreteros que conducian estos restos desgraciados anunciaban su venida con atroces burlas que hacian cerrar las puertas y huir á la poblacion.

Muy luego el cálculo se unió con la barbarie, y la confiscacion con la muerte.

Rosas comprendió que el medio de conservar su poder era el crear intereses inseparables de los suyos, y al punto mostró una parte de la sociedad como la fortuna de la otra, diciéndola: « Esto es tuyo. »

Desde este momento quedó consumada la ruina de los antiguos propietarios de Buenos Aires, y elevadas las fortunas rápidas y escandalosas de los amigos de Rosas.

Lo que Nerón, Domiciano ni otro tirano alguno habia hecho, lo ejecutó Rosas: despues de haber dado la muerte al padre, prohibió al hijo el llevar luto. Esta disposicion se pregonó y fijó en los sitios

públicos. Sin ella todos los habitantes de la ciudad se hubieran vestido de negro luto.

Este despotismo atroz llamó en fin la atención de algunos extranjeros, y especialmente de los Franceses. Rosas, que creía que todo le era permitido hacia ellos, cansó la paciencia de Luis Felipe, y determinó el primer bloqueo francés.

Mas las clases elevadas de la sociedad comenzaron á emigrar á Montevideo. En vano la policía de Rosas redobló su vigilancia, y que una ley castigase el delito de emigracion con la última pena, y que la ejecucion de esta pena fuera acompañada de detalles atroces; el terror y odio que inspiraba Rosas eran aun mucho mas poderosos que los medios inventados por él para amedrentarlos. La emigracion crecia cada hora, cada minuto. Para realizar la huida de toda una familia bastaba el encontrar una barca capaz de contenerla. Encontrada la barca, padre, madre, hijos, hermanos, criados se instalaban en ella como mejor podian, y abandonando fortuna y bienes, sin mas que lo puesto se encaminaban á la capital del Estado oriental.

Nadie por fortuna tuvo que arrepentirse de la confianza que habian puesto en la hospitalidad del pueblo oriental. Esta fué grande y generosa, como la de una república antigua, como debian esperarla de

un pueblo de hermanos mas bien que de amigos, que habian combatido bajo los mismos estandartes.

Los Argentinos hallaban al desembarcar á los habitantes de Montevideo, que se los repartian, tan luego como ponian pié á tierra, según la grandeza de las fortunas y habitaciones de cada uno de estos desconocidos á la par que benéficos protectores. Viveres, plata, ropas, todo se ponía á la disposición de los desgraciados, hasta que buenamente se crearan medios de subsistencia. Estos, reconocidos, se dedicaban luego al trabajo á fin de disminuir la carga que pesaba sobre sus bienhechores, y para que pudieran acoger á otros fugitivos. Con este objeto todos trabajaban ennobleciendo así hasta los mas humildes trabajos tan opuestos con la posición social que antes disfrutaban.

Los nombres mas ilustres de la República Argentina figuraron en la emigracion.

Lavalle, la mas brillante espada de su ejército; Florencio Varela, su mas bello talento; Agüero, uno de sus primeros hombres de Estado; Echaverría, el Lamartine del Plata; Vega, el Bayard del ejército de los Andes; Gutierrez, el chantre feliz de las glorias nacionales; Alsena, el gran abogado y el ilustre ciudadano, aparecian en el número de los emigrados, como Saenz, Valiente, Torres, Molinos, Ramos, Me-

gía, grandes propietarios, y el señor Rodríguez, viejo general de los ejércitos de la independencia y de los unitarios. Rosas perseguía igualmente al *unitario* como al *federal*, pues solo se preocupaba de desembarazarse de todos los que podían servir de obstáculo á su dictadura.

A la hospitalidad acordada á los hombres que él perseguía, debe atribuirse el encono de Rosas contra el Estado oriental.

En esta época, el general Fructuoso Rivera ejercía las funciones de presidente de la República.

Rivera, cuyo nombre acabamos de pronunciar, era un hombre del campo, como Quiroga y Rosas, pero sus instintos lo llevaban al campo de la civilización. Como militar, nadie ha excedido su valor; y como hombre de partido, su generosidad nadie ha puesto en duda. Treinta y cinco años ha figurado en las escenas políticas de su país, y siempre ha corrido á las armas en el momento de pronunciarse la palabra: « Guerra al extranjero ! »

Cuando la rebelion contra España comenzó, sacrificó toda su fortuna, pues para él era una necesidad irresistible el dar; pero no era generoso, pecaba de excesiva prodigalidad.

Mas así como era pródigo hácia los hombres, Dios lo era con él. Era un buen caballero en el sentido

mas lato de la palabra. Moreno, de elevada talla y de mirada penetrante, hablaba con gracia y arras-traba á sus interlocutores al círculo fascinador de un gesto que solo él sabia hacer. Era el hombre mas popular del Estado oriental, pero á la vez, debemos decirlo, el peor desorganizador de los recursos pecuniarios de un pueblo. Como habia comprometido su fortuna, así prodigó la de la nacion, no para re-constituir sus bienes, sino porque, siendo hombre público, tuvo la desgracia de conservar las maneras y prodigalidades del hombre privado.

Empero en la época de que hablamos aun no se hacia sentir esta ruina. Rivera comenzaba su presidencia rodeado de los hombres mas eminentes de su país: Obez, Herrera, Vazquez, Alvarez, Ellauri, Luis (E. Perez) eran realmente los directores de su gobierno. Con estos hombres, todo lo que era progreso, libertad y prosperidad se aseguraba en la nacion.

Obez, principal amigo de Rivera, tenia el carácter de un hombre antiguo; su patriotismo y sus talentos eminentes lo colocaban en el número de los grandes hombres de América. Fué una de las primeras víctimas de Rosas: murió en el Estado oriental hallándose emigrado.

Luis (Eduardo Perez) era el Aristides de Montevi-

deo : republicano severo, patriota exaltado, consagró su larga existencia á la virtud, á la libertad y á su país.

Vazquez, hombre de talento y de instruccion, comenzó á servir á su patria en el sitio de Montevideo en la guerra contra España, y concluyó su carrera durante el sitio contra Rosas.

Herrera, Alvarez y Ellauri, cuñados de Obez, rivalizaron en grandeza y patriotismo con los precedentes personajes, y pertenecieron al Estado oriental y á la causa americana en general como defensores adictos y desinteresados.

Por eso pues sus nombres resuenan en la vasta tierra de Colon, que se extiende desde el cabo de Hornos hasta el estrecho de Barrow.

MANUEL ORIBE.

La presidencia de Rivera concluyó en 1834. Sucedióle el general Manuel Oribe por la influencia del mismo Rivera, que contaba tener en él un amigo y un continuador de su sistema. Efectivamente, Oribe ascendió á general por influencia de Rivera, cuyo ministro de la guerra había sido.

Oribe pertenecía á las primeras familias del país.

Combatió en favor de su independencia y se distinguió siempre por su valor personal. Su espíritu era débil, y su inteligencia mas que mediana, circunstancias que explican su alianza con Rosas, á quien se dió enteramente, sin considerar que esta alianza arrastraba con ella la pérdida de esta misma independencia, por la que tantas veces había combatido.

Como general, su incapacidad era completa. Sus pasiones tenían la violencia de las organizaciones nerviosas, y lo conducian á excesos de crueldad. Como particular era un hombre de bien.

Considerado como administrador, fué mucho mas económico que Rivera, y sin poder reprochársele el haber aumentado el déficit del Tesoro público, á él sin embargo pertenece la responsabilidad de la ruina del Estado oriental. Olvidando que para ser hombre de partido no basta el quererlo ser, desertó el partido nacional que tenía á Rivera per jefe. Quiso formarse un partido, excitó la desconfianza del país, y espantado de su debilidad, se entregó á Rosas. Aunque este tratado quedó secreto, el país lo adivinó al ver las hostilidades del gobierno contra la emigracion argentina; y como nada había mas opuesto á la opinion pública que el sistema de Rosas, la nacion siguió al general Rivera, en el mo-

mento que en 1836 se puso á la cabeza de una revolucion contra Oribe.

A pesar de esta casi unanimidad que le amenazaba, Oribe resistió hasta 1838.

Oribe descendió de la presidencia por medio de una renuncia formal hecha ante las cámaras, y con permiso de estas se retiró al extranjero.

Empero, tan luego como salió del país, Rosas le hizo protestar contra esta renuncia, y por cierto, cosa que nunca se habia visto en América, lo reconoció como jefe del gobierno de un país del cual él mismo habia sido arrojado. Era lo mismo que si Luis Felipe hubiera nombrado desde Clermont un lugarteniente para la República francesa.

En Montevideo, tomaron por risa esta excentricidad del dictador. Empero él se preparó, durante ese tiempo, á hacer cambiar la risa en lágrimas.

La consecuencia natural de la conducta de Rosas fué la guerra entre las dos naciones.

Esta guerra fué terrible.

Algunos de nuestros periódicos, pagados por Rosas, dijeron que *el ilustre y virtuoso* Oribe era á la vez general y verdugo.

Despojemos algunas páginas de esas tablillas de sangre, publicadas por *la América del Sur*, y sobre las cuales, como una madre lastimera en el pre-

Volvamos á Rosas.

El coronel Letellaz fué muerto; le cortaron la cabeza y se la presentaron á Rosas.

Rosas estuvo tres dias seguidos rodando esta cabeza con su pié, escupiéndola. Cuando recibió la noticia que otro coronel, hermano de armas de este, habia sido hecho prisionero, su primer movimiento fué de hacerlo fusilar, pero cambió de pensar; en vez de condenarlo á muerte, lo condenó al tormento; el prisionero, durante tres dias consecutivos, tendrá esa cabeza expuesta delante de su vista, sobre una mesa.

Rosas hizo fusilar una porcion de prisioneros del general Paz, en medio de la plaza de San Nicolás.

Hallábase entre los prisioneros el coronel Vedela, antiguo gobernador de San Luis; en el momento del suplicio, su hijo se echó en sus brazos:

— Fusilar á los dos, dijo Rosas.

Y el hijo y el padre cayeron muertos abrazados.

En 1832, Rosas hizo conducir á una plaza de Buenos Aires ochenta prisioneros indios, y en medio del día y á la vista de todos los hizo degollar á bayonetazos.

Camila O'Gorman, doncella de diez y ocho años, hija de una de las primeras familias de Buenos Aires, es seducida por un jóven abate de veinte y

cuatro años. Salieron juntos de Buenos Aires y se refugiaron en un pueblo de Corrientes, donde diciéndose casados abrieron una escuela de educación primaria. Corrientes cayó en poder de Rosas. Reconocidos por un sacerdote y delatados á Rosas, el fugitivo y su compañera fueron conducidos á Buenos Aires, donde, sin formación de causa, Rosas ordenó que fueran fusilados.

Empero, se le dijo á Rosas que Camila O'Gorman estaba en cinta de ocho meses.

— Que le bauticen el vientre, dijo Rosas, que como buen cristiano, quería salvar el alma de la criatura.

Bautizado el vientre de Camila O'Gorman, fué fusilada luego.

Tres balas atravesaron el brazo de la desgraciada madre, que por un movimiento de instinto los había extendido para proteger á su hijo.

¿Cómo es que la Francia se haga amigos como Rosas y enemigos como Garibaldi?

En efecto, el tratado de 1840, firmado por el almirante Mackau, y que lleva su nombre, constituyó el poder de Rosas, dejando la república Oriental empeñada sola en la lucha.

Entonces fué cuando apareció Garibaldi de vuelta de Rio Grande.

En el número de los prisioneros se halla el general don Juan Apóstol Martínez.

Leed este fragmento de una carta de Oribe :

« Cuartel general de Banancas de Cosonda ,  
17 de abril de 1842.

» Treinta y tantos muertos y algunos prisioneros, y ayer se *le cortó la cabeza* al pretendido salvaje *Juan Apóstol Martínez*.

« Firmado : MANUEL ORIBE. »

Si la *Gaceta mercantil* se halla aun en vuestro poder, abridla, y en el n.º 5903, fecha 20 de setiembre de 1842, hallaréis un parte oficial de Manuel Antonio Saravea, empleado en el ejército de Oribe.

Este parte contiene una lista de diez y siete individuos, y un comandante y un capitán, que fueron hechos prisioneros en Numayan, y *fueron fusilados*.

Volvamos al *ilustre y virtuoso Oribe*, n.º 3007 del *Diario de la Tarde*.

« Cuartel general de Ceibal, 14 de setiembre de 1841.

» Entre los prisioneros se ha hallado al traidor salvaje unitario ex-coronel Facundo Bosda, quien

*fué fusilado al instante con otros pretendidos oficiales de caballería é infantería.*

« MANUEL ORIBE. »

Oribe tiene fortuna ; un traidor le entregó el gobierno de Tucuman y sus oficiales. Así sin perder momento participó esa noticia á Rosas.

Hé aquí la carta :

« Cuartel general de Metau, 3 de octubre de 1841.

» Los salvajes unitarios que me ha entregado el comandante Sandoval, y que son : Marion, el pretendido gobernador general de Tucuman ; Avellanida, el pretendido coronel J. M. Vitela ; el capitán José Espejo y el teniente Leonardo Losa, *han sido inmediatamente fusilados*, á excepcion de Avellanida, á quien mandé le cortaran la cabeza y se expusiera en la plaza pública de Tucuman.

« MANUEL ORIBE. »

Dejemos á este, y pasemos á otro verdugo de Rosas.

« Casamarca, 29 del mes de Rosas de 1841.

» Al Excelentísimo señor gobernador don C. A. Arredondo.

» Después de dos horas largas de combate, toda la

infantería enemiga ha sido pasada al filo de la espada, y á su vez la caballería ; solo el jefe, con unos treinta hombres, ha podido escapar por el Cerro de Anibastes ; pero se le persigue de muy cerca y su cabeza estará pronto en la plaza pública, donde están ya expuestas las de los pretendidos ministros Gonzales y Dulle, y la de Espertez.

» ¡ Viva la federación !

» M. MAZA. »

*« Lista nominal de los salvajes unitarios, pretendidos jefes y oficiales, que han sido ejecutados después de la acción del 29.*

» Coronel : Vicente Mercao.

» Comandantes : Modesto Villafans, Juan Pedro Ponce, Damasio Arias, Manuel Lopez y Pedro Rodríguez.

» Jefes de batallón : Manuel Riso, y Santiago de la Cruz.

» Capitanes : Juan de Dios Ponce, José Salas, Pedro Araujo, Isidoro Ponce y Pedro Baños.

» Ayudantes : Damasio Sarmiento, Eugenio Morillo, Francisco Quinteros y Daniel Rodríguez.

» Teniente : Domingo Díaz.

» M. MAZA. »

Ya que estamos en Maza, continuemos; luego volveremos á Rosas.

Ya os he dicho que derrotar.ós completamente al salvaje unitario Cubas, á quien se le perseguía de muy cerca, y que muy pronto estaria la cabeza de ese bandido en nuestro poder. Ha sido hecho prisionero en efecto, en el Cerro de Ambastes, en su misma cama; por consiguiente, la cabeza del referido bandido Cubas se ha expuesto en la plaza pública de este ciudad.

» *Despues de la accion :*

» Se han cogido diez y nueve oficiales que seguirán á Cubas. No he *dado cuartel*. El triunfo ha sido completo, y no ha escapado nadie.

» M. MAZA. »

Recojamos pasando, en el *Boletin de Mendoza*, nº. 12, esa carta escrita del campo de batalla de Arroyo grande, y dirigida al gobernador Aldao por el coronel don Gerónimo Costa :

« Hemos cogido mas de ciento cincuenta jefes y oficiales, que han sido inmediatamente ejecutados. »

Todo fuego de artificio tiene su ramillete; acabemos por su ramillete este fuego de artificio de sangre.

sente, y como una diosa vengadora para el porvenir, registró diez mil asesinatos.

Tomemos, en los partes recibidos por Rosas de sus oficiales y agentes, lo que convenga á nuestro propósito.

El general don Mariano Acha, que servia en el ejército contrario de Rosas, defendió San Juan, y el dia 22 de agosto de 1841 capituló, despues de haberse resistido cuarenta y ocho horas. Don José Santos Ramirez, oficial de Rosas, transmitió entonces al gobierno de San Juan el parte oficial de este suceso, en el que se halla esta frase :

*Todo ha caido en nuestro poder, pero hemos dado nuestra palabra de cuartel y garantia á todos los prisioneros, entre los cuales se halla un hijo de Madrid.*

En el número 2067 del *Diario de la tarde*, de Buenos Aires, de 22 de octubre 1841, se lee el parte oficial de José Santos Ramirez, que justifica la garantía de la vida de los prisioneros, con el párrafo siguiente :

« Desaguadero, 22 de setiembre de 1841. »

» *El pretendido salvaje unitario, Mariano Acha, fué decapitado ayer, y puesta su cabeza á la vista del publico.*

« Firmado : ÁNGEL PACHECO. »

No confundir este Ángel Pacheco, teniente de Rosas, con su primo Pacheco y Obes, uno de sus enemigos mas encarnizados.

Esperad; recordaréis que en el parte de Santos Ramirez se lee esta frase :

*Entre los prisioneros existe un hijo de Lamadrid.*

Pues bien, abran la *Gaceta mercantil*, n.º 5703, del 2 de abril de 1842, y hallarán esta carta, escrita por Mariano Benavidez á don Juan Manuel Rosas.

« Mirad la Marcha, 7 de julio de 1842.

» En uno de mis precedentes despachos, os dije el motivo por el cual conservaba el salvaje unitario Ciriaco Lamadrid; pero, sabiendo que se habia dirigido á algunos jefes de la provincia para arrastrarlos á la defeccion, á mi llegada á la Rioja, lo he hecho *decapitar, igualmente que al salvaje unitario Manuel Julian Frias, natural de Santiago.*

« *Firmado : MARIANO BENAVIDEZ.* »

Manuel Oribe mandaba los ejércitos de Rosas y estaba encargado de someter las provincias Argentinas; hallándose en el territorio de Santa Fe, deshace las fuerzas mandadas por el general Juan Pablo Lopez, el 15 de abril de 1842.

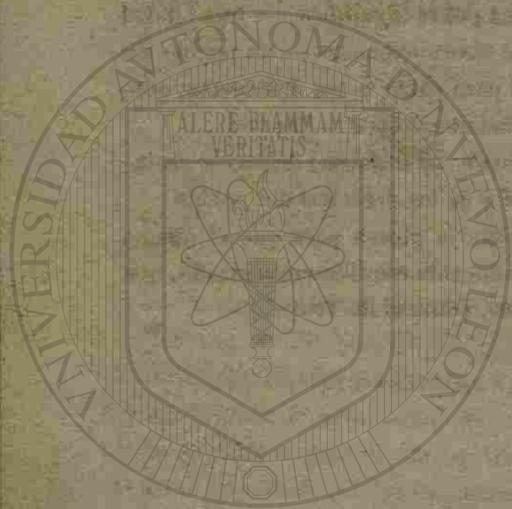
Por un lado, Rosas y Oribe, — es decir la fuerza, la riqueza y el poder combatiendo por el despotismo.

Por el otro, una pobre república, — una ciudad desmantelada, un tesoro exhausto, — un pueblo sin recursos, ni aun para pagar á sus defensores, pero batiéndose denodadamente por la libertad.

Garibaldi no vaciló un instante; declaróse en favor de la libertad y de los derechos del pueblo.

Ahora volvámosle la pluma para que él mismo relate sus luchas durante ese sitio encarnizado, que duró nueve meses, como el de Troya.

FIN DEL PRIMER TOMO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE.

	Pág.
Una palabra al lector.	5
I. — Mis padres.	33
II. — Mis primeros años.	37
III. — Mis primeros viajes.	40
IV. — Mi iniciación.	44
V. — Los sucesos de San Julian.	50
VI. — El Dios de las buenas gentes.	57
VII. — Cómo entré en el servicio de la república de Rio Grande.	64
VIII. — El corsario.	70
IX. — La Plata.	76
X. — Las llanuras orientales.	80
XI. — La poetisa.	84
XII. — El combate.	89
XIII. — Luis Carniglia.	94
XIV. — Prisionero.	96
XV. — El trato de cuerda.	101
XVI. — Viaje á la provincia de Rio Grande.	105
XVII. — La laguna de Los Patos.	110
XVIII. — Armamento de las lancionas en Camacua.	114
XIX. — El cortijo de la Barra.	119
XX. — Expedición á Santa Catalina.	130
XXI. — Partida y naufragio.	135
XXII. — Juan Griggs.	143

	Pág.
XXIII. — Santa Catalina.	148
XXIV. — Una mujer.	151
XXV. — La carrera.	154
XXVI. — Lago de Imerui.	160
XXVII. — Nuevos combates.	163
XXVIII. — A caballo.	168
XXIX. — La retirada.	177
XXX. — Estancia en Lages y en sus inmediaciones.	181
XXXI. — Batalla de Tacuari.	186
XXXII. — Asalto de San José del Norte.	193
XXXIII. — Anita.	199
XXXIV. — Levantamiento del sitio. — Rossetti.	211
XXXV. — La senda das Antas.	215
XXXVI. — Conductor de bueyes.	223
XXXVII. — Profesor de matemáticas y corredor de comercio.	234

FIN DEL ÍNDICE.

